

Alexandr Pushkin

Eugenio Onieguin



(1799-1837)

Traducción al español y Notas de **Irene Tchernova**
Compilación de este volumen digital: **Juan-José Reyes Ríos**

INDICE

INDICE	2
INTRODUCCIÓN	3
Pushkin, por Valery Gurenko	5
Biografía	5
Personaje único	6
Otra Biografía	8
EUGENIO ONIEGUIN	11
A PEDRO ALEKSANDROVICH PLETNEV	11
CAPÍTULO PRIMERO	12
CAPÍTULO II.....	23
CAPÍTULO III.....	32
LA CARTA DE TATIANA A ONIEGUIN	39
CAPÍTULO IV	44
CAPÍTULO V	54
SUEÑO DE TANIA.....	56
CAPÍTULO VI	63
CAPÍTULO VII	73
CAPÍTULO VIII	85
CARTA DE ONIEGUIN A TATIANA.....	92
VIAJE DE ONIEGUIN	97

INTRODUCCIÓN

El Profeta

*De sed espiritual atormentado
me arrastraba por sombríos desiertos
cuando en la encrucijada apareció ante mí
un serafín de seis alas.
Con sus dedos livianos como el sueño
tocó mis ojos y mis ojos se abrieron,
clarividentes, como los de un águila asustada.
Tocó entonces mis oídos
y los llenó de ruidos y repiques:
y escuché el estremecimiento de los cielos,
y el vuelo de los ángeles en lo alto,
y el movimiento de las bestias del mar bajo las aguas,
y el sonido de la viña creciendo en la llanura;
y se inclinó sobre mi boca
y arrancó mi lengua pecadora, engañosa y trivial;
y con su diestra ensangrentada
encajó en mi entumecida boca
la horquilla de la astuta serpiente;
y rajó mi pecho con su espada
y ensartó mi palpitante corazón;
y en el hondo hueco de mi pecho clavó un ardiente carbón.
Como un cadáver yacía en el desierto
cuando la voz de Dios me llamó:
“Levántate, profeta, mira y escucha,
llénate con Mi voluntad,
recorre las tierras y los mares,
y quema los corazones con tu palabra”.*
(1826)

El poeta

*Mientras Apolo no exige al poeta
que ofrezca su santo sacrificio
estará cobardemente sumergido
en asuntos vanos y mundanos.
Su sagrada lira calla,
su alma yace en un sueño invernal
y entre los pobres hijos de este mundo,
él es quizás el más desvalido.
Pero apenas la palabra divina
toca su agudo oído,
el alma del poeta se sacude
así como despierta el águila.
Le pesan las fiestas de este mundo
se aparta del rumor de la chusma,
y no inclina su altiva cabeza
al pie de los vulgares ídolos;
y huye, salvaje y rudo,
lleno de sonidos e inquietud
hacia las orillas de los mares desiertos,
hacia los amplios y resonantes bosques.*

(15 de agosto de 1827)

[Versión de M^a Fernanda Palacios a partir del original ruso].

Pushkin, por Valery Gurenko

Biografía

Poeta y escritor, padre de la nueva literatura rusa, creador del idioma literario contemporáneo de su patria y el vate más importante y más leído en Rusia. Sus obras, desde los sabios cuentos infantiles hasta los poemas líricos y su profunda prosa filosófica, constituyen uno de los pilares de la cultura moderna en su país. Su vida, iluminada por el genio poético y una sincera naturalidad de su conducta, es objeto de admiración y estudio de generaciones posteriores. “Estoy aprendiendo mucho de Pushkin escribió León Tolstoi, todos tenemos que aprender de él”. Fiodor Dostoyevski rindió un alto tributo al poeta. “Somos pigmeos en comparación con Pushkin, entre nosotros no queda ningún genio como él”.

Alexandr Serguievich Pushkin nació en Moscú el 6 de junio de 1799. Su padre Serguei era descendiente de una vieja y noble familia de los Pushkin, quienes eran famosos aristócratas, cercanos a los zares de Rusia, Iván El Terrible y Boris Gudonov, entre otros. El bisabuelo del poeta por línea materna, Ibrahim Hanibal, había sido traído de Abisinia (Etiopía), de 8 años, a la corte del zar Pedro El Grande. El zar lo adoptó, lo bautizó, le dio el nombre de Abraham Petróvich (Abraham, hijo de Pedro) y lo envió a estudiar a Europa. Abraham Hanibal participó en muchas batallas por Rusia, se casó con una rusa de una familia noble y se jubiló con el rango de general del ejército. Por su fiel servicio a su segunda patria le fueron otorgadas grandes parcelas de tierra en la región de Pskov.

El futuro poeta tenía dos hermanos, Olga y Lev. Los padres no prestaban mucha atención a la educación de sus hijos. El niño Alexandr aprendió a leer y escribir con su abuela María Alexeievna. Una gran influencia en su preparación literaria la ejerció su niñera Arina Rodiónovna, campesina analfabeta rusa que no sólo dio calor humano al muchacho, sino que le enseñó un sinnúmero de proverbios, aforismos, cuentos e historias populares.

Como en cualquier familia de la nobleza de aquellos tiempos, en la casa de los Pushkin se hablaba el francés y se estudiaban otros idiomas. A los 12 años, Alexandr fue enviado al Liceo de la aristocracia Zarsloire

Seló (la aldea de los zares), ubicado cerca del palacio de verano de la familia real. En esa institución se forjó la personalidad del futuro poeta; allí dio sus primeros pasos en la poesía y entabló amistades que duraron toda su vida.

Al terminar los estudios, Pushkin se dedicó enteramente a los trabajos literarios. Sus expresiones impetuosas en cuanto al orden político en el país, a la monarquía y a algunos postulados de la Iglesia ortodoxa le costaron el destierro de San Petersburgo hacia las zonas sureñas de Rusia. El joven de 20 años fue confinado a Moldavia, Crimea y Ucrania sin derecho de regresar a la capital. En ese periodo escribió muchos versos y concluyó los poemas “Ruslán y Ludmila” y “El prisionero del Cáucaso”, entre otros.

El destierro no cambió el carácter del poeta, pues persistía en sus agudos epigramas y declaraciones políticas que impedían su regreso a San Petersburgo. Aún más, su confinamiento en el sur de Rusia fue sustituido por otro, y se le envió a la hacienda de sus padres en la región de Pskov. Los biógrafos de Pushkin discrepan respecto de cuál fue la causa principal de este nuevo ostracismo, de si sus dudas expresas en relación con algunos dogmas religiosos, o bien su romance con la esposa del gobernador de Odesa, el conde Vorontzov.

Los años que pasó Alexandr Pushkin bajo observancia policiaca en la hacienda Mijáilovskoie, propiedad de sus padres, fueron muy fructíferos. Allí continuó su trabajo de la novela en verso “Eugenio Onegin”.

Cuando murió el zar Alexandr I, en 1825, decenas de oficiales entre los cuales había muchos amigos personales de Pushkin se rebelaron contra el nuevo zar Nicolás I, por lo que cinco de ellos fueron condenados a muerte y los demás desterrados a Siberia. “Yo pude haber estado entre ellos”, confesó el poeta.

Personaje único

Después de seis años de confinamiento, al poeta se le permitió volver a Moscú. El nuevo zar Nicolai El Primero declaró que él mismo sería el censor personal de las obras del poeta. En Moscú, Alexandr Pushkin encontró a su futura esposa Natalia Goncharova, a quien consideraban la primera belleza de la ciudad. Enamorado de esta joven de 16 años, Pushkin consigue el consentimiento de sus padres y luego de dos años se casó con ella. En la iglesia donde se celebraba la boda, de repente

se apagó una vela y se cayó el anillo de compromiso. “Mal augurio”, dijo el poeta, y así pensaron los demás.

Los recién casados se trasladaron a vivir a la capital, San Petersburgo. Empezó una vida que no le interesaba mucho al poeta: frecuentes fiestas, bailes, chismes de la corte ...

“Mi vida en San Petersburgo no sirve para nada”, escribió a uno de sus amigos”. “No tengo tiempo libre, tan necesario para un escritor. Mi esposa está aquí muy de moda. Todo esto requiere mucho dinero y se consigue sólo con mi trabajo, y el trabajo requiere soledad”.

Durante ese periodo estudió los archivos, se preparó para escribir la historia de las insurrecciones campesinas en la época de Catalina II y la vida de Pedro El Grande. Para este tiempo ya era un prestigioso poeta y escritor.

El talento, la fama y la independencia de los criterios de Pushkin provocaban los celos y la envidia de sus enemigos. Los ataques se concentraron en su bella esposa Natalia, con quien Pushkin ya tenía cuatro hijos. Cansado de susurros e insinuaciones de la corte, el poeta retó a duelo a un tal Dantés, hijastro del ministro consejero holandés, quien era muy activo en buscar las simpatías de su esposa. “Mi esposa es un ángel, ninguna sospecha puede afectarla”, escribió Pushkin en una de sus últimas cartas.

Una fría y oscura tarde, con 15 grados bajo cero, del 27 de enero de 1837, tuvo lugar el duelo en el cual Pushkin fue mortalmente herido y falleció luego de dos días. Por disposición del zar, su cuerpo fue llevado de San Petersburgo a la hacienda de sus antecesores en la región de Pskov, donde fue sepultado.

Su contemporáneo y amigo, el famoso poeta polaco Adam Mizkevich, escribió en aquella ocasión: “Una sola vez en cualquier rincón del mundo puede aparecer un hombre dotado de talentos tan eminentes y tan variados como Alexandr Pushkin”.

Otra Biografía

Poeta ruso (Moscú 1799-1837). Miembro de una antigua y noble familia, se educó en un ambiente de gran cultura y afición a la poesía; la vida social de su padre le permitió conocer durante su infancia a grandes escritores del momento: Dmitriev, Karamzin, etc., al tiempo que en la biblioteca paterna encontraba a los clásicos franceses, ingleses, italianos, latinos etc., como Voltaire, Molière, Racine, Wieland, Camoens, Ossian, Virgilio, El Tasso, Juvenal, etc.

En 1814, a los quince años, aparecía su primer poema en el periódico “El Mensajero de Europa”; tres años más tarde, al abandonar el Liceo, tenía ya cierto prestigio en los medios literarios. Funcionario en ese momento en el ministerio de Asuntos Extranjeros, se dedicó a la vida social al tiempo que escribía su primer poema largo, *Ruslán y Ludmila* que publicaría en 1820, fecha en la cual Pushkin, debido a determinados epigramas políticos, había sido desterrado a Ekaterinoslav. Al parecer ese poema, estalló la polémica entre los viejos y los nuevos.

Mientras, Pushkin seguía al general Raevakij al Cáucaso y Crimea, donde pasó dos meses lleno de tranquilidad. Entre 1820 y 1823 estuvo a las órdenes del general Inzov, en Kisinev, donde vivió lleno de nostalgia por la vida mundana y culta de San Petersburgo y de Moscú, entregado febrilmente a la actividad poética; de esta etapa salieron *El prisionero del Cáucaso*, *La fontana de Bachjisaraj*, los inicios de la novela en verso *Eugenio Oneguin*, y algunos de sus mejores poemas juveniles.

En 1823 era trasladado a Odesa, bajo las órdenes del general Voroncov, que no manifestó ninguna simpatía por su subordinado, turbulento y además enamorado de su mujer; aunque existía alguna vida social, teatro y galanteo, pronto Pushkin se vio enfrentado a la policía que había interceptado una carta privada en la que hablaba del ateísmo como filosofía posible.

En 1824 era alejado del servicio: Pushkin dejó entonces la vida mundana de Odesa y el mar por las poéticas, aunque austeras, soledades de su dominio familiar de Mijailovskoie (1824-1826) donde se entregó a la lectura de Shakespeare y de las viejas crónicas rusas.

También a esta etapa de retiro se deben abundantes composiciones poéticas, más meditadas que las anteriores porque la soledad y el reposo le permitieron concentrar y revisar su cultura, sus ideas y

sentimientos: prosiguió entonces el *Eugenio Oneguín*, además de redactar enteramente *Boris Gudonov*.

La subida al trono de Nicolás I supuso una mejoría en sus relaciones de Pushkin con el gobierno: recobraba la libertad, aunque el zar en persona se reservaba el derecho a leer antes sus obras: por otro lado, siguió vigilado por la policía. No tardaría en empañarse la alegría del fin de su destierro: la lectura de *Boris Gudonov* a un grupo de amigos había de despertar las iras del zar por no haber sido él quien diera el visto bueno (o la negativa) al libro.

Al tiempo que prosigue su obra, Pushkin se embarca en galanteos e incluso en un intento, frustrado, de matrimonio con una joven de dieciséis años que provocó dolores al poeta; tampoco el zar le permitió salir al extranjero, pese a lo cual viajó durante cinco meses a Transcaucasia. A su regreso, su propuesta de matrimonio a la joven – que era Natalia Goncharova– fue aceptada: era una mujer de extremada belleza pero ajena a la vida interior de Pushkin a quien dio varios hijos.

Antes del casamiento, Pushkin atravesó una etapa de intensa creación: además de proseguir con *Oneguín*, escribió *Poltava*, algunos dramas como *Mozart y Salieri*, *El convidado de Piedra*, relatos como *Los cuentos de Iván Petrovich Belkin*, *Historia de la aldea de Gorjuchino*, etc. Asentado socialmente, hubo de soportar humillaciones cortesanas: no entró en la corte por la puerta grande, sino tras el nombramiento de “gentilhombre de cámara” que se reservaba a los jóvenes (1834) mientras que él contaba ya los treinta y cinco.

Los apuros económicos, los celos por la frivolidad de su mujer, las calumnias de la “plebe” aristocrática fueron compensados por la distracción de algunos viajes y las alegrías de la creación, aunque ahora Pushkin abandona la poesía para consagrarse a una *Historia de Pedro el Grande* que quedará inconclusa; su trabajo documental, mezclado a su imaginación, le serviría sin embargo para escribir la *Historia de la rebelión de Pugachev* y *La hija del capitán*.

En 1836 consiguió autorización para fundar la revista “Sovremennik” (“El contemporáneo”) de escaso éxito ante la mediocridad cultural de Rusia. Resentido por la mala aceptación que tenía su trabajo, amargado por el fracaso, y por el comportamiento de la mujer, quiso abandonar San Petersburgo: la corte que el barón Georges D’Anthès hacía a su esposa terminó por obligar a Pushkin a retar a duelo a su oponente: el 27 de enero de 1837 Pushkin salía mortalmente herido del enfrentamiento; dos días más tarde moría.

Durante los funerales hubo manifestaciones populares de simpatía hacia el poeta por lo que la policía de San Petersburgo obligó a realizar de noche el traslado de su cadáver al monasterio de Svjatye Gory, hoy Pushkinskie Gory.

Rechazando los géneros pomposos del siglo ilustrado, Pushkin inaugura en Rusia la etapa de la sencillez mediante epístolas familiares, sátiras, elegías y romances. Discípulo de Batiuchkov y de Jukovski, enriqueció las premisas del primero mediante elementos realistas y autobiográficos, y parodió discretamente la lírica del segundo: desde la adolescencia abordó los temas políticos, a raíz de la guerra de 1812 (*A Licinius*, 1815), para acusar el despotismo de los lictores y denunciar la bajeza de los senadores; luego cantaría a la libertad. Se inició mediante ataques a los creyentes de la literatura, a los amantes del oropel; vio con simpatía la insurrección turca y la anterior revolución francesa, lamentándose por el fracaso de las revoluciones europeas. Sin embargo, habría de ser en el terreno amoroso donde Pushkin dejaría sus mejores frutos, envueltos en paisajes marinos de Odesa, o de estepas, o del Cáucaso. Abandonó el sentimiento de atracción por lo exótico para centrarse en la naturaleza austera y sobria de Rusia.

EUGENIO ONIEGUIN

(1822 – 1831)

Traducción y Notas Irene Tchernova

Pétri de vanité, il avait encore plus cette espèce d'orgueil qui fait avouer avec la même indifférence les bonnes comme les mauvaises actions, suite d'un sentiment de supériorité peut-être imaginaire.

(Tiré d'une lettre particulière).

A PEDRO ALEKSANDROVICH PLETNEV

No pensando divertir al orgulloso mundo, y en aprecio a nuestra amistad, quisiera ofrecerte un testimonio digno de ti, digno de un alma bella colmada de sueños sagrados, de poesía pura y verdadera, de pensamientos elevados y de sencillez. Pero ¡qué se va a hacer! Acepta, con mano benevolente, esta colección de capítulos tan diversos, mitad cómicos, mitad tristes, populares, espirituales, fruto descuidado de mis entretenimientos, insomnios, inspiraciones ligeras, frías observaciones de mi cerebro y amargas decepciones del corazón; fruto de mis años marchitos antes de florecer.

CAPÍTULO PRIMERO

Se apresura a vivir y a sentir (Príncipe de Viasemski).

Mi tío, hombre de austeras normas de vida, al caer seriamente enfermo, se atrajo súbitamente el respeto de cuantos le rodeaban.

¡Que su ejemplo sirva a los demás de ciencia! Pero, ¡Dios mío, qué aburrimiento estar sentado día y noche con un enfermo, sin alejarse de él ni un solo paso! ¡Qué fastidio tan enorme divertir a un moribundo, arreglarle las almohadas, darle tristemente la medicina y suspirar y pensar: “¿Cuándo te llevará el diablo?”!

Así pensaba el joven atolondrado y pícaro, único heredero de todos sus parientes, corriendo en una diligencia, por la voluntad del Todopoderoso, en medio de una nube de polvo.

Amigos de Ruslán y Ludmila⁽¹⁾, permitidme que ahora mismo, sin más introducción, os presente al héroe de mi novela. Mi buen amigo Onieguin nació a orillas del Neva, donde tal vez naciste o brillaste tú, lector. Yo me paseé mucho tiempo por allí; pero el clima del Norte me sienta mal.

Su padre, trabajando concienzudamente y con nobleza, vivía acosado de deudas; daba tres bailes al año, lo que acabó de arruinarle. No obstante, el destino protegía a Onieguin; al principio le cuidaba una madame, más tarde le reemplazó un monsieur. El niño era travieso, pero simpático. Monsieur l'abbé, un francés pobre, para no atormentar al chiquillo, le enseñaba todo entre bromas, no le aburría con severas reglas de moral, le regañaba levemente por las travesuras y le llevaba de paseo al Jardín de Verano⁽²⁾.

Cuando llegaron para Eugenio los días de las esperanzas y de la tierna melancolía, los días de la rebelde juventud, echaron a monsieur. He aquí a mi Onieguin en libertad, frecuentando el gran mundo, peinado a la última moda y vestido como un dandy de Londres. Sabía hablar y escribir perfectamente el francés, bailaba muy bien la mazurca y

(1) 1820. Poema heroico-cómico, imitado del Ariosto.

(2) Famoso parque de San Petersburgo.

saludaba con elegancia. ¿Qué más queréis? La sociedad decretó que era inteligente y muy simpático.

Todos hemos estudiado poco y de cualquier manera; así es que, gracias a Dios, en nuestro país no es difícil sobresalir en educación. Onieguin era, según la opinión de muchos –jueces seguros y severos–, un joven erudito, pero pedante. Poseía el afortunado talento de saber hablar superficialmente de todos los temas con el aire docto del conocedor, de guardar silencio en una conversación seria y de despertar la sonrisa de las damas con el fuego de inesperados epigramas. Sospechaban en él un talento. Verdaderamente, podía sostener una discusión varonil sobre Byron y Benjamín, sobre los carbonari, Parni o el general Jomin⁽³⁾. Hoy día el latín no está de moda; pero, a decir verdad, él sabía lo bastante este idioma para poder descifrar los epígrafes, hablar de Juvenal, poner un *vale* al final de una carta y recitar sin dificultad dos o tres versos de la Eneida. No tenía suficiente afán ni interés para rebuscar en el polvo cronológico la historia de la tierra; pero se sabía de memoria todas las anécdotas desde los tiempos de Rómulo hasta nuestros días. No tenía ninguna pasión elevada, y, careciendo de verdadero interés por el estudio de la poesía, no podía distinguir el yambo del coreo, como nos pasa a nosotros. No le gustaban Homero ni Teócrito; sin embargo, leía a Adam Smith y era un profundo economista; es decir, sabía juzgar de qué manera el gobierno se enriquece, de qué vive y por qué no le hace falta oro cuando tiene materias primas. Su padre no le comprendía y empeñaba sus tierras.

No tengo tiempo de enumerar todo cuanto sabía Onieguin; pero en lo que era un verdadero genio, lo que conocía más a fondo, lo que desde su juventud era para él trabajo, sufrimiento y alegría, lo que ocupaba todo el día de su pereza y hastío, era la ciencia de la dulce pasión que cantó Ovidio Nasón, y por la que acabó como un mártir su vida brillante y turbulenta en la profundidad de las estepas de Moldavia, lejos de Italia. El ímpetu del corazón, engaño encantador, nos hace sufrir muy pronto. No es la Naturaleza la que nos enseña el amor, sino madame de Staël y Chateaubriand.

Con ansia deseamos conocer prematuramente la vida, y la aprendemos en las novelas. Hemos conocido todo; pero entretanto, no hemos gozado de nada. Adelantando la voz de la Naturaleza no hacemos más que perjudicar nuestra dicha, y la ardiente juventud vuela demasiado

⁽³⁾ Henry de Jomin (1779-1869), general francés, autor de tratados de táctica militar muy estimados.

tarde tras ella. Onieguin pasó también por esta fase; sin embargo, ¡qué bien conoció a las mujeres! Muy pronto supo fingir, ocultar la esperanza y los celos, desengañar, persuadir, mostrarse sombrío, decaído, orgulloso u obediente, atento o indiferente. ¡Con qué languidez callaba! ¡Qué fogosa elocuencia! En las cartas de amor, ¡qué deliciosas negligencias! Sabía olvidarse de sí mismo, deseando sólo una cosa, viviendo únicamente para ella. ¡Qué rápida y dulce era su mirada, qué tímida e impertinente! A veces, sus ojos se enturbiaban con lágrimas sumisas. ¡Qué bien sabía adaptarse a las circunstancias! Maravillaba a las almas sencillas, asustándolas con desesperación premeditada o divirtiéndolas con agradables lisonjas. Aprovechaba el momento de emoción y descuido del alma cándida, conquistaba con inteligencia y pasión, sabía esperar una caricia involuntaria, suplicar o exigir una confesión, captar el primer latido del corazón, perseguir el amor, lograr de repente una entrevista secreta y después dar a solas lecciones en silencio. Enseguida supo atormentar a las perfectas coquetas. Cuando quería humillar a sus rivales, les tendía sutiles redes, los difamaba mordazmente; pero vosotros, maridos ingenuos, seguíais siendo amigos suyos. El esposo celoso estaba bien con él, a pesar de ser discípulo de Faublas⁽⁴⁾, lo mismo que el viejo desconfiado y el inconsciente cornudo, satisfecho de sí mismo, de su comida y su mujer. ¡Qué bien sabía atraer la piadosa mirada de la viuda resignada, y, aparentando timidez y azoramiento, entablar conversación con ella! ¡Cómo sabía disertar sobre el platonismo con cualquier señora, hacer reír con un epigrama inesperado y seguir la corriente a la tontuela! Se parecía al lobo fiero que, consumido por el hambre, sale al bosque frondoso y corretea entre los perros alrededor del rebaño sin experiencia; todo duerme, y, de pronto, el ladrón huye con un corderito al bosque sombrío.

A veces, cuando aún está en la cama, le traen tarjetas. ¿Qué será? ¿Una invitación? En efecto, tres casas le invitan para la noche; aquí habrá un baile, allí una fiesta infantil. ¿Adónde acudirá mi travieso, por quién empezará? Da igual; no es difícil llegar a tiempo a todos los sitios. Por el momento, en traje de mañana, con un ancho sombrero a lo Bolívar, Onieguin se pasea por los grandes y espaciosos bulevares, hasta que el toque sonoro le llama a comer.

Ya oscurece; se sienta en el trineo, se oye el grito del cochero: “Cuidado, cuidado”; un polvillo helado platea su cuello, de castor. Corre

⁽⁴⁾ Héroe de tres novelas de Luvet de Couvray, cuyo asunto es de una sutil amoralidad.

hacia el “Tolón”; está seguro de que allí le aguarda Kaverin⁽⁵⁾. Al entrar, un corcho salta hasta el techo, liberando el vino, que brota cual cometa. Le sirven un *roastbeef* ensangrentado, trufas, lujo de los años juveniles, y el mejor aspecto de la cocina francesa: el inmortal pastel de Estrasburgo, el queso de Limburgo y la dorada piña. La sed pide más copas, quiere apagar el ardor de la grasa de las croquetas; pero un toque les avisa que el nuevo *ballet* ha empezado. Mordaz legislador del teatro, admirador voluble de las encantadoras actrices, respetable ciudadano de los bastidores, Onieguin volaba al teatro donde cada cual, respirando la crítica, está a punto de aplaudir el *entre-chat*, silbar *Fedra* o *Cleopatra*, llamar a Moina⁽⁶⁾ por el mero gusto de lucirse. ¡Fantástico mundo! Allí, en los viejos tiempos, brillaron Fonvisen⁽⁷⁾, amigo de la libertad y poseedor de la sátira atrevida, y su imitador Kniagnin; allí Ozerov compartió las lágrimas y los aplausos de los espectadores con la joven Semionova; allí nuestro Katenin resucitó el elevado género de Corneille; allí se representaron las numerosas comedias de Chajovcki; allí nació la fama de Didlo; allí, entre bastidores, transcurrieron mis años juveniles. ¡Diosas mías! ¿Qué es de vosotras? ¿Dónde os halláis? Escuchad mi triste llamada. ¿Seguís siempre iguales? ¿Otras doncellas, sustituyéndoos, lograrán reemplazaros? ¿Escucharé de nuevo vuestros coros? ¿Volveré a contemplar la danza sutil de la Terpsícore rusa? Pero tal vez mi mirada cansada no encontrará en la escena aburrida caras conocidas, y, fijando en este mundo ficticio los desilusionados impertinentes, espectador indiferente de la alegría, me pondré a bostezar en silencio y a recordar el pasado.

Ya está lleno el teatro; resplandecen los palcos; el *parterre* y la platea burbujean; en el impaciente gallinero aplauden. Al levantarse el telón, aparece Itsomina⁽⁸⁾, brillante y vaporosa, rodeada de ninfas y obediente al mágico arquillo del violín. Con un pie roza apenas el suelo, con el otro gira lentamente; de pronto da un salto y un instante después vuela como el plumón a los sonos de Eolo. Su esbelto talle se cimbréa mientras bate una pierna con otra. Todos aplauden. Onieguin entra y se abre paso entre las butacas, pisando de continuo. Dirige los impertinentes hacia los palcos de las damas desconocidas, recorre con la mirada todos los

⁽⁵⁾ Amigo de Pushkin, famoso dandy petersburgués.

⁽⁶⁾ Bailarina muy famosa de la época.

⁽⁷⁾ Escritor satírico de la época de Catalina II, autor de *El brigadier Neclorosei* (burla de los provincianos).

⁽⁸⁾ Célebre bailarina de la época.

pisos; no le gustan las caras ni los atavíos. Por todos lados saluda a caballeros, con displicencia echa una mirada a la escena, da la vuelta, bosteza y piensa: “Ya es hora de variarlos a todos: he soportado durante mucho tiempo el *ballet*, pero hasta Didlo me cansa”.

En la escena saltan todavía los amores, demonios y serpientes ...

La gente no termina de patlear, toser, sisear, aplaudir. En los vestíbulos dormitan los lacayos, envueltos en sus pellizas; por todas partes brillan faroles; los caballos, arrecidos, piafan, cansados de la espera, y los cocheros, alrededor del fuego, insultan a sus amos y dan palmadas. Pero ya salió Eugenio; va a su casa para cambiarse de traje.

Me gustaría pintar un cuadro exacto del solitario gabinete en donde Onieguin, alumno ejemplar de la moda, se viste, se desviste y se vuelve a vestir. Todo lo que vende Londres, meticoloso en los abundantes caprichos, y que a través de las olas del Báltico nos trae a cambio de madera y tocino. Todo cuanto en París un gusto ávido inventa para el entretenimiento, el lujo y lo superfluo de la moda, todo adornaba el cuarto de este filósofo de dieciocho años. Pipas de ámbar de Constantinopla, objetos de porcelana y bronce sobre la mesa, delicias para los gustos refinados, perfumes en frascos de cristal, peines, limas de mesa, tijeras rectas y torcidas, treinta clases de cepillos para las uñas y para los dientes.

Rousseau, me permito anotar de paso, no podía comprender cómo el serio Grim se atrevía a limpiarse las uñas en su presencia; pero en este caso el insensato y elocuente defensor de la libertad y de los derechos se equivocaba completamente. Se puede ser un hombre activo y pensar en el cuidado de las uñas al mismo tiempo. ¡Para qué discutir con nuestro siglo inútilmente! La costumbre es déspota entre los hombres.

Eugenio, segundo Kaverin, temía a los críticos envidiosos; era un pedante en el vestir, y lo que nosotros llamaríamos un petimetre. Se pasaba, por lo menos, tres horas delante del espejo y salía del tocador semejante a la Venus si, ataviada de traje masculino, la diosa se dirigiese a un baile de máscaras. En la Europa actual, entre la gente educada, el arreglo de las uñas no parece una tarea pesada.

Entreteniéndome vuestra mirada curiosa, yo podría describir aquí su traje a la última moda. Claro que esto sería atrevido, mas describir es mi asunto. Pero en ruso no existe ninguna de estas palabras: pantalón, frac, chaleco; lo reconozco y me excuso, pues ya sin esto mi pobre estilo podría contener menos palabras extranjeras, aunque haya consultado el diccionario académico.

Ahora no es éste nuestro objeto; es mejor, corramos de prisa al baile, adonde va Onieguin en una carretela de alquiler. Los dobles faroles del coche forman arco iris en la nieve, y a lo largo de la dormida calle irradian alegremente su luz sobre las casas apagadas. Súbitamente brilla una soberbia casa, toda rodeada de lamparillas; en los ventanales se divisan sombras, perfiles de damas y de famosos donjuanes. He aquí a nuestro héroe, que se acerca a la entrada, pasa delante del portero, sube los escalones como una flecha, se alisa el pelo con una mano y entra.

La casa rebosa de gente, y la música ruge, ya cansada de tanto tocar; la multitud está ocupada con la mazurca, entre el ruido y las apreturas; resuenan las espuelas de los apuestos militares, las piernecitas de las lindas damas giran, tras sus rastros vuelan miradas inflamadas, y el lamento de los violines ahoga el cuchicheo envidioso de las esposas.

En los días alegres y placenteros también yo me volvía loco por el baile; no hay lugar más seguro para una declaración y para la entrega de una carta. ¡Oh respetables maridos! Voy a ofreceros mis servicios; os ruego que tengáis en cuenta mis consejos; os quiero advertir, igual que a vosotras, mamás: sed más severos, observad mejor a vuestras esposas e hijas, mantened firmes vuestros impertinentes; si no, si no ..., ¡Dios os libre! Yo escribo esto porque ya no pecho hace mucho tiempo. ¡Ay de mí!

Malgasté mucha vida en tantas diversiones; pero, si no fuera por las austeras costumbres, aun ahora me gustarían los bailes. Me encantan la juventud jovial, el bullicio, el lujo, la alegría, los atavíos complicados de las damas. Adoro sus piernecitas, aunque no es fácil encontrar tres pares de piernas hermosas en toda Rusia. ¡Ay, durante mucho tiempo yo no pude olvidar dos piernecitas! Triste y desencantado, todavía me acuerdo de ellas y en sueños me perturban el corazón. ¿Cuándo y dónde, en qué desierto las olvidarás, insensato? ¡Ay, piernecitas, piernecitas! ¿Dónde estáis ahora? ¿En qué sitio pisáis las flores eternas? Acostumbradas a la delicadeza de Oriente, no habéis dejado huellas en la triste nieve del Norte. Os gustaban las mullidas alfombras y sus contactos soberbios. Hace mucho tiempo que por vosotras olvidé la sed de la gloria y de los elogios, la tierra de mis padres y la reclusión. Desapareció la felicidad juvenil a la par que vuestras ligeras huellas de los prados.

El pecho de Diana y las mejillas de Flora son encantadores, queridos amigos; sin embargo, la piernecita de Terpsícore tiene más encantos para mí, promete a la mirada una recompensa inapreciable, atrae con su belleza ideal los más caprichosos deseos; la quiero, amiga Elvina, bajo

el largo mantel de la mesa, sobre el verdor de los prados en primavera, ante el hierro de la chimenea en invierno, en el suelo de la sala encerado como un espejo, al lado del mar, en la roca de granito. Me acuerdo del mar antes de la tormenta. ¡Cómo envidiaba a las olas que corrían impetuosas a tenderse con amor a sus pies! ¡Cuánto deseaba yo entonces rozar con mis labios sus lindos pies al par que las olas! No, nunca en los ardientes días de mi juventud fogosa deseé yo con tanto sufrimiento besar los labios de Armida, las rosas ardientes de sus mejillas o sus lánguidos senos. ¡No, nunca desgarró tanto mi alma el ímpetu de la pasión! Recuerdo otros tiempos, a veces en secretos ensueños, sujeto a la dicha por el estribo, y siento la piernecita entre mis manos. Mi imaginación hierve de nuevo, su roce enciende la sangre de mi corazón marchito y vuelve el tedio, el amor ... Pero basta ya de glorificar bellezas altaneras con mi lira charlatana; no son dignas de las pasiones ni de los cantos que inspiran sus palabras encantadoras, y sus miradas engañan igual que sus piecitos.

¿Qué hay de mi Onieguin? Rendido, después del baile vuelve a su casa para dormir, mientras el turbulento Petersburgo se despierta al redoble del tambor. El comerciante se levanta, el vendedor ambulante sale a la calle, el izvoschik ⁽⁹⁾ se dirige a su parada; una mujer de Ojta ⁽¹⁰⁾ corre con un jarro de leche; la nieve cruje bajo sus pies. Los agradables ruidos de la mañana surgen por doquier, las persianas se abren, el humo de las chimeneas se eleva en torbellinos hacia el cielo azul, y el panadero, alemán metódico, con un gorro de papel, ya abrió varias veces su *was ist das*.

El hijo de lujo y de las diversiones, cansado del alboroto del baile, duerme apaciblemente en la beatífica oscuridad, transformando el día en noche. Se despierta después del mediodía y reanuda su vida monótona y abigarrada hasta la mañana siguiente. Hoy igual que ayer, mañana igual que hoy. Pero ¿era feliz mi Eugenio con su libertad, en la flor de sus mejores años, en medio de sus brillantes conquistas, entre sus diarios goces? No; enseguida se enfriaron sus sentidos, le cansó el mundanal ruido, las bellezas ocuparon muy poco sus pensamientos cotidianos, las infidelidades tuvieron tiempo de fatigarle, los amigos y la amistad le aburrieron. No siempre se puede regar el bistec y el pastel de Estrasburgo con una botella de champaña, ni acumular palabras

⁽⁹⁾ Coche de caballos de alquiler.

⁽¹⁰⁾ Barrio de Petersburgo donde vive la gente pobre.

mordaces cuando duele la cabeza; aunque era un pícaro inflamable, al fin acabó por odiar la guerra, la espada y el plomo.

La enfermedad cuya causa es necesario buscar en lejanos tiempos, parecida al esplín inglés, o mejor, a nuestra *jandra* rusa, se fue apoderando poco a poco de él. ¡Gracias a Dios, no le vino la idea de darse un tiro; pero perdió todo su apego a la vida! Como Childe Harold, frecuentaba los salones, taciturno y melancólico; nada le conmovía, nada le sacaba de su ensimismamiento: ni los chismes de sociedad, ni el boston, ni las miradas prometedoras, ni los suspiros indiscretos. ¡Caprichosas del gran mundo! A todas os abandonó él antes que le dejaseis. Verdad es que en nuestros tiempos el buen tono es bastante aburrido. Puede ser que alguna dama hable de Sey o de Bentham; pero, en general, su conversación es más insoportable que una charla insulsa. Añádase a esto que son tan castas, tan altaneras, tan inteligentes, tan devotas, tan prudentes, tan serias, tan inaccesibles a los hombres, que con sólo verlas ya da el esplín. También a vosotras os dejó mi Eugenio, jóvenes bellezas que los drochki⁽¹¹⁾ atrevidos raptan por las calles de San Petersburgo al anochecer. Renegando de los placeres tempestuosos, Onieguin se encerró en su casa, bostezando, tomó la pluma: quería escribir; pero este trabajo tenaz le fastidiaba; no salió nada de su pluma y no entró en la corporación de los hombres agresivos, a los que no juzgo, porque pertenezco a su gremio.

Se dedicó de nuevo al ocio, languideció por el vacío de su alma, se sentó con la loable intención de apropiarse de la ciencia ajena; sobre el estante colocó una fila de libros; leía, leía, mas todo sin provecho. Este es aburrido, aquél contiene desengaño y extravagancias, el uno carece de conciencia, el otro está desprovisto de sentido; los clásicos son anticuados, los modernos deliran de vejez; todos, bajo diferentes aspectos, son pesados. Abandonó los libros, como hiciera antes con las mujeres, y corrió la cortina negra, en señal de luto, sobre la estantería cubierta de polvo.

Como él, me liberé del peso de los prejuicios sociales, abandoné las vanidades y por aquella época me hice amigo suyo. Me gustaban sus rasgos, su voluntaria inclinación a soñar, su original rareza y su temperamento áspero y frío. Yo estaba amargado; él, sombrío. Los dos conocíamos el ardor de las pasiones; la vida nos aburría a ambos; en nuestros corazones se había apagado el fuego; a los dos nos esperaba la maldad de la ciega Fortuna y de la gente desde el principio de

⁽¹¹⁾ Coche rápido.

nuestros días. Todo era triste, penoso y doloroso. Pero en la lucha venció mi inteligencia; mi suerte se unió voluntariamente a su destino desconocido. Desanimó el entusiasmo de mi pensativa juventud; pero yo encontraba en sus charlas una dulzura indecible. Me puse a ver con sus ojos; mis palabras tomaron el son de su triste habla. Descubrí el pobre tesoro de la vida a cambio de los errores pasados de fe y esperanza, don de los ignorantes.

El alma del que ha vivido y ha pensado no puede por menos de despreciar a la gente. A aquel que es sensible le atormenta la visión de los días irrevocables; ya no conoce el placer; la víbora del recuerdo y el arrepentimiento le consumen. Todo esto añade a veces muchos encantos a la conversación. Al principio, el lenguaje de Onieguin me desconcertaba; pero me acostumbré a sus discusiones sardónicas, a sus bromas de miel y vinagre y a la maldad de sus tenebrosos epigramas.

Muy a menudo, en la época de verano, cuando el cielo sobre el Neva está claro y transparente y cuando el espejo del agua no refleja el rostro de Diana, nos acordábamos de las pasadas relaciones, de los amores de antaño. Otras veces, sentimentales e indolentes, nos embriagábamos silenciosamente con el soplo de la noche, como el prisionero que en sus delirios es transportado de la cárcel al bosque verde. Así nuestros ensueños nos trasladaban a la época de nuestra primera juventud.

Con el alma llena de compasión, apoyado en el malecón, en pie, estaba Eugenio todo pensativo. Reinaba el silencio; no se oía más que a los centinelas nocturnos, que se llamaban el uno al otro, y, de cuando en cuando, el ruido lejano de los *drochki*, que pasaban por la calle de Milionaya, o la barca que bogaba en el río dormido, impulsada por los remos, y a lo lejos nos fascinaban el clarín y la música alegre. Pero de todas las diversiones nocturnas la más dulce era el canto de las octavas de Tasso.

¡Oh, olas del Adriático! ¡Oh Brento! Tal vez no vuelva a veros ni a oír vuestra mágica voz, sagrada para los hijos de Apolo, que me hizo familiar la lira altanera de Albión. En libertad gozaré con indolencia de las noches de la dorada Italia, bogando en una góndola secreta en compañía de una joven veneciana, a veces charlatana, otras silenciosa; con ella mis labios aprenderán el lenguaje de Petrarca y del amor. ¿Llegará la hora de mi libertad? ¡Ya es tiempo, ya es tiempo! La imploro; voy errante por el piélago y la espero; invoco los vientos favorables a la fiera tempestad que empuje mi barco entre las olas por los caminos abiertos del mar. ¿Cuándo empezaré mi libre carrera? Ya es hora de

dejar la orilla aburrida; me es hostil el ambiente, y entre las playas del Sur, bajo el cielo de mi África⁽¹²⁾, podré suspirar por la sombría Rusia, en la que sufrí, amé y enterré mi corazón⁽¹³⁾.

Onieguin estaba decidido a visitar conmigo todos los países desconocidos; pero el destino nos separó muy pronto por mucho tiempo. Por aquel entonces murió su padre; delante de Eugenio se reunió un regimiento de avarientos acreedores. Como cada uno tiene su inteligencia y su manera de reaccionar, Eugenio, que odiaba los pleitos, se encontró con su suerte; les entregó la herencia, no viendo en ello una gran pérdida o previendo desde lejos la muerte de su tío. Efectivamente, de pronto recibe una carta del intendente anunciándole que su tío está en cama muriéndose, y que le alegraría despedirse de él. Después de leer el triste mensaje, Eugenio se puso en camino apresuradamente, bostezando de antemano y dispuesto, por el dinero, a los suspiros, al aburrimiento y al engaño. Y aquí empecé yo mi novela. Pero al llegar al pueblo ya encontró a su tío sobre la mesa mortuoria, preparado como un obsequio para la tierra. En el patio había una multitud de sirvientes; de todas partes llegaban, para ver al muerto, sus amigos y enemigos, así como los frecuentadores de entierros. Enterraron al difunto; los curas y los invitados comieron y bebieron, y después se retiraron gravemente, como si se hubiese tratado de un negocio.

Dueño completo de los talleres, aguas, bosques y tierras, he aquí a nuestro Onieguin convertido en provinciano, muy contento de haber cambiado la antigua ruta de su vida. Durante dos días, la soledad de las praderas, la frescura del bosque sombrío, el susurro del tranquilo riachuelo le parecieron algo nuevo; al tercer días, el bosquecito, el monte y los campos ya no le entretuvieron; más tarde le dieron sueño; después vio claramente que hasta en el campo reina el mismo aburrimiento, aunque no haya calles, ni palacios, ni cartas de amor, ni bailes, ni versos. La *jandra* le seguía, siempre en guardia, como si fuese su sombra o una fiel esposa.

Yo, sien embargo, había nacido para la tranquilidad del campo. En la soledad resuena mejor la voz de mi lira, adquieren más vida mis ensueños de creador, me consagro a inocentes placeres, vago por las orillas del lago solitario y el *dolce far niente* es mi ley. Cada día me

⁽¹²⁾ El autor, por parte de su madre, era de origen africano (el árabe de Pedro el Grande).

⁽¹³⁾ Escrito en Odesa durante su destierro.

despierto para la dulce indolencia, leo poco, como mucho y no corro tras la gloria. ¿No es así como pasé mis años dichosos de juventud en la tranquilidad y el reposo? ¡Flores, amor, aldea, prados, ocio, os quedo consagrado con toda mi alma!

Estoy contento de encontrar siempre diferencias entre Onieguin y yo, porque así, ni el lector burlón, ni el ingenioso editor, podrán calumniarme al ver aquí sus rasgos, diciendo que he pintado mi retrato como Byron, el orgulloso poeta. ¡Como si me fuera posible escribir un poema sobre cualquier persona que no sea yo mismo! Diré de paso que todos los poetas son amigos del amor soñador. A veces soñaba con lindos objetos, mi alma guardaba su imagen secreta y después la musa les daba vida. Así, indolente, canté en mis poesías a la doncella de las montañas, mi ideal más elevado, y a las cautivas de los bordes del Salguir.

Ahora oigo a menudo de vosotros, amigos, esta pregunta: “¿Por quién suspira tu lira? ¿A qué damisela envidiosa dedicaste tu canto? ¿Qué mirada, impresionada con tu inspiración, recompensa tu pensativa melodía con una tierna caricia? ¿A quién han divinizado tus versos?”. ¡Amigos, palabra de honor que a nadie! Yo he experimentado sin alegría alguna el terrible tormento de la pasión. ¡Dichoso el que lo une al ardor de la rima! Con esto aumenta el delirio sagrado de la poesía; siguiendo a Petrarca y colmando las torturas del corazón, alcanzó, entretanto, la gloria; pero yo, cuando amaba, tornábame tímido y mudo.

Pasa el amor, aparece la musa y se despeja mi sombría inteligencia; otra vez libre, busco la unión entre los mágicos sonidos, los sentidos y los pensamientos. Escribo, y el corazón no se aflige; la pluma, al contacto de los versos incompletos, olvidándose, no describe ni los piecitos, ni las cabezas de mujer; la ceniza apagada ya no se inflama. Sigo estando triste; pero ya no tengo lágrimas, y muy pronto en mi alma se calmarán los restos de la tempestad. Entonces empezaré un poema de veinticinco cantos. Ya he pensado en la forma y en el nombre del héroe. Por ahora he terminado el primer capítulo de mi novela. Lo repasaré severamente. Sé que hay muchas contradicciones; pero no quiero arreglarlas. Pagaré mi deuda a la censura, y para la crítica entregaré los frutos de mi trabajo. Mostraré a orillas del Neva ⁽¹⁴⁾ mi recién nacida creación para alcanzar los dones de la gloria: las malas interpretaciones, los reproches y las discusiones.

⁽¹⁴⁾ Sitio en que vivía la gente elegante de San Petersburgo.

CAPÍTULO II

¡Oh Rusia, inmensa aldea!

El pueblo donde se aburría Eugenio era un rinconcito encantador; allí el amigo de los deleites inocentes podrá bendecir al cielo. La casa señorial, aislada y protegida de los vientos por una montaña, dominaba el riachuelo; a lo lejos, frente a ella, los prados y los jardines dorados en flor mezclaban sus matices. Aquí y allí aparecían aldeas; los rebaños andaban errantes por los campos, y la entrada ensanchaba el profundo, enorme y abandonado parque, refugio de las pensativas dríadas. El respetable castillo, sólido y tranquilo, fue construido al gusto de la sabia antigüedad. Las estancias eran todas altas y espaciosas; el salón estaba tapizado de seda; de las paredes colgaban retratos de los zares, y estufas de azulejos lo adornaban. Todo estaba ahora descolorido, no sé francamente por qué; pero la verdad es que a mi amigo también le tenía sin cuidado, pues bostezaba del mismo modo en un salón moderno que en uno antiguo.

Se estableció en aquel ambiente sosegado, en el que el antiguo dueño mató moscas, regañó con el ama de llaves y miró por la ventana durante cuarenta años. Todo era sencillo: el suelo de roble, los dos armarios, la mesa, el diván de plumas; pero era imposible encontrar la mínima mancha de tinta. Onieguin abrió los armarios; en uno encontró el libro de las cuentas; en otro, un verdadero regimiento de licores, jarros con sidra y un calendario del año mil; el anciano, siempre muy ocupado, no había consultado nunca más libros que éstos. Solo en medio de sus posesiones, al principio, para pasar el rato, pensó Eugenio en establecer un nuevo orden. En su desierto, el sabio solitario sustituyó el yugo de la antigua *barchina*⁽¹⁵⁾ por un sencillo *obrok*⁽¹⁶⁾, y el siervo bendijo al cielo. Sin embargo, uno de sus vecinos, calculador y avaro, se enfadó con él, viendo en esto un mal terrible; otro sonrió astutamente, y todos sin excepción, acordaron a coro que era un chiflado peligroso.

⁽¹⁵⁾ Impuesto que cada siervo pagaba al señor.

⁽¹⁶⁾ Pago total y colectivo de todos los siervos al señor.

Al principio iban todos a visitarle; pero en cuanto vislumbraba sus coches caseros a lo lejos del camino real, mandaba que le ensillasen su caballo del Don y salía por la puerta trasera. Ofendidos por tal acto, todos rompieron su amistad con él. “Nuestro vecino es un ignorante, un chiflado, un masón, y bebe vaso tras vaso de vino tinto, no besa la mano a las señoras y habla a la manera moderna”. Tal era la opinión general.

Por aquella época llegó al pueblo un nuevo propietario, llamado Vladimir Lenski; también dio motivos de un severo juicio a la vecindad. Bello en la plenitud de sus mejores años, con bucles negros hasta los hombros, de alma hermana a la de Goethe, admirador de Kant y poeta, por añadidura; de espíritu fogoso y bastante raro, poseía, además, un lenguaje exaltado. De la brumosa Alemania trajo frutos de sabiduría y fantásticos sueños. Su alma no se había marchitado aún con la fría corrupción de la vida; el saludo de un amigo y el cariño de las jóvenes le consolaban; su corazón bueno e inexperto alimentaba esperanzas. El lujo y el bullicio del mundo fascinaban todavía su inteligencia juvenil. Entretenía las dudas de su corazón con dulces sueños; el fin de nuestra vida era para él un atrayente enigma, ante el que se rompía la cabeza y sospechaba milagros. Creía que un alma gemela tenía que unirse a la suya, que, languideciendo, le esperaba impaciente noche y día; creía que los amigos eran capaces de tomar las cadenas por él, y que sus manos no temblarían al romper el cáliz del calumniador; que hay entre los hombres amigos, sagrados, escogidos por la Providencia; que los de su inmortal familia, con inevitables rayos, algún día nos iluminarán, y entonces darán la dicha al mundo. Muy pronto la indignación, la compasión, el amor de lo bueno y el dulce tormento de la gloria turbaron su corazón. Con la lira erraba por el mundo bajo el cielo de Schiller y Goethe, cuyo fuego poético inflamó su alma; y, afortunado, no avergonzó a las musas del arte elevado; en sus cantos siempre conservó orgullosamente los sentimientos nobles, los ímpetus de sueños virginales y el encanto de lo sencillo. No cantaba las viciosas diversiones, ni a las despreciables Circes; no quería ofender al mundo con su lira encantadora. Admirador de la verdadera dicha, no celebraba las redes de la voluptuosidad, como aquel cuya alma fría, llena de vergonzosa apatía, presa de malsanos desvaríos, víctima de pasiones funestas, persigue en su aburrimiento la imagen de los goces pasados, y, en su locura, los descubre al mundo en poemas fatales.

Cantantes del ciego arrebató, en vano nos comunicáis en las elegías vuestras impresiones sobre las travesuras juveniles; en vano las vírgenes, que son discreción, escuchan atentamente los sonidos de la

dulce lira, fijan en vosotros cariñosas miradas, sin atreverse a empezar la conversación; en vano le gusta a la frívola juventud celebraros en los festines; ella guarda en el corazón y en los labios la tierna dulzura de los versos que, venciendo su timidez, murmura al oído de las doncellas avergonzadas. Con sonidos y palabras vacías sembráis la maldad viciosa. Cantantes del amor, decid vosotros mismos, ¿cuál es vuestro oficio? No os coronarán ante el Juez Palas, no obtendréis recompensa; la posteridad no os reconocerá. ¿Es decoroso para un altivo poeta el ocuparse de industria? Pero os son más gratas, lo sé por experiencia, las lágrimas mezcladas de sonrisas; habéis nacido para la gloria femenina; no os importa el murmullo; me dais lástima y me sois simpáticos; no sois como el severo Lenski, cuyos versos las madres ordenaron, desde luego, leer a sus hijas.

Loaba el amor puro y dócil, y su melodía era clara como el espíritu de la joven sencilla como el sueño de un recién nacido, como la luna, diosa del secreto y de los dulces suspiros en el tranquilo desierto del cielo. Cantaba la separación y la tristeza, un “algo”, la brumosa lejanía y las románticas rosas. Cantaba los lejanos países en los que sus lágrimas ardientes corrieron en silencio. Cantaba el marchito color de la vida casi a los dieciocho años. En aquel desierto, donde sólo Eugenio podía apreciar sus dotes, no le gustaban los festines de los señores; huía de sus ruidosas tertulias, de su conversación prosaica sobre la siega, el vino, los perros y los parientes, en las que, naturalmente, no brillaban por la sensibilidad, ni el fulgor poético, ni siquiera por la más elemental noción de arte. La charla de sus lindas esposas era mucho menos interesante aún. Rico, de buen tipo, Lenski era recibido en todos sitios como un posible pretendiente; tal es la costumbre en los pueblos. Todos querían casar a sus hijas con aquel vecino medio ruso; en cuanto entraba él, la conversación giraba en torno al aburrimiento de la vida de soltero; le llamaban junto al samovar, y Dunia servía el té, mientras sus familiares le murmuraban: “Pon toda tu atención”. Después, traían la guitarra y, ¡Dios mío!, se ponía a chillar: “*Ven a mi palacio dorado.*”.

Pero, claro, Lenski no tenía ganas de arrastrar las cadenas del matrimonio, y deseaba con todo su corazón entablar amistad con Onieguin. Por fin se entendieron; mas la ola y la piedra, los versos y la prosa, el hielo y el fuego no son tan diferentes entre sí. Al principio, por esta mutua diferencia, se juzgaron ambos aburridos; después se gustaron; más tarde empezaron a montar juntos a caballo, y muy pronto se hicieron inseparables. Así la gente –lo reconozco el primero– busca amigos por no tener nada que hacer. Pero entre nosotros no hay

amistad; los prejuicios nos hacen considerar a los demás como ceros a la izquierda, juzgándonos unidades; nos creemos unos Napoleones y tratamos a la mayoría de la gente como simples animales que sólo nos sirven de instrumento: el sentimiento nos parece ridículo y extraño. Eugenio era mucho más transigente, aunque conociera bien a la gente y la despreciara en general; pero no hay regla sin excepción, y distinguía mucho a algunos, porque, en el fondo, respetaba los sentimientos ajenos. Escuchaba a Lenski con una sonrisa; todo le parecía nuevo; el inflamado lenguaje del poeta, su inteligencia, aún vacilante en las opiniones, y su mirada siempre inspirada. No dejaba salir de sus labios palabras desilusionadoras, y pensaba: “Es inútil querer deshacer su gozo momentáneo; que viva por ahora creyendo en la perfección del mundo; tiempo vendrá en que se rompa su encanto sin mi intervención; perdonemos los arrebatos, el ardor, el delirio de los años juveniles”.

Entre ellos todo suscitaba discusiones, y esto los atrajo a la reflexión. Los acuerdos de las antiguas tribus, los frutos de la ciencia, el bien y el mal, los prejuicios de los siglos, el destino y la vida, todo se sometía por turno a su juicio. El poeta, en la vehemencia de sus opiniones, leía párrafos de autores del Norte, y el indulgente Eugenio, aunque no los entendía mucho, escuchaba atentamente al joven. Pero el amor era lo que más a menudo ocupaba los espíritus de mis dos solitarios. Liberados de sus revoltosos poderes, Onieguin decía de él, con un involuntario suspiro de pena: “¡Dichoso el que vivió sus inquietudes y, al fin, se liberó de ellas! ¡Dichoso quien no las conoció y apagó el amor con la separación, quien evitó la enemistad con sarcasmo, bostezó con sus amigos y su mujer, sin estar atormentado por el suplicio de los celos, y no confió al juego el capital seguro de sus abuelos!”.

¡La pasión del juego! En los pasados años, ni el amor a la libertad, ni Febo, ni la amistad, ni los festines, nada podía apartarme del juego de las cartas. Toda la noche, hasta el amanecer, pensativo, interrogaba al legado del Destino: “¿Caerá a la izquierda el *vale*⁽¹⁷⁾?”. Ya tocan a misa; en medio de las tiradas cartas dormitaba el cansado banquero, y yo continuaba igual, pálido y atento, lleno de esperanzas; entornando los ojos, plegaba la esquina de mi tercer as. Ya no soy el mismo: lleno de sangre fría, me confío a la caprichosa suerte; no pongo la carta sombría con terror, fijándome en el secreto; dejo en paz la tiza, y la fatal palabra *attendez* no me viene a la boca. También me he desacostumbrado de la rima. ¿Qué voy a hacer? Entre nosotros, diré que me he cansado de

(17) Sota de la baraja francesa.

todo; amigos, uno de estos días intentaré ocuparme de versos blancos. Cuando recurrimos al amparo de la bandera de la tranquilidad sensata, cuando se apaga la llama de las pasiones, nos parecen ridículos sus ímpetus, su poder, sus tardíos llamamientos, calmados no sin dificultad; a veces nos gusta oír la voz rebelde de las pasiones ajenas, que conmueve nuestro corazón, igual que el veterano inválido, en su olvidada cabaña, presta atención de buena gana a los relatos de los jóvenes con bigote. Sin embargo, la fogosa juventud no puede ocultar nada; siempre está a punto de charlar, de discusiones, de amor, de tristeza, de alegría. En materia de amor, Onieguin, considerándose un inválido, escuchaba con cara impasible de qué modo se entregaba el corazón del poeta amante de la confesión. Eugenio conoció sin dificultad la tierna novela de su amor; este relato lleno de sentimientos, que desde hace tiempo ya no es nuevo para nosotros. ¡Ah!, él amaba como ya no se ama en nuestra época, como sólo el alma extravagante del poeta está condenada a amar, siempre, en cualquier lugar, el mismo sueño, el habitual deseo, la acostumbrada tristeza. Ni las grandes distancias, ni los largos años de separación, ni el tiempo consagrado a las Musas, ni las bellezas extranjeras, ni el alegre barullo, ni la ciencia, cambiaron su alma, animada por fuego virginal.

El adolescente, seducido por Olga, no conocía aún los tormentos del corazón; conmovido, era testigo de sus juegos infantiles; a veces hasta participaba en sus diversiones; los vecinos, los amigos y sus padres ya los destinaban al himeneo. En aquel ambiente rústico, lleno de inocente encanto, ante los ojos de su familia, florecía ella cual lirio escondido en la hierba profunda e ignorado de mariposas y abejas. Ni la tonta de raza inglesa, ni la voluntariosa *mademoiselle* –que hasta ahora han sido indispensables a causa de las reglas de la moda– mimaron a la linda Olga; Fedeevna, con débil mano, mecía su cuna, la cuidaba, hacía su camita, la enseñaba a rezar, y por la noche le contaba cuentos de Bovu⁽¹⁸⁾ y, de cuando en cuando, la mimaba.

Ella regaló al poeta los juveniles entusiasmos del primer ensueño, y, pensando en ella, nació la inspiración del primer lamento en su lira. ¡Adiós los dorados juegos! El se puso a buscar la profundidad del bosque, la tranquilidad, la noche, las estrellas y la luna; la luna, lámpara del cielo, a la que dedicamos el paseo entre las tinieblas nocturnas, y las lágrimas, consuelo de los secretos tormentos. Pero hoy día sólo vemos en ella a la sustituta de los faroles mal encendidos. Siempre modesta y

⁽¹⁸⁾ Uno de los héroes de los cuentos rusos.

obediente, alegre como la mañana, sencilla como la vida del poeta, agradable cual beso de amor, de ojos azules como el cielo, Olga poseía todos los encantos: la sonrisa, los bucles dorados, los movimientos, la voz, el talle esbelto; mas coged cualquier novela, y encontraréis, seguramente, su retrato. Es muy lindo, y antes también me gustaba a mí; pero ahora me cansa muchísimo. Permitidme, lector, que me ocupe de la hermana mayor.

Su hermana se llamaba Tatiana. Al principio, tal nombre aclara las primeras páginas de una dulce novela. ¿Y qué? Es agradable, sonoro; pero a él está ligado el recuerdo de la antigüedad o de las muchachas. Todos tenemos que reconocer nuestra falta de gusto en nuestros hombres –no vamos a hablar de los versos–; la instrucción no se nos ha transmitido; sólo nos ha comunicado maneras afectadas, y nada más. Y así, llamábase Tatiana; no atraía por la belleza, como su hermana, ni por la lozanía de sus mejillas. Salvaje, triste y callada, cual asustada gacela del bosque, parecía una extraña en su propia familia; no sabía prodigar caricias a su padre y a su madre; de pequeña, no quería jugar con los otros niños, ni saltar, y muchas veces se pasaba el día entero sentada a la ventana, sola y silenciosa. El ensueño, su amigo desde los primeros días de su infancia, adornó de ilusiones su apacible vida campestre. Sus delicados dedos no conocían la aguja, no se plegaban sobre el bastidor ni animaban la tela con bordados de seda. En general, el deseo de mandar se conoce por el síntoma siguiente: la niña, al jugar con la muñeca, se prepara a las conveniencias, a las leyes de la sociedad, y repite gravemente las lecciones de su mamá. Pero ni siquiera a esta edad las manos de Tatiana cogieron las muñecas; no hablaba con ellas de las noticias del mundo, ni de la moda. Las travesuras infantiles le eran desconocidas; prefería escuchar, en la oscuridad, en las noches invernales, relatos espantosos, que seducían su corazón. Cuando la *niania*⁽¹⁹⁾ reunía en la vasta pradera a todas las amiguitas de Olga, no jugaba con ellas a las *gorelki*⁽²⁰⁾; le aburrían sus risas chillonas y el ruido de las diversiones atolondradas. Le gustaba esperar en el balcón la salida del sol, ver cómo en la palidez del cielo desaparecían las estrellas a la luz del alba, y poco a poco se iluminaba el borde de la tierra, y el mensajero de la mañana llegaba al soplo del viento. En invierno, cuando la sombra nocturna se apodera durante tanto tiempo de medio mundo, y cuando el Oriente duerme perezosamente en

(19) Diminutivo de nodriza.

(20) Juego de carreras.

ocioso silencio, ante la luna opaca, se despertaba a la hora habitual y se levantaba a la luz de las bujías.

Muy pronto se aficionó a las novelas, que la compensaban de todo; se enamoró de los engaños de Richardson y de los de Rousseau. Su padre, hombre bueno, aunque ya retrasado para el siglo pasado, no veía en los libros mal alguno; como no los leía nunca, pensaba que eran juguetes frívolos, y no se preocupaba de saber qué tomo secreto dormitaba hasta la mañana bajo la almohada de su hija; en cuanto a su esposa, le encantaba Richardson. Le gustaba, no porque leyese a este autor ni porque prefiriese Grandison a Lovelace, sino porque en tiempos pasados su prima de Moscú, la princesa Paulina, le había hablado a menudo de ellos. En aquella época, su esposo no era más que su novio, y ella suspiraba involuntariamente por otro que, por su inteligencia y su corazón, le gustaba mucho más; su Grandison era un simpático pisaverde, jugador y sargento de la guardia. Lo mismo que él, ella iba siempre vestida a la última moda y con gusto. Pero, sin pedir su consejo, condujo al altar a la joven; el sensato marido se la llevó muy pronto a su finca, en donde, al principio, y rodeada por gente que Dios sabría quiénes eran, ella lloraba, se afligía, se quería escapar, y estuvo a punto de separarse del esposo. Después, empezó a ocuparse de su casa; se acostumbró, y se puso contenta (la costumbre nos es concedida desde arriba para suplir la dicha); el hábito dulcificó su incurable dolor. Pronto un gran descubrimiento la consoló del todo; entre los quehaceres y el reposo halló el secreto para mandar a su antojo a su marido, y desde entonces todo marchó a pedir de boca. Ella se ocupaba de los trabajos, preparaba para el invierno conservas de setas, llevaba la cuenta de los gastos, castigaba a los criados cortándoles el pelo, pegaba a los sirvientes cuando se enojaba, y los sábados iba a los baños; todo esto sin consultar con su marido.

Tiempos atrás escribía con sangre versos en los álbumes de sus dulces amigas; llamaba Pauline a Praskovia⁽²¹⁾, hablaba alargando las palabras, pronunciaba la ene a la francesa y llevaba el corsé muy ajustado. Todo cambió muy pronto: el corsé, el álbum, la princesa Pauline, el cuaderno con versos sentimentales; todo fue olvidado: llamó a Celina Akulka y, al fin, estrenó la bata guatada y la cofia.

Su marido la quería sinceramente y no se mezclaba en sus fantasías; inconscientemente, le confiaba todo, y, como ella, comía y bebía en batín. Su vida transcurría tranquila; a veces, al anochecer, se reunían

⁽²¹⁾ Paula, nombre muy corriente y vulgar en Rusia.

unas cuantas familias amigas y algunos vecinos para lamentarse, cotillear y reírse un poco. El tiempo pasaba; entretanto, mandaban preparar el té a Olga; después llegaba la hora de la cena; más tarde, la de dormir, y los invitados se iban. Respetaban las buenas costumbres de antaño en su vida apacible; por Cuaresma, tenían la costumbre de hacer *blini* ⁽²²⁾ rusos; confesaban y comulgaban dos veces al año; les gustaban los columpios, las canciones de mesa y los *jorovod* ⁽²³⁾. El día de la Trinidad, cuando la gente escuchaba, bostezando, el tedéum, conmovidos, dejaban correr tres lágrimas. El *kvas* ⁽²⁴⁾ les era tan necesario como el aire; en la mesa se servía a los invitados por orden, según rango. De esta suerte envejecían juntos y, por fin, se abrieron ante el esposo las puertas de la tumba y recibió una nueva corona. Murió antes de la hora de la comida, llorado por su vecino, sus hijas y su sincera esposa. Era un señor sencillo y bueno, y allí donde reposan sus restos mortales dice la dedicatoria del monumento:

BAJO ESTA PIEDRA
YACE EN PAZ EL HUMILDE PECADOR
DIMITRI LARIN
ESCLAVO DEL SEÑOR Y BRIGADIER

Al volver a su pueblo natal, Vladimir Lenski visitó la tumba de su vecino, dedicó un suspiro a sus restos y durante largo tiempo guardó la tristeza de su corazón. “¡Poor Yorik! ⁽²⁵⁾ –exclamó con pesar–; me tuvo en sus brazos, y ¡qué a menudo jugué yo con su medalla de Ochakov! ⁽²⁶⁾ Me destinaba a Olga y decía: “¿Llegaré a verlo?”. Lleno de sincera tristeza, Vladimir compuso allí mismo un madrigal funerario. En el propio sitio visitó llorando los restos mortales de sus padres. ¡Ay!, en los surcos de la vida, las generaciones, cual cosechas instantáneas, bajo la voluntad de la Providencia, nacen, maduran, caen y otras les siguen. Así nuestra inconsciente generación crece, se atormenta, arde y se apresura hacia

⁽²²⁾ Plato típico ruso.

⁽²³⁾ Especie de ronda o de corro.

⁽²⁴⁾ Bebida típica rusa.

⁽²⁵⁾ Alusión a las palabras de Shakespeare en *Hamlet*.

⁽²⁶⁾ Batalla de la guerra rusoturca, que tuvo lugar en 1787, y en la que tomó parte el mariscal Suvorof. Se acuñó una medalla en conmemoración.

la tumba de sus antepasados. ¡Ya llegará, ya llegará nuestra hora!, y nuestros nietos nos harán salir bien pronto de este mundo. Mientras tanto, gozad de esta vida ligera, amigos míos; comprendo su vacío, estoy poco ligado a ella, cerré los ojos para no ver visiones; pero de cuando en cuando lejanas esperanzas atormentan mi corazón. Me sería penoso dejar el mundo sin rastro alguno; no vivo y escribo para las alabanzas, aunque creo que me gustaría glorificar mi triste suerte para que, por lo menos, algún verso, cual fiel amigo, recuerde mi persona. Tal vez conmueva a alguien, y, conservada por el Destino, no se perderá en el tiempo la estrofa compuesta por mí. Quizá –¡halagadora esperanza! – un futuro principiante, señalando mi glorioso retrato, dirá: “¡Este sí que era un poeta!”. Recibe mi agradecimiento, admirador de las apacibles Aónides. ¡Oh tú, cuya memoria guardará mi fugitiva creación, cuya mano indulgente acariciará los laureles del viejo!

CAPÍTULO III

Elle était fille, elle était amoureuse.

(Malfilatre)

¿Adónde vas? ¡Ah, estos poetas!

–Adiós, Onieguin; ya es hora de que me vaya.

–No te entretengo; pero ¿dónde pasas las tardes?

–En casa de los Larin.

–Está bien, ¡válgame Dios! ¿Y no te resulta pesado matar el tiempo de semejante modo todas las tardes?

–De ninguna manera.

–No lo puedo comprender; desde aquí veo lo que es: primeramente, ¡escucha!, ¿tengo razón?

–No es más que una sencilla familia rusa, muy amable con los invitados, siempre provista de mermeladas, sin contar con la eterna conversación sobre el corral, el lino, la lluvia.

–En esto no veo todavía mal alguno; pero amigo, el aburrimiento sí que es un verdadero mal.

–Yo odio vuestra sociedad moderna; me es mucho más agradable una reunión familiar, donde puedo ...

–¿Una nueva égloga?; basta ya, querido, ¡por amor de Dios!

–Bueno; ¿qué, vienes? Es lástima.

–¡Ah!, escucha, Lenski: ¿no podría conocer a esa Filis, objeto de tus pensamientos, de tus lágrimas, de tu rima, etcétera? Preséntamela.

–¡Tú bromeas!

–No.

–Me alegro.

–¿Cuándo me la presentas, entonces?

–Ahora mismo, si quieres; ellas nos recibirán con gusto.

–Vamos.

Los dos amigos marcharon al galope; llegaron, les **prodigaron** amabilidades, según la hospitalidad de antaño, que a veces parece pesada. Se hizo la ceremonia de los manjares rituales; trajeron platitos de mermelada, pusieron en la mesa el jarro con agua de frambuesas ...

Por el camino más corto galopan los dos amigos, a rienda suelta, hacia casa. Ahora vamos a sorprender su conversación con cuidado.

–Bueno; ¿qué, Onieguin? Pero ¿bostezas?

–Es por costumbre, Lenski.

–Parece ser que hoy te aburres algo más que de costumbre.

–No, de la misma manera; pero me parece que ya está oscureciendo en el campo. ¡Más deprisa! ¡Arre, arre, Andrychka! ¡Qué parajes tan desolados! A propósito: Larina es una viejecita sencilla y muy simpática. ¡Oh!, me temo que el agua de frambuesa va hacerme daño. Y, a propósito, dime: ¿cuál de ellas es Tatiana?

–Aquella que estaba triste y callada, como Svetlana, y que a nuestra llegada se fue a sentar junto a la ventana.

–¿Es posible que estés enamorado de la pequeña?

–¿Qué tiene de particular?

–Si fuera poeta, como tú, escogería a la otra. No hay vida en las facciones de Olga: es igual que una madona de Van Dyck; su cara es redonda y sonrosada, como la de esta luna estúpida en este desierto firmamento.

Vladimir le contestó secamente, y después guardó silencio durante el resto del camino.

Entretanto, la aparición de Onieguin en casa de los Larin hizo gran impresión y distrajo a todos los vecinos. Corrió adivinanza tras adivinanza; todos se pusieron a charlar, bromear, juzgar sin miramiento, y destinaron un novio a Tatiana; algunos hasta aseguraron que la boda ya estaba decidida, pero que se aplazaba porque no habían encontrado sortijas a la moda. En cuanto a la boda de Lenski, hace tiempo que la habían decidido.

Tatiana escuchaba con pesar tales habladurías; pero en secreto, con inconfesable alegría, pensaba en ello, y en su corazón germinó la idea, cual grano que cae en la tierra y es reanimado por el fuego de la primavera. Llegó su hora, se enamoró. Hacía mucho tiempo que su imaginación, consumiéndose en languidez y aburrimiento, ardía deseosa de fatalidad: hacía mucho tiempo que la tristeza de su corazón le

oprimía el pecho; el alma esperaba a alguien. Y llegó la realización; se le abrieron los ojos, y dijo: “¡Es él!”. Ahora, el día, la noche, el sueño ardiente solitario, todo está lleno de él; todo habla de él sin cesar a la linda doncella con mágico poder. Le cansan el sonido de las cariñosas palabras, la mirada solícita de la sirvienta, y, sumida en la tristeza, no escucha a los invitados; maldice su inoportuna llegada y su prolongada estancia. Ahora, ¡con qué atención lee las dulces novelas de amor! ¡Con qué vivo placer bebe el engaño seductor! Su imaginación poderosa da vida a los héroes: al amante de Julia de Wolmar, a Melek-Adel, a Linar, a Werther, mártir apasionado, y al incomparable Grandison –que hoy tan sólo produce sueño–. Se juntaron todos para la dulce soñadora en una sola imagen; se unieron en Onieguin. Se figuraba ser la heroína de sus queridísimos autores: Clarisa; Julia; Delfina; Tatiana vaga en la tranquilidad del bosque con el libro peligroso. En él busca y encuentra su secreto ardor, sus sueños, los frutos de su corazón; suspira, se atribuye el entusiasmo, la tristeza de estos personajes, y en el olvido de su soledad construye mentalmente la carta para el simpático héroe. Nuestro protagonista, sea quien fuese, no es, desde luego, ningún Grandison.

¡Ay, amigos! Pasan los años, y con ellos se suceden, una tras otra, por turno variado, las frívolas modas. ¡Todo ha cambiado en la Naturaleza! En otros tiempos, los lunares y los miriñaques estaban en boga; el cortesano presumido y el acreedor llevaban peluca empolvada. En ocasiones, los delicados poetas, en espera de gloria y alabanzas, componían madrigales o ingeniosas coplas; a veces, un buen general que servía a su patria con valentía era analfabeto. Otras veces, el fogoso creador, afinando las sílabas al estilo pomposo, nos presentaba a su héroe como un dechado de perfección, alentando el ardor de una pura pasión siempre a punto de sacrificarse por el ser querido injustamente maltratado, de alma sensible, inteligente y de rostro atrayente. En la última parte, invariablemente, acababa siempre coronada la virtud y castigado el vicio. Pero hoy en día los cerebros están perdidos en la niebla, la moral nos da sueño, el vicio se nos hace simpático hasta en la novela, donde triunfa. La inverosímil musa británica atormenta el sueño de la adolescencia, cuyos ídolos son ahora: el pensativo Vampiro; Melmoth, el sombrío vagabundo; el Judío Errante; el Corsario, o el misterioso Sbogar. Lord Byron, por capricho afortunado, transforma el egoísmo extremista en triste romanticismo.

Amigos míos, ¿veis en ello algún bien? Tal vez, por voluntad divina, dejaré un día de ser poeta; en mí se establecerá un nuevo espíritu, y, sin

hacer caso de las amenazas de febo, me rebajaré hasta la dócil prosa. Entonces la novela, a la manera antigua, entretendrá el alegre ocaso de mi vida. No describiré las secretas torturas de la perversidad; contaré sencillamente la historia de una familia rusa, los encantadores sueños de amor y las costumbres de antaño. Narraré las sencillas conversaciones del padre o del anciano tío, los encuentros de los niños concertados en los viejos tilos o cerca del riachuelo, los tormentos de los desgraciados celos, la separación, las lágrimas de la reconciliación y nuevas disputas para conducirlos, en fin, a la boda. Recordaré el lenguaje de la pasión melancólica, las palabras del triste amor que en días de mi pasado me venían a los labios, a los pies de mi amada, y de las cuales ya me desacostumbré.

¡Tatiana, linda Tatiana!, ahora lloraré contigo, caíste en las manos del tirano de moda, le entregaste tu destino. ¡Parecerás, querida!; pero ya antes quieres con ciega esperanza, llamas a la triste dicha, conoces la indolencia de la vida, bebes el mágico veneno del deseo; los ensueños te persiguen, en todos sitios crees ver refugios para deliciosas entrevistas, en todos lados aparece ante ti tu fatal tentador.

La nostalgia del amor conduce a Tatiana; va al jardín a calmar su pena; de pronto se para, mira a un punto fijo, le da pereza seguir el camino; su pecho se agita, sus mejillas se cubren de vivo carmín, su respiración expira en los labios, sus ojos brillan y los oídos le zumban. Llega la noche; la luna vigilante recorre la lejana bóveda del cielo, y el ruiseñor, en la oscuridad de los árboles, comienza sus cantos sonoros. Tatiana no duerme, y habla bajo con su *niania*: “No puedo dormir, me sofoco; abre la ventana y siéntate a mi lado”.

—¿Qué te pasa, Tania?

—Me aburro; háblame de la antigüedad.

—¿De qué, Tania? Yo antes guardaba en mi memoria no pocas leyendas sobre los malos espíritus y los jóvenes; pero hoy en día todo me parece entre brumas: lo que sabía se me olvidó, y llegó la mala época.

—*Niania*, cuéntame algo acerca de tus pasados años; ¿estabas enamorada entonces?

—¡Qué va, Tania! En aquella época no oíamos hablar de amor; de lo contrario, mi suegra hubiera sido capaz de matarme.

—¿Pero cómo te casaste, *niania*?

—Como Dios manda; mi Juan era más joven que yo, vida mía, y yo no tenía más que trece años. Durante dos semanas anduvo la casamentera

por la casa de mi madre; al fin, el pope me bendijo. Yo lloraba amargamente de miedo, mientras me despeinaban las trenzas y me conducían, cantando, a la iglesia. Así me introdujeron en una familia extraña; pero tú no escuchas.

–¡Ay, *niania*, estoy afligida; me aburro, estoy a punto de llorar!

–Hija mía, tú estás enferma. ¡Dios nos asista y nos salve! Pide lo que quieras; deja que te rocíe con agua bendita; estás ardiendo.

–Yo no estoy enferma; yo ..., sabes, *niania*, estoy enamorada.

–Pequeña mía, ¡Dios sea contigo!

La *niania*, rezando, persignaba a la niña:

“Yo estoy enamorada”, murmuraba ella a la viejecita, con amargura.

–Nena de mi corazón, tú estás enferma.

–Déjame; estoy enamorada.

Entretanto, la luna riela, y con débil luz alumbraba la pálida faz de Tania, sus cabellos sueltos, sus lágrimas y el banco en el que está la viejecita junto a la heroína, con un pañuelo sobre sus blancos cabellos y una amplia *telogreika* ⁽²⁷⁾. El alma de Tatiana volaba lejos mirando a la luna. De repente nació una idea en su cerebro.

–Vete, *niania*, déjame sola. Dame papel, pluma y acerca la mesa. Me acostaré pronto; adiós.

Hela aquí sola. Todo está en silencio; la luna la baña con su débil luz. Recostada, escribe; en su cerebro no existe nada más que Eugenio, y la irreflexiva carta de la joven exhala su inocente amor. Ya está la carta escrita, plegada.

“¡Tatiana!, ¿para quién es?”.

Ahora tengo que disculpar a mi Tania. Preveo que el crítico envidioso dirá en un círculo mundano: “¿Será posible que no hayan inculcado a la pensativa doncella, de antemano, las conveniencias que hay que adoptar?”.

Por otra parte, el poeta tampoco tiene razón. ¿Es posible que en la primera entrevista se haya enamorado ella de Onieguin, que éste la haya seducido? ¿Qué inteligencia, qué habla pudieron de repente cautivarla? Espera, amigo mío; ya te lo diré.

⁽²⁷⁾ Prenda de vestir típica rusa.

Conocí bellezas inaccesibles, frías y puras como el invierno, inexorables, incorruptibles, inconcebibles para el cerebro; me admiraba de su orgullo a la moda, de su virtud nativa, y confieso que huía de ellas; me parecía leer con espanto, encima de sus cejas, este cartel:

“Abandona para siempre la esperanza”.

Inspirar amor es para ellas una tontería; asustar a la gente es una alegría. Tal vez a orillas del Neva visteis a semejantes damas. Observé a otras caprichosas que, entre los obedientes admiradores, escuchaban orgullosas e indiferentes los suspiros apasionados y las alabanzas. Ellas asustaban al tímido amor con dura conducta y luego sabían atraerlo de nuevo, aunque no fuera más que por compasión. Por lo menos, al joven amante, en su ciega credulidad, parecía que el son de la voz era en ocasiones más dulce, y entonces corría tras la linda frívola.

Pero a vosotras, coquetas de profesión, yo os quiero aunque esto sea un pecado. Las sonrisas, las caricias, las prodigáis a todos, en todos fijáis amables miradas, y a quien no crea las palabras le aseguráis un beso; quien os quiere es libre y triunfa. Antes también yo me ponía contento con una mirada de vuestros ojos; ahora os respeto. Enfermo por la fría experiencia, yo mismo estoy dispuesto a ayudaros, pero como por dos y duermo toda la noche.

¿De qué es culpable Tatiana? ¿Acaso porque con inocente sencillez no ve el engaño? ¿Acaso porque ama aún sin artificios, obediente a la inclinación de sus sentimientos, porque es tan crédula, porque fue dotada por el cielo de revoltosa imaginación, cerebro y voluntad firmes, corazón sensible e inflamable? ¿Es posible que no le perdonéis la ligereza de sus pasiones? ¡Oh jóvenes! Vosotras, que amasteis sin el permiso de vuestros padres y guardasteis vuestro sensible corazón para las tiernas sensaciones, la alegría, la dulce indolencia; vosotras, que arrancasteis a escondidas el lacre de la carta secreta del amante, o que tímidamente entregasteis en manos osadas el bucle sagrado, o hasta aceptasteis, todas llorosas con inquietud en la sangre, un beso tembloroso de amor en el momento de la despedida amarga. No critiquéis con dureza a mi bella Tatiana, no repitáis con indiferencia la decisión de los jueces afectados. En cuanto a vosotras, jóvenes sin tacha, a quienes hay asusta tanto como el invierno la conversación del vicio, os aconsejo lo mismo. ¿Quién sabe? Tal vez también os consumiréis de tristeza fogosa, y mañana el frívolo rumoreo añadirá al héroe de moda una nueva conquista de amor.

La coqueta razona con sangre fría: Tatiana quiere de verdad y se entrega al amor como una niña dócil. No se dice: “Lo aplazaré, así tendrá más valor mi amor y podré atraerlo con más seguridad a mis redes; primero picaré su vanidad con esperanzas, después le torturaré el corazón con irresoluciones, más tarde le avivaré con celos; si no, el astuto cautivo, cansado de gozar, estará deseando soltar las cadenas”. Preveo todavía una dificultad: sin duda alguna, tendré que traducir la carta de Tatiana para salvar el honor de mi patria. Ella sabía mal el ruso, no leía nuestras revistas y hablaba con dificultad su lengua natal; por eso escribía en francés. ¡Qué se va a hacer! Os digo nuevamente que hasta hoy día el amor de una dama no se confiesa en ruso; nuestro orgulloso idioma no se presta a la prosa corriente. Observaréis, cerebros serios, que para el farfuleo ajeno hemos despreciado mucho el tesoro de nuestra lengua natal; nos gustan las obras de las musas extranjeras y no leemos nuestros libros. Pero ¿en dónde están? Dádnoslos. Los sonidos del Norte acarician naturalmente mi oído, acostumbrado a ellos; mi espíritu eslavo los ama; con su música se calman las torturas de mi corazón. Pero el poeta sólo aprecia los sonidos. ¿Dónde, pues, encontraremos las primeras nociones y las primeras ideas? ¿Dónde verificaremos el destino del mundo? Ni en las salvajes traducciones ni en las creaciones retrasadas, en las que la inteligencia y el espíritu ruso repiten lo que ya se sabe y mienten por dos. Nuestros poetas, o traducen, o se callan. Un periódico está lleno de alabanzas empalagosas, el otro de críticas mezquinas, todos dan ganas de bostezar y casi traen sueño. ¡Bueno es el Selicon ruso!

Sé que ahora quieren obligar a las damas a leer en ruso; verdaderamente, me da miedo: no me las puedo representar con el *Blagonamereni* ⁽²⁸⁾ en manos. Me refiero a vosotros, poetas míos. ¿No es verdad que las lindas damas a las que escribáis versos y a las que entregabais vuestro corazón no dominaban el ruso, y que por esto lo deformaban tan graciosamente? En sus labios, ¿no se habrá vuelto vulgar el idioma extranjero?

¡Dios me libre de encontrarme en un baile, o en el vestíbulo, cuando se despiden los invitados, a un seminarista con su chal amarillo, o a un académico con su gorro! No me gustan los labios ardientes sin sonrisas, ni tampoco el idioma ruso sin faltas gramaticales. Tal vez para mi

⁽²⁸⁾ Periódico de entonces, editado por Iznailoff con bastante irregularidad. Una vez el editor se excusó al público, diciendo que el día anterior no lo había publicado porque era fiesta y la había festejado.

desgracia, las bellezas de la generación futura, haciendo caso de las revistas, nos acostumbrarán a la gramática y a escribir versos correctos. Mas, a mí, ¿qué me importa? Yo seré fiel a la tradición.

La charla insulsa y descuidada, la pronunciación incorrecta del lenguaje despertará, nuevamente en mi pecho la inquietud del corazón. No tengo fuerzas para arrepentirme de ello: los galicismos me parecerán agradables, igual que los pecados de la juventud pasada, igual que los versos de Bogdanovich⁽²⁹⁾.

Pero basta; ya es hora de que me ocupe de la carta de mi hermosa Tania. He dado mi palabra. ¿Y qué? ¿Estaré a punto de retirarla? Yo sé que la tierna pluma de Parny hoy día no está de moda.

¡Cantante de los *Festines* y de la indolente tristeza! Si aún estuvieras conmigo, te molestaría con un ruego indiscreto: que reprodujeras en cantos fantásticos las palabras extranjeras de la joven apasionada. ¿En dónde estás? Ven; te transmito mis derechos de poeta con una gran reverencia. Pero bajo el cielo de Finlandia vas errando sólo entre las tristes rocas; tu corazón se ha desacostumbrado de las alabanzas y tu alma no oye mi dolor.

La carta de Tania está ante mí; la guardo religiosamente, la leo y la releo con secreta angustia, ¿Quién habrá infundido esta dulzura y esta naturalidad a sus palabras? ¿Quién le habrá inspirado esta tierna y fútil charla, este lenguaje del corazón tan atrayente y peligroso? No lo puedo comprender; pero he aquí una traducción incompleta y mediocre, que es como una copia desvaída de una escena real, como la composición de *Freischütz* tocada por las manos de un discípulo.

LA CARTA DE TATIANA A ONIEGUIN

“Ya la escribo. ¿Qué mas quiere? ¿Qué puedo yo decir aún? Sé que ahora puede castigarme con su desdén; pero si usted guarda un poco de compasión para mi triste suerte, no me dejará. Al principio quise callar, créalo; usted no habría conocido nunca mi vergüenza si yo hubiese tenido la esperanza de verle en nuestro pueblo, aunque fuera un poco, aunque sólo fuera una vez por semana, para oír su voz, decirle una palabra y después pensar, pensar en lo mismo día y noche, hasta el

⁽²⁹⁾ Poeta de la época de Catalina II. Escribió *Duchenka*, poema lírico que obtuvo gran éxito.

próximo encuentro. Me dicen que usted es misántropo, que en este rincón todo le parece aburrido, y nosotros ..., nosotros no sobresalimos en nada, aunque su vista nos alegre sinceramente. ¿Por qué nos visitó? En el fondo de este olvidado pueblo nunca le habría visto y no conocería las amargas torturas. ¡Quién sabe si tal vez se calmaría la inquietud de mi alma inexperta! Guiada por el corazón, yo encontraría un amigo, sería una esposa fiel y una madre virtuosa. ¡Otro! No; a nadie en el mundo entregaré m corazón. Esto fue decidido en el consejo supremo, esto es la voluntad del cielo: soy tuya. Toda mi vida fue testigo de una entrevista segura contigo; sé que me eres enviado por Dios hasta la tumba. Guardián mío ... Tú me aparecías en sueños; invisible, me eras ya simpático; tu maravillosa mirada me hizo languidecer; en mi alma resonó tu voz hace tiempo.

¡No, esto no era un sueño! En cuanto tú entraste, te reconocí; al instante, atónita y ardiendo, pensé en mí: "Este es él". ¿No es verdad? Yo te oí, tu hablaste conmigo en el silencio, cuando ayudaba a los pobres o trataba de calmar con rezos la tristeza de mi alma atormentada. Y en este mismo instante, ¿no eres tú, aparición querida, la que, pasando por la transparente oscuridad, te inclinas silenciosamente a mi cabecera? ¿No fuiste tú quien me murmuró con alegría y amor palabras de esperanza? ¿Quién eres? ¿Mi ángel, mi protector, o un pérfido tentador? Resuelve mis dudas; tal vez todo esto sea un simple engaño de un alma inexperta, que está predestinada a todo lo contrario. Pero que ¡así sea! Onieguin, te confío mi suerte, derramo lágrimas ante ti, suplico tu defensa. Figúrate: yo estoy sola; aquí nadie me comprende; mi razón está agotada; tengo que perecer silenciosamente. Te espero; con sólo una mirada avivas las esperanzas de mi corazón o deshaz el profundo sueño, ¡ay de mí!, con merecido reproche. Terminó; me da miedo volverla a leer. Me hiela el terror y la vergüenza. Pero conozco vuestro honor y en él confío con ánimo".

Tatiana suspira, la carta tiembla en su mano, la pastilla rosa se seca en su ardiente lengua, la cabecita se inclina hacia el hombro, la camisa se escurre ligeramente de su hombro encantador. Mas ya se apaga el resplandor de la luna; allá a lo lejos, a través de la neblina, clarea el valle; allí platea el río, aquí la flauta del pastor despierta al pueblo. Despunta la mañana; ya hace rato que los demás se han levantado; pero a mi Tania le tiene sin cuidado. No se fija en la aurora, está sentada con la cabeza agachada y no aplica su sello tallado en la carta. La puerta se abre silenciosamente y entra Filipievna con el té.

–Hija mía, es hora de levantarse. Pero ¿ya estás lista, encanto mío? ¡Anoche qué miedo pasé! ¡Gracias a Dios, no estás enferma! No hay resto de la congoja de ayer; tu cara está como una amapola.

–¡Ay *niania*, hazme un favor!

–Di, querida; ordena.

–No tengas ..., ¿verdad?, sospecha alguna; pero verás ... ¡Ay!, no me lo niegues.

–Entonces envía a tu nieto secretamente con esta esquela a casa de O***, a aquél, al vecino, y dile que no pronuncie ni una sola palabra, que no me nombre.

–¿A quién, querida mía? Hoy día me he vuelto tonta; alrededor hay muchos vecinos, y no podría nombrarlos a todos.

–¡Qué poco adivinadora eres, *niania*!

–Amiga mía, ya soy vieja, y mi inteligencia se vuelve más obtusa, Tania; antes era más activa; a veces la palabra de la voluntad del Señor ...

–¡Ay *niania*, *niania*! No estoy para esto. ¡Qué fatal me hace tu inteligencia! Tú ves que el asunto trata de la carta de Onieguin.

–Bueno; el hecho es hecho; no te enfades, alma mía. Tú sabes que yo soy poco comprensiva. ¿Por qué te has puesto de nuevo pálida?

–Te aseguro que no es nada; anda, manda a tu nieto.

Ahora cuando late su corazón; le duele como antes de una desgracia. ¿Es posible? ¿Cómo pudo suceder? “¿Por qué escribí, Dios mío?”. No se atreve a mirar a su madre; tan pronto arde, tan pronto palidece; todo el día, con la mirada fija, calla, y por cualquier cosa llora y tiembla.

El nieto de la *niania* vuelve tarde; ha visto al vecino y le ha entregado personalmente la carta.

–Y el vecino, ¿qué?

–Iba a montar a caballo, y se guardó la carta en el bolsillo.

¡Ay! ¿Cómo terminará la novela?

El día pasó y no hubo contestación. Empezó otro; tampoco hubo nada. Pálida como una sombra, vestida desde la mañana, Tatiana espera. ¿Cuándo llegará la respuesta? Llegó el admirador de Olga.

–Díganos –preguntó la dueña–: ¿Dónde está su amigo? –y prosiguió–: Parece ser que nos ha olvidado completamente.

Tania se ruborizó y se puso a temblar; Lenski contestó a la viejecita:

–Hoy prometió venir, pero, por lo visto, el correo le retuvo.

Tatiana fijó la mirada como si hubiera oído un reproche mordaz.

Oscurecía. En la mesa, crepitando, el samovar de la noche calentaba la tetera china, bajo la cual flotaba un ligero vapor. Ya bebían el oloroso té, vertido en las tazas con chorro oscuro por la mano de Olga, y el mozo servía la nata. Tatiana estaba ante la ventana respirando sobre los fríos cristales, pensativa, ¡alma mía! Con su lindo dedito escribía en el vidrio empañado las sagradas iniciales enlazadas de O y E.

Entretanto, su alma sufre y su triste mirada está llena de lágrimas. De pronto, oye pasos. Se le hielan la sangre. Se acercan, saltan, y en el patio está Eugenio.

¡Ay! Tatiana, más ligera que el viento, vuela a la otra entrada, de la escalinata al patio y de allí al jardín. Corre, corre, y no se atreve a mirar hacia atrás; en un instante cruza los cercados, el puentecillo, el prado, la avenida que va al lago, el bosquecillo; rompe los arbustos de las lilas, pisa las flores, se dirige hacia el riachuelo y, sofocada, se deja caer en el banco.

“Aquí está él, aquí está Eugenio. ¡Oh Dios mío! ¿Qué pensará?”. Su corazón atormentado guarda un tenue rayo de esperanza; tiembla, arde de fiebre y espera. ¿No vendrá? No se oye nada. Son las sirvientas que recogen en el jardín las bayas de los arbustos y que cantan a coro por orden de la dueña. La base de este mandato es entretener los astutos labios en el canto para que no coman a escondidas las frutas de los amos.

EL CANTO DE LAS JÓVENES

*¡Oh bellas doncellas!
Queridas amigas y
compañeras: jugad alegres,
cantad una melodía,
una melodía de amor.
Atraed al muchacho
hacia nuestro jorovod,
y cuando vaya a llegar
todas nos escaparemos.*

*Le tiraremos guindas,
le tiraremos frambuesas,
le tiraremos grosellas,
para que no ose acercarse,
ni escuche nuestros cantos sagrados,
ni se aproxime para admirar
nuestros juegos virginales.*

Seguían cantando. Tania las escuchaba con indiferencia, esperando a que se calmen los latidos de su corazón, y a que desaparezca el rubor de sus mejillas. Pero la misma inquietud oprime su pecho; el fulgor de sus mejillas es cada vez mayor. Semeja pobre mariposa cautivada por el travieso colegial, que brilla y se debate con el ala policroma; semeja conejito que tiembla en el sombrío otoño viendo de repente, a lo lejos, entre las matas, al cazador que le apunta. Por fin, suspiró y se levantó del banco: se iba; pero al torcer la avenida, ante ella, en pie cual terrible sombra, se halla Eugenio con ojos brillantes, y ella se para como si el fuego de su mirada la quemase.

Mas hoy, queridos amigos, no estoy con fuerzas para contar el resultado del inesperado encuentro. Después de este largo discurso me hace falta descansar y pasear; más tarde acabaré, alguna vez ...

CAPÍTULO IV

La morale est dans la nature des choses.

(Necker).

Al principio de mi vida me gobernaba el encantador y astuto sexo débil; entonces mi única ley era cumplir sus caprichos frívolos. El alma acababa de inflamarse, y la mujer aparecía al corazón como alguna casta divinidad. Resplandecía al apoderarse de mis sentimientos y de mi inteligencia. Ante ella yo me consumía en silencio; su amor me parecía un bien inaccesible. ¡Vivir y morir a sus lindos pies! No podía desear nada más. A ratos la aborrecía y derramaba lágrimas; con pena y horror veía en ella un ser de fuerzas perversas; sus penetrantes miradas, sus sonrisas, su voz, sus conversaciones, todo en ella era veneno, traición; no deseaba más que mis lágrimas, mis suspiros, y se alimentaba con mi sangre. A ratos veía en ella al mármol ante las súplicas de Pygmalión, todavía frío e inanimado, pero muy pronto vivo y ardiente.

Con las palabras del poeta predicador también yo puedo decir que olvidé hace tiempo como un sueño a Temira, a Wafne, a Leleta; pero entre esta multitud hay una ...; largo tiempo fui seducido por una ... Aunque sí estaba enamorado, ¿no necesitáis saber de quién, en dónde y cuánto tiempo duró? ¡No es éste el asunto! Lo que ya fue, ya pasó, supone un delirio. El caso es que desde entonces mi corazón se enfrió y se cerró para el amor, y todo en él está vacío, sombrío.

Comprendí que las damas, a pesar de admirarnos mucho, en el fondo se aprecian mucho más a sí mismas. Nuestros caprichosos entusiasmos les parecen muy divertidos, y la verdad es que, por nuestro lado, somos imperdonablemente ridículos. Al comprometernos imprudentemente, esperamos en recompensa su amor; con desvarío lo invocamos, como si fuera posible exigir profundos sentimientos y pasiones de las mariposas y de los lirios. Cuanto menos queremos a la mujer, más le gustamos a ella, y con más seguridad la perdemos en las redes seductoras. En una época la ciencia del amor fue el libertinaje; hablar de sí mismo en todos los sitios y gozar sin amor. Pero esta sería diversión es digna de los viejos verdes, admiramos en tiempos de nuestros abuelos, igual que Lovelace, cuya gloria decayó a la par que los tacones encarnados y las majestuosas pelucas. ¿Quién no se aburre de ser hipócrita, de procurar convencer a los demás con gravedad de algo de lo

que ya están todos convencidos, de escuchar las mismas respuestas, de destruir las opiniones que no tuvo ni tiene la niña de trece años? ¿A quién no le cansan las amenazas, súplicas, juramentos, y el miedo fingido, los engaños, el cotilleo, los anillos, las lágrimas, las miradas de las tías, la pesada amistad de los maridos?

Así exactamente pensaba mi Eugenio; en su primera juventud fue víctima de tempestuosos extravíos y de pasiones desenfrenadas. Mimado por la vida, encantado por algo durante una temporada, desencantado por otra cosa, fatigado del lento deseo y también del éxito fácil, escuchando en silencio y entre la muchedumbre el eterno descontento de su alma y ahogando con risas sus bostezos. Así mató ocho años de su vida, malgastando la mejor época de ella. Ya no se enamoraba de las bellezas y hacía la corte de cualquier forma. Si le decían que no, en un instante se consolaba; le traicionaban, y estaba contento de descansar; las buscaba sin entusiasmo y las dejaba sin compasión, olvidándose casi de su amor y de su maldad. Igual que invitado indiferente que, llegando por la noche para jugar al *whist*, se sienta; el juego ha terminado, se va, se duerme tranquilamente, y a la mañana siguiente no sabe dónde irá a pasar la noche.

Pero el mensaje de Tania conmovió vivamente a Eugenio; el inocente lenguaje de sus sueños despertó en él muchos pensamientos; se acordó del aspecto triste de la linda Tania y se hundió en un puro y dulce ensueño. Tal vez se apoderó de él por un momento el ardor de los sentimientos pasados; pero no quería burlarse de la confianza de un alma inocente.

Ahora transportémonos al jardín donde Tania se encontró con él. Durante unos minutos guardaron silencio. Por fin, Onieguin se acercó a ella y dijo:

—Usted me escribió, no lo niegue; he leído la confiada declaración; el inocente desahogo de amor; su sinceridad me es grata. Vino a turbar sentimientos dormidos hace tiempo; pero no la quiero halagar; y le responderé igualmente con una declaración sin fingimientos. Escuche usted mi confesión; la tomo por juez mío. “Si yo quisiera limitar mi existencia a la vida familiar, si el grato destino me hubiera mandado ser un padre, un esposo, si por un instante me sedujese el hogar, puede estar segura de que no buscaría más novia que usted. La diré, sin el brillo de los viejos madrigales, que, habiendo encontrado mi ideal, la

escogería a usted como la compañera de mis días tristes, como garantía de todo lo maravilloso; yo sería dichoso ... cuanto pudiera.

“Pero no fui creado para el gozo; mi alma lo desconoce. Su perfección no puede hacer nada; no la merezco. Créame: el matrimonio sería un suplicio para nosotros. Por mucho que la amase, al acostumbrarme, dejaría de quererla. ¿Empezaría a llorar? Sus lágrimas no conmoverían mi corazón; solamente me darían rabia. Juzgue usted misma qué rosas nos prepara el himeneo, y tal vez para muchos años.

“¿Puede haber algo peor en el mundo que una familia en la que la esposa se aflige por el indigno esposo y está sola día y noche? ¿En la que el aburrido esposo, conociendo su valor –y, sin embargo, maldiciendo al destino–, siempre está callado, con el ceño fruncido, enfadado y fríamente celoso? Así soy yo. ¿Y a semejante individuo buscaba usted, con su alma pura y ardiente, cuando con tal sencillez o con tal inteligencia me escribía? ¿Es posible que le sea designada tal suerte por el destino? Los sueños y los años no tienen retorno; no renovaré mi alma.

“La quiero a usted con amor fraternal y tal vez de una manera aún más tierna. Escúcheme sin enfadarse: la juventud cambia sus sueños por otros más agradables, igual que el árbol renueva sus hojas cada primavera. Está visto que así fue prescrito por el cielo. Amará usted de nuevo; pero aprenda a retener sus ímpetus: no todos la comprenderán como yo; la inexperiencia conduce a la desgracia”.

Así sermoneaba Eugenio; Tatiana le escuchaba sin ver a través de las lágrimas, respirando apenas, callada. Él le ofreció su brazo; tristemente, como suele decirse, maquinalmente, Tania, en silencio, se apoyó en él; inclinando con languidez la cabecita, se fue a su casa por el huerto. Entraron juntos, y a nadie se le ocurrió criticarlos por ello; la libertad campestre tiene sus agradables derechos, igual que la altiva Moscú.

Pero oye, región de Pskoyskaia, refugio de mis años juveniles, país vacío, ¿hay en algún lugar algo tan insoportable como tus señoritas? Notaré a propósito que entre ellas no hay la amabilidad fina de los nobles, ni la simpática ligereza de las coristas. Respetando el espíritu ruso, les hubiera perdonado sus cotilleos, sus fanfarronadas, la gracia de sus bromas domésticas, sus vicios, su suciedad, el descuido de sí mismas, sus maneras afectadas. Pero ¿cómo perdonarles su charla mundana y su torpe etiqueta?

Lector: tú estarás de acuerdo en que nuestro amigo se portó muy bien con la triste Tania. Por primera vez mostró en esto la recta nobleza de

su alma, aunque no solía perdonar las malas acciones de los hombres. Sus enemigos, sus amigos –lo que viene a ser lo mismo– le juzgaban de diversos modos. Cualquiera en el mundo tiene enemigos; pero ¡Dios nos libre de los amigos! ¡Ay, estos amigos, estos amigos! ¡No, por nada me acuerdo de ellos! ¿Y qué? Si es así, yo olvido los sueños vacíos y negros; sólo noto, entre paréntesis, que no hay calumnia despreciable, inventada por el mentiroso en la guardilla, que no sea aceptada por la masa de la sociedad; no hay absurdo o epigrama callejero que no repita sonriendo vuestro amigo, sin maldad ni sobre pensamiento alguno, en un círculo de gente honorable; sin embargo, es tu protector, ¡te quiere tanto como un pariente!

¡Hem, hem! Lector de alma noble, ¿se encuentran bien todos tus parientes? Permíteme: tal vez te sea agradable saber ahora por mí lo que verdaderamente quiere decir parientes; son unas personas a las que debemos por obligación acariciar, amar, respetar con toda el alma y, según la costumbre de la gente, visitar por Navidad o felicitarlos por correo para que el resto del año no se acuerden de nosotros. Y así, ¡Dios les conceda largos días!

Sin embargo, el amor de las dulces bellezas es más seguro que la amistad y el parentesco. Guardáis sobre ellas vuestros derechos hasta en medio de la tempestad apasionada. “Claro que es así”, diréis vosotros. Mas, entretanto, no hay que olvidar el viento de la moda, y el capricho de la Naturaleza, la opinión de la sociedad –todo esto es muy fuerte–, y el sexo débil es tan sutil, tan sutil como una pluma. Una esposa virtuosa también tiene que respetar la opinión del marido, y así nuestra fiel amiga es seducida. ¡Cómo le gusta a Satanás jugar con el amor! ¿A quién amar? ¿En quién creer? ¿Quién será el único que no nos traicionará? ¿Quién se preocupará amablemente de nuestros intereses y de nuestros discursos? ¿Quién no sembrará sobre nosotros calumnias? ¿Quién se preocupará de mimarnos? ¿Para quién no es una desgracia nuestro vicio? ¿Quién no nos cansa alguna vez? Inquieto buscador de un fantasma, no te mates inútilmente. Amaré a ti mismo, respetable lector: a buen seguro que no existe objeto más digno y agradable.

¡Ay!, no son difíciles de adivinar las consecuencias que resultaron de la entrevista. El terrible tormento de amor no cesó de torturar la joven alma de la doncella. No; la pobre Tatiana se consume aún más por una pasión sin esperanza; el sueño huye de la cama; su salud, la flor de su vida, su dulzura, todo ha desaparecido, todo es cual son vacío, y así se apaga la juventud de la linda Tania, así la sombra de la tempestad

encapota el día naciente. ¡Ay de Tatiana! Se marchita, palidece, se consume y calla; nada entretiene ni conmueve su alma. Los vecinos, moviendo la cabeza, murmuran entre sí: “¡Ya es hora, ya es hora de casarla!”.

Pero basta; me hace falta a toda prisa alegrar la imaginación con el cuadro del amor dichoso. Involuntariamente, queridos míos, me oprime la tristeza. Perdonadme, ¡es que quiero tanto a mi linda Tania!

De hora en hora, cada vez más seducido por la belleza de la joven Olga, Vladimir se entregó con toda su alma a la agradable esclavitud. Siempre está con ella; en su habitación siéntanse los dos en la oscuridad; por las mañanas se pasean por el jardín, las manos enlazadas. ¿Y qué? Ebrio de amor, confuso, con dulce turbación, sólo se atreve de vez en vez, animado por una sonrisa de Olga, a jugar con un bucle desrizado o a besar el borde de su vestido. A veces le lee una novela moralizadora, en la cual el autor conoce mejor la Naturaleza que Chateaubriand; de tiempo en tiempo, poniéndose colorado, se salta dos o tres páginas – vanas, malsanas, irreales y peligrosas para los corazones de las doncellas–. Aislados, lejos de todos, se apoyan en la mesa ante el tablero de ajedrez; durante largo rato permanecen sentados, sumidos en profundos pensamientos, y Lenski, distraído, mata con un peón su propia torre. Vuelve a casa y allí se ocupa de su Olga. Con esmero le adorna las hojas de su álbum. Unas veces le dibuja suavemente con la pluma y colores dos paisajes campestres, una lápida, el templo de los chipriotas, o un pichón sobre la lira. Otras, en hojas de recuerdos, después de la firma de los demás, escribe un verso tierno, recuerdo mudo de sus sueños, ligera huella de instantáneo pensamiento. Todo sigue igual después de muchos años. Claro está que tú viste muchas veces el álbum de una señorita de provincias que sus amigos mancharon desde el principio hasta el final y alrededor. Aquí, para dolor de la ortografía, se encuentran versos sin medida, según la tradición, cortados y alargados, escritos en prueba de fiel amistad. En la primera línea encuentras: *Qu'écrivez-vous sur ces tablettes?*, y la firma: *Tout à vous, Annette*. En la última encontrarás:

*Quién te ame más que yo,
que escriba después de mí.*

Aquí, sin falta, encontrarás dos corazones, la antorcha y las flores; leerás juramentos de amor hasta la tumba y un versito mordaz, invento de un poeta de infantería. Reconozco, amigos míos, que en un álbum así estaría contento de escribir, convencido en el alma de que cualquier

amable ridiculez mía merecerá una benévola mirada, y después nadie se pondrá a buscar con gravedad y una sonrisa maligna si yo mentí con astucia. Pero vosotros, tomos en desorden de la biblioteca del diablo, tormento de los rimadores a la moda, que no sois más que preciosos álbumes adornados rápidamente por la mano de Baratinski y el pincel maravilloso de Tolstoi, ¡que un rayo de Dios os queme! Cuando una brillante dama me tiende su *in-quarto*, se apoderan de mí la rabia y el temblor; en el fondo de mi alma surge un epigrama, y ¡piden que se les escriban madrigales!

Lenski no escribe madrigales en el álbum de la joven; su pluma, respirando amor, no brilla con fría perversidad. Todo lo que en su Olga ve y oye lo escribe, y las elegías, llenas de viva sinceridad, manan como ríos. Así tú, Yazikov, inspirado por los bríos de tu corazón, celebras a alguien desconocido, y el conjunto de tus inapreciables elegías representará para ti toda la novela de tu vida.

¡Silencio! ¿No oyes? El crítico severo nos ordena tirar la corona lastimera de las elegías y grita a nuestros hermanos los rimadores: “Terminad de llorar y de croar siempre sobre lo mismo, de lamentaros sobre lo que fue y lo que pasó; ya basta. ¡Cantad algo nuevo!”.

–Tienes razón, y seguramente nos aconsejarás la chimenea, la máscara, el puñal; tal vez resucitarás el capital muerto de nuestros pensamientos.

–¿No es así, amigos? ¡No; no lo es! Escribid odas, amigos, como se escribían en los años poderosos, como estaba de moda en tiempos de antaño.

–¡Sólo las solemnes odas! Ya basta, amigo. ¿Qué más da? Acuérdate de lo que dijo el satírico: “¿Es posible que te sea más soportable el astuto lírico, que canta las ideas ajenas, que nuestros tristes rimadores?”.

–Todo es vano en la elegía; da pena su objeto fútil, mientras que el de la oda es elevado y noble.

Aquí podríamos discutir, pero yo me callo; no quiero crear discusiones entre dos siglos.

Vladimir, admirador de la gloria y de la libertad, en la inquietud de sus tempestuosos pensamientos, tal vez hubiera escrito odas; pero Olga no las leía.

Los poetas llorones leen sus creaciones a la amada; dicen que en el mundo no hay recompensa superior, y verdaderamente, ¡dichoso el

amante modesto que lee sus ilusiones a la bella, agradablemente lánguida, objeto de su canto y de su amor! Dichoso ..., aunque a lo mejor puede que ella esté entretenida con algo muy distinto. Yo sólo leo los frutos de mis ensueños y de mis armónicas fantasías a mi vieja *niania*, amiga de mi juventud.

Después de la aburrida comida pasa a verme el vecino, y, pescándolo por el faldón, le cuento mi tragedia en un rincón –y esto no es broma–. O, cansado del aburrimiento y de las rimas, vagando por mi lago, asusto a la manada de patos que, al escuchar el dulce canto de mis estrofas, marchan de las orillas. Mi mirada los busca ya muy lejos; pero el cazador que anda furtivamente entre la espesura del bosque, silva, maldiciendo la poesía, y arma cuidadosamente su fusil. Cada uno tiene su caza, su gusto, su querido entretenimiento:

El que apunta a los patos con el fusil.

El que delira con las rimas, como yo.

El que persigue a las atrevidas moscas con un matamoscas.

El que manda en las ideas del gentío.

El que se divierte con la guerra.

El que se complace en los sentimientos tristes.

El que se entretiene con el vino.

Y el bien está mezclado con el mal.

¿Qué es de Onieguin? A propósito, hermanos, os pido paciencia; os contaré con detalle sus diarias ocupaciones. Vivía como un anacoreta: en verano se levantaba a las siete y, ligero, se dirigía hacia el río que corre a los pies de la montaña; imitando al cantante de Gulmara, pasaba a nado su Helesponto. Otra vez en casa, bebía su café, ojeaba un mal periódico y se vestía. No era posible que llevaseis un traje igual. Los paseos, el estudio, el profundo sueño, la sombra del bosque, el murmullo de los riachuelos, a veces el juvenil y fresco beso de una doncella de rostro blanco y ojos negros, las obedientes riendas del fogoso caballo, la comida bastante delicada, la botella de vino blanco, la soledad, el silencio ... Tal era la santa vida de Onieguin, y, sin darse cuenta, se entregó a ella sin reparar en su indiferente languidez, en los bellos días de verano, olvidando la ciudad, los amigos y el aburrimiento de las festivas diversiones.

Mas nuestro verano al Norte es la caricatura de los inviernos meridionales. Aparece y se esfuma al punto; esto se sabe, aunque no lo

queramos reconocer. Ya el cielo cogía los matices del otoño, el sol brillaba con menos frecuencia, el día se hacía más corto, la espesura misteriosa del bosque se deshojaba con lastimoso gemido, la niebla se echaba encima de los campos, la banda chillona de los gansos se dirigía hacia el Sur; se acercaba una época bastante aburrida. Ya pronto será noviembre.

La aurora se levanta en la niebla fría; en los campos, el ruido del trabajo se calla; el lobo hambriento sale al camino con su loba; el caballo, presintiéndolo, relincha, y el prudente caminante, galopando a rienda suelta, sube la cuesta. Ya no saca el pastor con el alba las vacas del establo, y al mediodía no las reúne al son de la flauta. En la *isba* la joven teje cantando; ante ella chisporrotea la viruta, amiga de las noches invernales. Ya cruje el hielo y platean los campos; el arroyo, vestido de invierno, brilla de manera más agradable que un suelo a la moda. El alegre grupo de los chiquillos corta el hielo con los patines; el pesado ganso, pensando si nadará por el curso del agua, anda cuidadosamente por encima con sus patas rojas, resbala y cae. Los primeros copos de nieve revolotean alegres, centellean y cubren las orillas cual estrellas. ¿Qué hacer con este tiempo en un lugar desierto? ¿Pasear? El campo en esta época cansa bastante la mirada con su monótona desnudez. ¿Galopar a caballo por la estepa inhospitalaria? El caballo, inseguro, con el casco embotado, engancha la nieve y a cada momento parece que va a caer. Estate sentado bajo el techo solitario, lee: he aquí a Prad y Walter Scott. ¿No quieres? Verifica los gastos, enfádate, bebe, y la larga tarde transcurrirá de cualquier forma, mañana igual que hoy, y así pasarás el invierno agradablemente.

Onieguin, como Childe Harold, se entrega a una pereza pensativa. En cuanto se despierta, se sienta en un baño en el que flotan trozos de hielo, y después está todo el día en casa, solo, sumido en cálculos; armado del taco, juega desde la mañana por dos al billar. Llega la noche campestre, abandona el billar, olvida el taco; la mesa está puesta ante la chimenea. Eugenio espera; allí viene Lenski en una *troika* tirada por fogosos caballos. ¡Pronto vamos a cenar!

Enseguida le traen al poeta en una botella helada *la veuve Clicquot* o el *Moët*, vino bendito, que brilla como Hipocrene. Con su centelleo y su espuma me seduce; por él di a veces hasta mi último centavo. ¿Os acordáis, amigos? Su mágico chorro creó no pocas tonterías y ¡cuántas bromas, versos, discusiones y alegres sueños! Pero con su ruidosa espuma engaña mi estómago, y hoy día prefiero el razonable *bordeaux*;

ya no sirvo para el *aix* ⁽³⁰⁾, que es, cual amante brillante, frívola, voluntariosa y vana. Tú, *bordeaux*, eres semejante al amigo que nos acompaña siempre en el dolor y la tristeza, y en todos los sitios está presto a ayudarnos o a compartir nuestro reposo silencioso. ¡Un viva para nuestro amigo el *bordeaux*!

Se apagó el fuego, y el dorado carbón está cubierto de una tenue capa de ceniza; apenas se percibe el vapor que flota en ondas y la respiración del fuego. El humo de las pipas desaparece por el tubo de la chimenea. Todavía brillan en medio de la mesa las claras copas; la niebla nocturna se levanta ...

(Me gustan –aunque no sé cómo pueden existir –las reuniones en las que los amigos cuentan mentiras y beben juntos cual hermanos, no obstante ser el ambiente hostil, como el que reina entre perros y gatos).

Ahora charlan los dos amigos:

–¿Qué hay de nuestros vecinos? ¿Y Tatiana? ¿Y tu jovial Olga?

–Échame otro medio vaso. Gracias, querido. Toda la familia se encuentra bien. Me pidieron que te saludara de su parte. ¡Ay, querido, cómo han embellecido los hombros de Olga! ¡Qué pecho! ¡Qué alma! Algún día iremos a verlos. Estás obligado con ellos; si no, juzga tú mismo: fuiste a verlos dos veces, y, desde entonces, ni siquiera has aparecido por allí. Pero ... ¡qué bobo soy! Te han convidado para la semana que viene.

–¿A mí?

–Sí; el sábado es el santo de Tatiana. Olenka y su madre me rogaron que te lo dijera, y no tienes disculpa alguna para rechazar la invitación.

–Pero allí habrá montones de gente de todas clases.

–Nadie, estoy seguro. ¿Quién quieres que haya? Los suyos.

–Ve. ¡Hazme este favor!

–Bueno ¿qué? ¡De acuerdo!

–¡Qué simpático eres!

Y después de estas palabras vació el vaso y se puso a hablar nuevamente de Olga. ¡Así es el amor! Estaba alegre; el plazo feliz quedaba decidido; dentro de dos semanas le esperaban el misterio del lecho conyugal y la dulce corona del amor. No pensaba en las horas de

⁽³⁰⁾ Clase de champaña.

tedio y de bostezos. Entretanto, nosotros, enemigos del himeneo, sólo vemos en la vida familiar una serie de fatigosos cuadros y una novela al estilo de La Fontaine. Mi pobre Lenski, por su corazón, sólo había nacido para una clase de vida. Era amado; al menos, eso se figuraba él, y era feliz. ¡Dichoso mil veces el que está consagrado a la esperanza! Quien, calmado la calculadora inteligencia, reposa en la indolencia del corazón, como el caminante borracho en la posada, o, dicho con más delicadeza, como la mariposa impregnada del néctar de la flor en primavera. Sin embargo, ¡desdichado el que prevé todo, cuya cabeza siempre considera con lucidez; quien mira materialmente todos los movimientos, y las palabras, y cuyo corazón, amargado por la experiencia, no puede olvidar.

CAPÍTULO V

¡Oh Svetlana! ¡Ojalá no hubieras conocido la terrible significación de tu sueño!

(Jukovski).

Aquel año el otoño se prolongó mucho; la Naturaleza esperaba, esperaba el invierno. Nevó al final de enero, en la noche del 2 al 3. Habiéndose despertado temprano, Tania vio por la ventana el corral emblanquecido durante la noche, así como los cercados, los tejados y la verja; ligeros dibujos en los cristales, los árboles cubiertos de plata de invierno; en el patio, a los alegres cuervos, y las montañas, cubiertas del blando tapiz invernal. ¡Todo está blanco, todo brilla alrededor! Es invierno. Triunfalmente el campesino emprende el camino con su trineo; su caballo, husmeando la nieve, se arrastra al trote con indolencia. Vuela la valiente *kibitka*⁽³¹⁾, levantando a su paso copos vaporosos de los surcos. El cohero está sentado en el pescante con su *tulup*⁽³²⁾ de borrego y su cinturón rojo. Allí corre un chiquillo del pueblo; ha sentado en el trineo al perro, y él se ha transformado en caballo, ¡oh, el travieso! Se ha helado un dedo, le duele y se ríe, mientras su madre le amenaza desde la ventana.

Pero tal vez no os atraiga un cuadro de este género; todo esto es vulgar, aquí no hay nada grácil. Puede ser que otro poeta, con un estilo esplendoroso, arrebatado por inspiración divina, nos describiera las primeras nieves y todos los matices del soñoliento invierno. Os seduciría más, estoy convencido de ello, describiendo en versos inflamados los paseos secretos en trineo. Entretanto, yo no pienso batirme ni con él ni contigo, cantante de la joven finlandesa⁽³³⁾.

Tatiana, alma rusa, sin saber por qué, amaba el invierno con su fría belleza, la escarcha al sol en un día glacial, los trineos, la reverberación rosada de la nieve en la tardía aurora y la niebla que hay por la Epifanía.

⁽³¹⁾ Coche cubierto.

⁽³²⁾ Traje típico de los cocheros.

⁽³³⁾ E. A. Bariatenski (1800-1844). Pushkin se refiere aquí a la descripción de invierno en *Edola*.

Estas noches triunfaban en su casa a la moda antigua; las sirvientas echaban la buenaventura a sus señoritas y les predecían cada año maridos militares y campañas en las que ellos intervenían.

Tania creía en la tradición popular de la antigüedad, en la buenaventura echada en cartas, en los sueños y en lo que auguraba la luna. Le atormentaban los objetos y secretamente todos le decían algo, el presentimiento le oprimía el corazón; el gato mimoso, sentado encima de la estufa, ronroneando, se lavaba la cara con la patita; esto era para ella un infalible presagio de la llegada de los invitados. Si veía el cuerno estrecho de la luna en el lado izquierdo del cielo, temblaba y palidecía.

Cuando la estrella fugaz volaba por el cielo oscuro, para luego desvanecerse, Tania, con turbación, se daba prisa a murmurarle el deseo de su corazón antes que desapareciese. Cuando en algún sitio se encontraba con un fraile vestido de negro, o cuando una liebre le cortaba el camino en el campo, llena de dolorosos presentimientos, esperaba la desgracia, y por miedo no sabía qué empezar. Encontraba un placer indecible en el mismo horror, porque la Naturaleza nos creó de tal manera, que nos gustan las contradicciones.

Llegaron las fiestas de Navidad. ¡Qué alegría! La irreflexiva juventud, a la que nada le da lástima, delante de la cual la vida aparece clara e inmensa, echa las cartas; también las echa la vejez, a través de sus lentes, casi a las puertas de la tumba, desprovista ya de todo irremediablemente. Es igual; la esperanza le miente con su balbuceo infantil. Tatiana, con mirada curiosa, observa la cera derretida en un plato de agua que con mágicos dibujos le predice algo maravilloso. Por turno van saliendo anillos; también a ella le sacaron uno al compás de la vieja canción:

*Allí los campesinos son todos ricos,
y con palas recogen la plata.
¡Felicidad y gloria al que cantamos!*

Pero el canto, por su triste entonación, parece hablarle de muerte.

La noche está helada; el cielo, sereno; el divino coro de los luceros se mueve pausadamente y a compás. Tania, con ligero vestido, sale al amplio patio; quiere captar el reflejo de la luna en un espejo, y tan sólo ve temblar en él al triste astro. ¡Chis! Cruje la nieve y pasa un

caminante; la joven corre hacia él de puntillas; su voz suena más dulce que el sonido del caramillo al preguntarle:

—¿Cuál es tu nombre?

Él la mira y contesta:

—Agafón⁽³⁴⁾.

Tatiana, aconsejada por su *niania*, se prepara a decir la bienvenida aquella noche, y en secreto ordenó que le preparasen en la *bania*⁽³⁵⁾ dos cubiertos. De pronto le dio miedo, y a mí también, acordándome de Svetlana⁽³⁶⁾. ¡Qué se le va a hacer! Ni Tatiana ni yo conoceremos nuestro destino.

Ella se quita el cinturón de seda, se desviste y se mete en la cama; el espejito reposa bajo la almohada; todo está en calma; Tania duerme; dulces sueños flotan sobre ella. Sobre todo uno es maravilloso.

SUEÑO DE TANIA

Se le aparece una llanura nevada por la que camina entre espesa niebla; delante de ella, un torrente espumoso y denso burbujea formando remolinos; el frío del invierno no ha podido congelarle. Dos palitos adheridos al hielo unen las dos orillas, constituyendo un puentecillo vacilante y peligroso; atónita, se para ante el rugiente abismo. Quéjase al torrente. No ve a nadie que le pueda tender la mano desde la otra orilla. De repente se mueve un montículo de nieve, ¿y quién sale por debajo de él? Un oso enorme y desgredado. “¡Ay!”, dice Tatiana. El oso gruñe y le tiende la pata de punzantes garras. Sobreponiéndose, con mano temblorosa, se apoya en él y con sus pasos atemorizados atraviesa el torrente. Se pone en marcha, ¿y qué sucede? El oso la sigue. NO se atreve a mirar hacia atrás; acelera el paso, pero ni aun así consigue huir del peludo lacayo, que, jadeante continúa siguiéndola. Ante ellos se extiende el bosque; los pinos, inmóviles en su rígida belleza, tienen las ramas sobre cargadas de copos de nieve. A través del alto y espeso ramaje de los abedules,

⁽³⁴⁾ Nombre muy vulgar que sólo se usa entre la gente campesina.

⁽³⁵⁾ Construcción típicamente rusa, compuesta de varias estancias; sirve para lavarse, pero también tiene sitio para descansar y comer.

⁽³⁶⁾ Personaje de la balada de Jukovski que quiso conocer su destino y a causa de lo cual sufrió terribles peripecias.

olmos y tilos, resplandecen los rayos de las estrellas. La ventisca ha borrado el camino, los arbustos y los declives desaparecen bajo la nieve. Tania penetra en el bosque; el oso, detrás de ella. La nieve blanda le llega hasta las rodillas; las largas ramas, ora la agarran por el cuello, ora intentan arrancarle sus pendientes de oro. De vez en cuando sus zapatitos mojados se hunden en la nieve densa; se le cae el pañuelo, no tiene tiempo de recogerlo y hasta se avergüenza de levantar el borde de su vestido con temblorosa mano. Echa a correr, y el oso la sigue. Las fuerzas la abandonan, cae en la nieve, y el oso la coge; ella, dócil, no se atreve a moverse ni a respirar. El oso corre por el sendero del bosque; de pronto, entre los árboles, se divisa una mísera cabaña. Alrededor todo está silencioso en el blanco desierto. Una de las ventanas aparece profusamente iluminada; en la choza se oyen ruidos y gritos; el oso se para y dice: "Aquí está mi compadre; entra y caliéntate". Se dirige directamente hacia la choza, dejándola en el camino. Al volver en sí, Tatiana mira: el oso ha desaparecido; ella se encuentra a la entrada; tras la puerta se oyen gritos y ruidos de vasos como en los grandes entierros. No comprendiendo nada, mira con sigilo por la rendija de la puerta, ¿y qué ve? Alrededor de la mesa sentados unos monstruos: uno, con cuernos y hocico de perro; otro, con cabeza de gallo; allí, una bruja con barba de chivo; allá, un arrogante y afectado esqueleto; aquí un enano con cola; acá, un animal medio grato, medio grulla. Y aún ve cosas más espantosas e inverosímiles: aquí, un cangrejo montado sobre una araña; allí, una calavera en el cuello de un ganso que gira con una gorra roja; acá, el molino que baila la prisiadka y agita sus aspas con tremendo crujido. ¡Ladridos, risas, silbidos, cantos, golpes, vocerío humano y piafar de caballos!

Pero ¿qué pensó Tania al descubrir entre los invitados al hombre que teme y ama, al héroe de nuestra novela? Onieguin está sentado a la mesa y mira con temor hacia la puerta. A un movimiento suyo todos se agitan; bebe, y todos beben, gritando; ríe, y todos ríen; frunce el ceño, y todos se callan. Se ve claro que es el dueño de allí. Tatiana ya no tiene tanto miedo, y ahora, con curiosidad, entreabre la puerta ... De repente sopla el viento, que apaga las antorchas; reina la mayor confusión en la banda de espectros. Onieguin se levanta ruidosamente de la mesa, lanzando miradas fulminantes; todos se levantan, mientras él se dirige a la puerta. A Tania le da miedo, y se esfuerza en huir a toda prisa; pero es inútil; se agita impacientemente y quiere gritar. No puede. Eugenio empuja la puerta, y la joven aparece ante la mirada de los infernales espectros. En el silencio resuena una carcajada salvaje. Los cascos, las trompas retorcidas, los rabos desgredados, los colmillos, los bigotes, las

lenguas ensangrentadas, los cuernos y los dedos huesudos, todos la señalan y claman: “¡Es mía, es mía!”.

“¡Mía es!”, dice ásperamente Eugenio. De súbito desaparece la banda: en la noche helada se queda sola Tatiana con su amado. Onieguin La atrae dulcemente hasta el fondo de la habitación, la recuesta sobre un banco inseguro y reclina su cabeza sobre el hombro de la joven. De pronto, entra Olga, seguida de Lenski; la luz invade la habitación. Onieguin levanta el brazo con ademán amenazador, sus ojos relampaguean salvajemente, y prorrumpe en insultos contra los inoportunos invitados. Tatiana está a punto de desmayarse. La disputa es cada vez más fuerte. Eugenio empuña un largo cuchillo y derriba a Lenski. Las sombras terribles se hacen cada vez más densas, y resuena un grito espantoso que hace temblar toda la choza. Tatiana se despierta sobresaltada.

Mira en torno suyo. Una suave luz invade la habitación: es el rayo rosado de la aurora que luce a través de los cristales. La puerta se abre, Olga entra, ligera cual golondrina y más sonrosada que la aurora. “Dime –le pregunta–, ¿A quién viste en sueños?”. Tatiana, en la cama, no le hace caso, ni le contesta siquiera; está hojeando un libro que no expone ni las dulces facciones del poeta, ni sabias verdades, ni bellas descripciones. Pero ni Virgilio, ni Racine, ni Scott, ni Byron, ni Séneca, ni siquiera una revista de modas la hubieran podido enajenar de tal manera como el libro que leía. Este era de Martín Zadiedka, ¡amigos míos! El maestro de los sabios caldeos, astrólogo y adivinador de los sueños.

Un día, un vendedor ambulante trajo a aquella sociedad esta profunda creación que por fin cedió a Tania, junto con un destrozado Malvina, por tres rublos y medio, tomando, además, por ellos un libro de fábulas populares, una gramática, dos Petrarcas y el tercer tomo de Marmontel. Desde entonces Martín Zadiedka fue el autor predilecto de Tania. Él la consuela de todas sus penas y duerme siempre junto a ella.

Está atormentada por el sueño, y no logra hallar su terrible significado. Nerviosa busca en el índice por orden alfabético la interpretación de los vocablos: pinar, tormenta, cuervo, pino, erizo, oscuridad, puentecillo, oso, ventisca, etc. Martín Zadiedka no resuelve sus dudas; pero el siniestro sueño le predice trágicas peripecias, y durante algunos días sigue bajo su terrible influjo.

Mas he aquí la mano sonrosada de la aurora que trae el sol y con él el alegre día del santo de Tatiana. Desde por la mañana la casa de los Larin se llena de invitados; llegan familias enteras de vecinos, en *vosok*⁽³⁷⁾, carretelas, *kibitkas* y trineos. En el recibimiento todo es alboroto; al salón llegan cada vez más visitas, y se oyen risas, ladridos de perritos, sonoros besos de las jóvenes con apreturas en el umbral, chocar de talones en las reverencias, gritos de las nodrizas y lloros de los niños. Llegan Tolstoi, Pustakoff, con su linfática esposa; Gvozdin, excelente terrateniente, poseedor de hambrientos campesinos; Petuchkoff, petimetre provinciano; mi primo hermano Buyanoff, con su gorra de visera; los Skotini, matrimonio calvo, con niños de todas las edades, desde los treinta hasta los dos años; Elianoff, consejero retirado, que era un viejo granuja, cotillo, glotón, bromista y hasta venal. Con la familia de Pánfilo Jarlikov viene monsieur Triquet, recién llegado de Tambov, también bromista, que lleva gafas y peluca pelirroja. Como buen francés, Triquet trae en el bolsillo un cuplé para Tatiana sobre una tonada muy popular entre los niños: *Reveillez-vous, belle endormie*. Entre las antiguas canciones de un almanaque se encontraba este cuplé que Triquet, poeta adivinador, sacó a relucir; y sin ninguna vacilación transformó *el belle Ninna* de la canción en *belle Tatiana*. Desde la cercana aldea llega ahora el comandante del batallón, ídolo de las señoritas entradas en años y alegría de las madres provincianas. Al entrar anuncia esta gran noticia: el coronel envía una orquesta del regimiento. ¡Qué alegría! Habrá un baile. Los jóvenes saltan anticipadamente de contento. Pero ya está servida la mesa. Cogidas de la mano, las parejas se dirigen hacia el comedor. Las señoritas se apresuran alrededor de Tania; los caballeros, al frente de ella; santiguándose, los invitados se sientan a la mesa en bulliciosa turba.

Por un momento cesan las conversaciones, las bocas mastican. En todos sitios se oyen ruidos de platos, de cubiertos, de copas que se entrechocan. Pronto se levanta un alboroto general; nadie escucha, todos hablan, ríen, discuten. Las puertas se abren de par en par; entra Lenski, seguido de Onieguin. “Por fin, ¡alabado sea Dios!”, exclama la dueña de la casa. Los invitados se aprietan para dejar sitio a los recién llegados, les traen sillas, les ponen los cubiertos y les ofrecen asiento frente a Tatiana, que está más pálida que la luna matinal y más asustada que un gamo perseguido. No se atreve a levantar sus ojos oscuros; el ardor de la pasión la devora; se ahoga y no se oye las

⁽³⁷⁾ Coche sobre patines.

felicidades de los dos amigos, y las lágrimas pugnan por salir de sus ojos. La pobrecilla está a punto de desmayarse; pero su voluntad y su razón se sobreponen, y consigue murmurar entre dientes dos palabras de bienvenida.

Hacía tiempo que Eugenio no podía soportar los desmayos de las jóvenes, sus lágrimas, sus ataques de nervios. ¡Bastante los había aguantado! Al llegar a este festín ya estaba de mal humor; pero, al darse cuenta de la turbación de la doncella; bajó los ojos con pesar y, sumamente enfadado, juró hacer rabiar a Lenski para vengarse de él por haberle traído a este lugar. Ahora, triunfando de antemano, se pone a dibujar en el fondo de su alma la caricatura de todos los invitados.

Claro que no solamente fue Eugenio el que se dio cuenta de la turbación de Tania. Pero en aquel momento las miradas y la conversación se concentraban en un mantecoso *pirog*⁽³⁸⁾ –que, por desgracia, estaba demasiado salado–. Y he aquí que entre el asado y los postres traen champaña seguido de un batallón de copas altas y delgadas, parecidas a tu talle, Zizi, cristal de mi alma, objeto de mis versos inocentes, atrayente cáliz de amor, tú, la que tantas veces me embriagaste.

Libre del corcho húmedo, dispárase ruidosamente la botella, y el vino burbujea. Atormentado largo rato por el cuplé, monsieur Triquet se levanta con grave además; la reunión guarda profundo silencio, Tatiana está medio muerta. Triquet se dirige hacia ella con una hoja en la mano y se pone a cantar desentonando. Le aclaman con gritos y aplausos; ella viene a sentarse al lado del cantante. Entretanto, Lenski, el modesto, pero gran poeta, alza su copa a la salud de Tania. Empiezan las felicitaciones, los elogios; Tatiana da las gracias. Cuando le llega el turno a Eugenio, el aspecto triste de la joven, su turbación y su cansancio despiertan compasión en su alma: se inclina silencioso ante ella, mientras sus ojos expresan una maravillosa dulzura. ¿Estaba realmente conmovido? ¿Sería una simple muestra de galantería? ¿O tan sólo era buena voluntad? Sea lo que fuese, su mirada infundió esperanzas en el corazón de Tatiana.

Retíranse las sillas con ruido, y los invitados pasan al salón cual abejas que abandonan su dulce colmena para volar ruidosamente en enjambre por los campos. Satisfechos del festín, los caballeros resoplan ruidosamente uno frente a otro; las damas se sientan alrededor del fuego, las señoritas cuchichean en un rincón. Las mesas verdes están

⁽³⁸⁾ Plato típico ruso, especie de pastel de hojaldre relleno de carne o de verdura.

preparadas para los empedernidos jugadores de boston, de *omber* y de *whist*, todos estos juegos, conocidos hasta hoy día, forman parte de la misma familia: el aburrimiento.

Los héroes del *whist* han jugado ya ocho partidas y han cambiado ocho veces de sitio; ahora traen té. Me gusta fijar el tiempo por las comidas, las meriendas y las cenas. En el campo hace falta agitarse para saber la hora; el estómago es nuestro mejor reloj. Y, a propósito, haré constar entre paréntesis que en mis versos hablo muy a menudo de festines, comidas y corchos. ¡Como tú, divino Homero, ídolo nuestro desde hace treinta siglos! En los festines estoy dispuesto a luchar desobediente con tu divinidad; pero reconozco noblemente que me has vencido en otra cosa. Tus feroces héroes, tus descripciones de terribles luchas, tu Cipris, tu Zeus, aventajan mucho a mi frío Eugenio, al dormido aburrimiento de los campos, y a mi Istómina con su mundana educación. Mas te juro que Tania es mucho más grácil que tu perversa Helena, Nadie discutirá este hecho, aunque Menelao, por Helena, continuara castigando cien años más al pobre país de Frigia; aunque en la reunión del respetable Príamo, la Asamblea de Ancianos de Pérgamo decidiese nuevamente, al ver a Helena, que Menelao tenía razón como Paris. En cuanto a los combates, ruego al lector que aguarde un poco, que no juzgue severamente el principio, porque habrá una lucha. No miento, y hasta puedo dar mi palabra de honor.

Traen el té, y, en el momento en que cuidadosamente recogen los platos, resuenan en la sala contigua la flauta y el fagot. Gratamente sorprendido por la música, Petuchkof, el Paris de la comarca, deja su taza de té con ron para acercarse a Olga; Lenski se dirige a Tania; mi compositor de Tambov saca a la eterna novia de Jarlikoff: Buyanoff se ha apoderado de Pustakova, y juntos ya giran por el salón, en donde todos se precipitan. El baile está en pleno apogeo.

Al principio de mi novela (mirad mi primer capítulo) yo había querido describir un baile de Petersburgo, al ejemplo de los de Albane⁽³⁹⁾; pero, distraído por sueños vacíos, me entretuve con el recuerdo de las piernas de las damas que conozco. ¡Oh piernecitas! ¡Por vuestras sutiles huellas no es difícil extraviarse! Con el fin de mi juventud, que fue traicionada, ya es hora de que me vuelva más inteligente y me perfeccione en los argumentos y en el estilo, de que limpie este quinto capítulo de todo lo superfluo.

⁽³⁹⁾ Pintor italiano (1578-1660), discípulo de Carrache.

Variado y extravagante, como el torbellino de la vida joven, resuena el vals sonoro. Las parejas giran un tras otra. Onieguin ríe para sí, se aproxima a Olga –llegó la hora de la venganza– y empieza a dar vueltas con ella junto a los invitados; luego la sienta en una silla y se pone a hablarle de diversos temas. Dos minutos después vuelve a bailar el vals con ella. Todos se quedan pasmados; el propio Lenski no da crédito a sus ojos.

En este momento tocan una mazurca. Antes, cuando el son de la mazurca retumbaba en la enorme sala, todo temblaba; el parquet crujía bajo los tacones, y los cristales de las ventanas trepidaban. Ahora es distinto: nosotros nos deslizamos, como las damas, por el suelo encerado. Pero en las ciudades provincianas y en los pueblos la mazurca conserva aún su primitiva belleza; los saltos, los tacones y los bigotes siguen igual, no han sido cambiados por la atrevida moda, tirano de los rusos modernos. Así, pues, los tacones o, mejor dicho, las herraduras de Petuchkoff –oficinista retirado–, arman un ruido espantoso; los tacones de Buyanoff, con su peso, casi rompen el parquet a su alrededor. El estrépito, el crujido, el galopar de los tacones, todo se sucede por turno. Cuanto más penetramos en el bosque, más leña encontramos. Los jóvenes se lanzan al baile con el ardor propio de sus años. ¡Más ligeramente! ¡Si no, vais a pisar los piecitos de las damas!

Mi amigo, el atrevido Buyanoff, se acerca a nuestro héroe con Tatiana y Olga, que Onieguin escoge enseguida para el baile. La conduce indolentemente, e, inclinándose, le susurra con ternura un madrigal de lo más vulgar, apretándole la mano. El amor propio de la joven siéntese halagado, y una ola de rubor sube a su rostro. Lenski lo ve todo, arde de ira, y, en su celosa indignación, el poeta espera el final de la mazurca para invitarla al cotillón. Pero ella no puede ... ¿No puede? ¿Y por qué? Olga ya se lo ha prometido a Onieguin. ¡Oh santo Dios! ¿Qué es lo que oye? ¿Pudo ella ...? ¿Es posible? Tan joven, y ya es una coqueta, ya conoce la traición y el engaño. Lenski no tiene fuerzas para soportar el golpe; maldiciendo las travesuras femeninas, sale, pide su caballo y rompe a galopar.

Nada más que un par de pistolas y dos balas pueden decidir su suerte.

CAPÍTULO VI

*La sotto giorni nubilosi e brevi
Nasce una gante a cui'l morir non dole.*
(Petrarca).

Onieguin, dándose cuenta que Vladimir ha desaparecido, siéntese nuevamente invadido por el aburrimiento y, al lado de Olga, se entrega a sus pensamientos, satisfecho de su venganza. Olenka⁽⁴⁰⁾ también bosteza, y con la mirada busca a Lenski; el interminable cotillón le parece peor que una pesadilla. Mientras tanto, preparan las camas para los invitados, que son repartidos por toda la mansión, desde la entrada hasta el cuarto de las sirvientas. Tan sólo mi Onieguin se va a dormir a su casa. Todo se ha calmado. En el salón, el pasado Pustiakov ronca junto a su gruesa mitad; en el comedor, Gvozdin, Buyanoff, Petuchko y Flianof, que no se encuentra bien, se ha recostado en los sillones; en cuanto a monsieur Triquet, con su gorro colorado y su camiseta, se echa en el suelo. Las jóvenes, en las habitaciones de Tatiana y de Olga, están presas por el sueño. La pobre Tania no duerme; en la ventana, sola y triste, iluminada por el rayo de Diana, fija la mirada en la oscuridad del campo.

La inesperada aparición de Onieguin, la ternura instantánea de su mirada y su extraña conducta con Olga, han herido a Tatiana hasta el fondo de su alma. De ninguna manera puede comprenderlo. Una angustia celosa la atormenta, y es como si una mano helada le oprimiese el corazón, como si viese bajo sus pies un sombrío y fragoso abismo. “Moriré –dice Tania–; pero la muerte recibida por él es agradable. No me lamento. ¿Para qué lamentarme? Él no puede darme la felicidad”.

¡Adelante, adelante, novela mía! Un nuevo personaje nos llama. A cinco verstas de Krasnogorie, el pueblo de Lenski, vive Zaretski, en su desierto filosófico, gozando de perfecta salud; el que en sus tiempos fue un alborotador, cabecilla de una banda de jugadores de cartas y de unos aturdidos calaveras, así como tribuno de una taberna. Hoy día es bueno

⁽⁴⁰⁾ Diminutivo de Olga.

y sencillo, padre de familia, aunque soltero; amigo seguro, apacible terrateniente y hasta persona honrada. ¡Así nos corrige nuestro siglo!

Antaño, la voz lisonjera de la sociedad halagaba en él una perversa audacia; la verdad es que a cinco *sagenie*⁽⁴¹⁾ apuntaba un as y daba en el blanco. Para decirnos aún más, una vez, en una batalla, de todo punto ebrio, se distinguió dejándose caer valientemente de su caballo kalmulko en el barro, con lo cual fue hecho prisionero por los franceses. ¡Valeroso rehén! Un nuevo Régulo, dios del honor, dispuesto siempre a entregarse a las cadenas para vaciar todas las mañanas tres botellas a crédito.

Por aquel entonces bromeaba con gracia, sabía burlarse del tonto y tomar el pelo al listo, abiertamente o con insinuaciones, aunque algunas veces esto no pasara sin castigo para él y cayera en la trampa como un pobre infeliz. Sabía discutir alegremente, contestar con terquedad e ingenio. Sabía, a sangre fría, hacer regañar a dos amigos para que se provocasen en duelo, y también conocía el arte de reconciliarlos, para almorzar después con ellos y deshonorarlos a los dos con bromas y mentiras. ¡*Sed alia tempora!* Ha logrado su propósito; otra travesura, como un sueño de amor, que pasa con viveza juvenil.

Según dije, mi Zaretski, al fin resguardado de las tempestades bajo la sombra de las acacias y de los cerezos silvestres, vivo como un verdadero filósofo, planta repollos igual que Horacio, cría patos, gansos y enseña el alfabeto a los niños. NO era tonto, y a Eugenio, aunque no compartiera sus sentimientos, le agradaba la gracia de sus juiciosas opiniones sobre esto y aquello. Le visitaba a veces con verdadero placer; por eso a la mañana siguiente no se extrañó en absoluto al verle. Zaretski, después de los primeros saludos, interrumpiendo la conversación, le entregó un mensaje del poeta. Onieguin se acercó a la ventana y lo leyó para sí. Aquello era una correcta, noble y corta provocación o cartel de desafío.

Cortésmente, con fría claridad, Lenski emplazaba a duelo a su amigo. El primer impulso de Onieguin fue volverse hacia el embajador de tal misión y decirle sin rodeos que estaba dispuesto a batirse. Zaretski se levantó sin otra explicación; no quería quedarse más porque tenía mucho que hacer en casa, y acto seguido se fue.

Al quedarse solo, Eugenio se disgustó consigo mismo, y con razón. Llevándose a un severo examen de conciencia, se acusó de mucho. Ante todo, él no tenía ninguna razón para burlarse del amor tímido y

⁽⁴¹⁾ Medida rusa que equivale a 2.136 metros.

tierno con tal crueldad. En segundo lugar, que el poeta haga locuras a los dieciocho años se puede perdonar. Eugenio, que quería al joven con todo su corazón, hubiese tenido que mostrarse no como un chiquillo impulsivo e intrépido, sino como un hombre sensato y de honor. Hubiera debido demostrar sus sentimientos y no erizarse como una fiera; hubiera debido desarmar al joven corazón. Pero ya era tarde; el tiempo volaba. Además, le disgustaba que en este asunto se hubiese mezclado un viejo duelista, perverso, cotillón, elocuente. Claro está que sus palabras no merecían más que desprecio. Pero ... ¿y el murmullo, las risas de los tontos, la opinión de la sociedad? El resorte del honor es nuestro ídolo, alrededor del cual gira el mundo.

El poeta, ardiendo de odio, espera impaciente la respuesta en su casa. He aquí al parlanchín vecino, que se la trae solemnemente. Ahora la alegría inunda al celoso. Él temía que su contrario le eludiera de cualquier forma e, inventando algún ardid, desviara el pecho de la pistola. Ahora sus dudas están resueltas: al día siguiente, antes del amanecer, tienen que estar en el molino para armar la pistola y apuntarse el uno al otro en la pierna, en la cadera o en la sien.

Decidido a odiar a la coqueta, el impetuoso Lenski no quería ver a Olga antes del duelo; miraba al sol y el reloj; por fin alzó la mano con un ademán de indiferencia y se fue a casa de sus vecinos. Pensaba turbar a Olga y extrañarla con su llegada; pero no sucedió así. Igual que de costumbre, Olga saltó de la escalinata, cual veleidosa esperanza, al encuentro del pobre poeta, despreocupada, juguetona y alegre, como siempre.

“¿Por qué desapareció ayer tan temprano?”. Tal fue la primera pregunta de Olga. Todos sus sentimientos se turbaron, y, en silencio, Lenski bajó la cabeza. Desaparecieron los celos y las penas ante la pureza de aquella mirada, ante aquella tierna sencillez, ante aquella alma inconsciente. En dulce éxtasis la mira y ve que aún es amado. Ya atormentado por el arrepentimiento, está a punto de pedirle perdón, se estremece, no encuentra las palabras. Es feliz, está casi curado. Sí, sí, el ataque de celos es una enfermedad como la peste, como el tenebroso esplín, como las fiebres, como la lesión cerebral. Consume como la fiebre; posee su ardor, su delirio, sus pesadillas y sus vestigios. ¡Dios os libre, amigos míos! Creedme: el que los ha soportado subiría a la hoguera en llamas o inclinaría la cabeza bajo el hacha sin ningún temor.

¡Yo no quiero turbar el silencio de una tumba con fútil rencor! Tú ya no existes, ¡oh tú, a quien debo, en la tempestad de mi vida joven, la experiencia terrible y el paraíso voluptuoso entrevisto! Igual que se

enseña a un débil niño, me enseñabas tú el dolor profundo, atormentando mi alma sensible. Con tu despreocupación me revolvías la sangre, encendías en ella el amor y la llama de los crueles celos.

Nuevamente pensativo y triste ante su linda Olenka, Vladimir no tiene fuerzas para recordarle el día anterior. Piensa: “Seré su salvador; no soportaré que un corruptor seduzca su corazón joven con su ardor, sus suspiros y sus halagos; que un vil gusano roa un tallo de lilas; que una flor que acaba de abrirse se marchite a medio florecer”. Todo esto significaba, amigos míos, que iba a batirse con Eugenio.

¡Si él supiera la herida que abrasaba el corazón de mi Tania! ¡Si Tatiana hubiese visto, si hubiese sabido que al día siguiente Lenski y Eugenio jugarían su suerte ante las puertas de la muerte! ¡Ah! ¡Puede que su amor hubiera unido de nuevo a los dos amigos! Pero, ni por casualidad, nadie había descubierto esta pasión: Onieguin callaba todo, Tatiana languidecía silenciosamente. Sólo la *niania* hubiera podido figurárselo; pero era poco perspicaz.

Toda la tarde estuvo Lenski distraído, a veces callado, otras alegre; pero el escogido de las musas siempre es así. Frunciendo el entrecejo, se sienta ante el clavicordio y coge algunos acordes, o fijando la mirada en Olga, murmura: “¿No es verdad que soy feliz?”.

Pero es tarde; ya llegó la hora de marcharse. El corazón se le oprime, lleno de angustia; al despedirse de la joven, le parece que va a estallar.

Ella le mira a la cara y dice:

—¿Qué le sucede?

—Nada.

Y ya está en la escalera.

Una vez en casa, inspecciona las pistolas; después las vuelve a meter en el cajón, y, ya vestido para acostarse, bajo la luz de la vela, abre un libro de Schiller. Pero su angustioso corazón no descansa; sólo posee un pensamiento, sólo ve a Olga ante sí, llena de indescriptible belleza. Vladimir cierra el libro y coge la pluma; sus versos están llenos de enamorada futilidad, cantan y fluyen. Los lee en alta voz como Delvig⁽⁴²⁾, ebrio en un festín. Los versos se han conservado por casualidad; yo los tengo. Helos aquí:

⁽⁴²⁾ Escritor y amigo de Pushkin (1798-1831).

Días dorados de mi primavera,
¿hacia dónde, hacia dónde os alejasteis?
Día futuro, ¿qué me deparas?
Mi mirada quiere adivinarlo en vano;
él se desvanece en la profunda niebla.
Es inútil luchar contra el Destino.
Sus órdenes son inexorables.
¿Caeré atravesado por la flecha,
o pasará a mi lado sin rozarme?
Todo lo acogeré bien.

El sueño y la vigilia llegan a su hora determinada.

¡Bendito sea el día de las preocupaciones!

¡Bendita sea la llegada de las tinieblas!

La estrella matutina brillará al alba.

El día alegre resplandecerá, mientras yo
tal vez baje a la tinieblas de la tumba.

El pasado Leteo se llevará el recuerdo
del joven poeta. El mundo me olvidará.

Pero tú, ¡oh hermosa doncella!, vendrás
a derramar una lágrima sobre esta urna,
erigida demasiado pronto, y a pensar:

“¡Él me amó; a mí tan sólo dedicó el
triste florecer de una vida tempestuosa!”.

Ven, ven, deseada amiga del corazón:

¡yo soy tu esposo ideal!

Así escribía él, sombrío e indolente –lo que llamamos con romanticismo, aunque yo no vea ningún romanticismo aquí; mas ¿qué importa? – y, al cabo de la aurora, reclinando la cansada cabeza sobre la palabra “ideal”, Lenski se quedó dormido dulcemente. Pero no ha hecho más que sumirse en el encanto del sueño cuando entra el vecino en el silencioso gabinete y le despierta con este llamamiento:

—¡Es hora de levantarse, son las siete! Seguramente, Onieguin ya nos espera.

Pero se equivocaba. En aquel momento Eugenio dormía con el sueño de un muerto. Las sombras de la noche se desvanecen y el gallo celebra el nuevo día. Onieguin sigue durmiendo profundamente. Ya está muy arriba el sol, y la ventisca pasajera hace brillar y revolotear la nieve. Aún no ha dejado Eugenio el lecho; todavía se halla en poder del sueño. Por fin se despierta, descorre las cortinas y mira. Ve que ya era hora de marcharse hace tiempo.

Llama de prisa. El ayuda de cámara francés, Guillot, entra precipitadamente, le ofrece la bata y los zapatos y le trae la ropa. Onieguin se apresura a vestirse, ordena al criado que esté listo para acompañarle, y que también coja el estuche de las armas. Ya está preparado el trineo de carreras; se sienta y vuela hacia el molino. Han llegado. Manda al criado que le siga con los fatales estuches de Lepage, y que deje los caballos en el prado, al lado de dos encinas.

Apoyado en un muro, Lenski espera desde hace rato con impaciencia. Entretanto, Zaretski, como si entendiese de mecánica, se pone a criticar la rueda del molino. Llega Onieguin disculpándose.

—Pero ¿dónde está su testigo? —pregunta con sorpresa Zaretski, que en los duelos era un pedante muy amante de las reglas y que no permitía que se matase de cualquier forma, sino según las severas leyes del arte, según la tradición de antaño. (Por lo que hay que admirarle).

—¿Mi testigo? —dice Eugenio—. Aquí está; es mi amigo monsieur Guillot. No creo que haya oposición alguna contra mi representante, que, aunque desconocido, es un joven honrado.

Zaretski se mordió los labios. Onieguin pregunta a Lenski:

—¿Qué, empezamos?

—Cuando quieras —exclama Vladimir.

Se colocan detrás del molino, mientras nuestro Zaretski y el “joven honrado” conciertan un solemne acuerdo; los enemigos se hallan en pie, mirando fijamente al suelo. ¡Enemigos! Hace poco tiempo que el deseo de la sangre los separó. Antes se comunicaban entre sí sus pensamientos y sus asuntos, pasaban juntos las horas de ocio y las de comer. Pero hoy día, cual dos enemigos mortales, como en un sueño terrible e incomprensible, en silencio, se preparan con maldad e indiferencia a perderse mutuamente. ¿No sería mejor que rompieran a reír antes que sus manos se tiñesen de sangre? ¿No valdría más

separarse amistosamente? La enemistad mundana teme a todo trance la vergüenza de un deshonor.

Ya brillan las pistolas en sus manos, introducen las balas en el cañón, y los dedos se aproximan al gatillo por primera vez. La pólvora entra en chorro gris. El almenado sílex es colocado de manera más segura, y ya apuntan. Guillot, algo turbado, se pone detrás de un tronco cercano. Zaretski mide con exactitud minuciosa treinta y dos pasos, se lleva a los dos amigos a distintos lados, al borde de la raya, y cada uno coge su pistola.

—Acercaos ahora.

Sin apuntar todavía, os dos amigos, con sangre fría y paso seguro, pausados y serenos, da cuatro pasos, cuatro escalones mortales. Entonces Eugenio empieza a apuntar tranquilamente, sin dejar de andar. Ya han dado cinco pasos, y Lenski, guiñando el ojo izquierdo, también se dispone a apuntar. Pero en ese mismo instante, Onieguin dispara. Suena la hora fatal y el poeta deja caer la pistola en silencio. Quedamente se lleva la mano al pecho y cae. La turbia mirada representa la muerte y no el dolor. Es cual bloque de nieve que, iluminado por los destellos del sol, rueda por el declive de la montaña. Momentáneamente Onieguin se queda helado, pero enseguida corre hacia el joven, le mira, le llama ... Es en vano, porque ya no existe. El poeta encontró su fin eterno. Se calmó la tempestad, se esfumó la encantadora luz en el alba, se apagó el fuego en el altar.

Reposaba inmóvil, y era extraña la triste expresión de su cara. La bala le había atravesado el pecho; la sangre, humeando, salía de la herida. Unos momentos antes, en este corazón palpitaban la inspiración, el rencor, la esperanza y el amor; la sangre hervía y la vida florecía. Ahora, igual que en una casa desierta, todo está tranquilo y oscuro; se ha callado para siempre. Las persianas están cerradas, las ventanas están blanqueadas con creta, la dueña está ausente. ¿Dónde se encuentra? ¡Dios lo sabrá! Sus huellas han desaparecido.

Es agradable hacer rabiar a un imprudente enemigo con un epigrama insolente; es agradable observar cómo, bajando tercamente los rebeldes cuernos, se ve sin querer en el espejo y le da vergüenza reconocerse. Todavía es más agradable, amigos, cuando al verse exclamaba sin mesura: “Este soy yo”. Aún es más agradable prepararle en silencio un ataúd honrado, y con calma apuntar a su pálida frente, a una distancia conveniente. ¡Pero mandarle al otro mundo no puede ser agradable!

Si tu pistola ha matado a un amigo porque te miró, porque te contestó con impertinencia o por cualquier tontería así, por haberte ofendido cuando bebía o hasta por haberse provocado orgullosamente a duelo en un arranque de despecho, dime: ¿Qué sentimiento se hubiera apoderado de tu alma al verle inmóvil en el suelo, ante ti, con la muerte en el rostro que se entumece, sordo y mudo a tus llamadas desesperadas?

Con la angustia de los remordimientos en el corazón, apretando la pistola en la mano, Eugenio mira a Lenski:

—Pues sí. ¡Está muerto! —exclama el vecino—. Muerto.

Con esta terrible exclamación, Onieguin se siente poseído de un escalofrío, se aparta y llama a la gente. Zaretski pone cuidadosamente en el trineo el cuerpo helado; lleva a casa la terrible carga. Los caballos, oliendo a muerto, se ponen a piafar y a relinchar, mojando los bocados de acero con blanca espuma, galopan como flechas.

Amigos míos, compadeced al poeta que, en la flor de sus alegres esperanzas, se marchitó. ¿En dónde están la ardiente inquietud, el noble afán de los jóvenes sentimientos y pensamientos, tan elevados, tiernos y valientes? ¿En dónde están los deseos tempestuosos del amor, la sed de la ciencia y del trabajo, el miedo al vicio y a la vergüenza? ¿Y vosotras, ilusiones ocultas, fantasmas de una vida celeste, o vosotros, sueños de la poesía sagrada? Tal vez había nacido para el bien de la Humanidad, o, por lo menos, para su gloria; su callada lira hubiera podido resonar a través de los siglos con eterno y vibrante sonido. Tal vez en la escala de la vida tenía un puesto privilegiado. También puede ser que su sombra doliente se lleve consigo el secreto sagrado, y que se apague para nosotros la voz creadora. Los himnos de los siglos y las bendiciones de los pueblos no llegarán a través de la tumba.

Llenando su vida de veneno, sin haber hecho mucho bien, ¡ay!, hubiese podido dar un tema a todos los periódicos con su gloria inmortal, enseñando a la gente y burlándose de ella en medio de los aplausos o del ruido de las maldiciones. Hubiera podido seguir un camino terrible hasta entregar el último suspiro a la vista de solemnes trofeos como nuestro Kutusof o Nelson en el destierro, como Napoleón, o ser colgado como Rileev.

Puede ser también que un destino corriente esperase al poeta. Al transcurrir los años de juventud, se calmaría el ardor de su alma; hubiera podido cambiar mucho, separarse de las musas y casarse. En el pueblo, dichoso y rico, llevar una bata guateada, conocer la vida

verdaderamente, y a los cuarenta años sufrir de la gota. Beber, comer, aburrirse, engordar y, al fin, morir en su cama, rodeado de niños, mujeres llorosas y médicos.

¡Ay lector! Fuera de lo que fuese, el amante adolescente, el pensativo y soñador poeta ha encontrado la muerte por una mano amiga. Hay un sitio, a la izquierda de la aldea donde vivió este discípulo de la inspiración, en el que dos pinos han entrelazado sus raíces a orillas de un arroyo que serpentea por el valle vecino. Allí le gusta descansar al labrador, y las segadoras vienen a llenar de agua sus sonoros cántaros. Allí cerca del arroyo, en la espesa sombra se eleva un sencillo monumento.

Debajo de él, en cuanto empieza a caer la lluvia primaveral sobre el césped de los campos, el pastor, tejiendo su *lapot*⁽⁴³⁾ de vivos colores, canta una tonada que habla de los pescadores del Volga; la joven de la ciudad que pasa el verano en el pueblo, cuando galopa sola por los prados, para delante de él su caballo, aprieta las riendas de cuero y, levantando el velo de su sombrero, lee con rápida mirada la sencilla inscripción; una lágrima vela sus dulces ojos. A paso lento prosigue su camino por la amplia explanada, sumida en sueños, y durante largo rato el recuerdo de Lenski invade involuntariamente su alma.

Onieguin piensa: “¿Qué fue de Olga? ¿Su corazón sufrió mucho tiempo, o pasó pronto el periodo de las lágrimas? ¿En dónde se halla ahora su hermana? ¿En dónde se encuentra el fugitivo de la sociedad, de la gente, el enemigo renombrado de las bellezas de moda? ¿En dónde está este extravagante tenebroso, asesino del joven poeta?”.

Con el tiempo os daré cuenta detallada de todo esto. Pero ahora no. Aunque amé de todo corazón a mi héroe, aunque desde luego vuelva a él, en este momento no estoy con fuerzas para ello. Los años nos inclinan hacia la poesía severa y echan a la rima traviesa; yo reconozco, con suspiros, que le hago la corte con más pereza que antes. La pluma ya no se siente con las mismas ganas que otrora para embadurnar las hojas volantes. Otros sueños fríos, otras preocupaciones serias atormentan la tranquilidad de mi alma en el barullo del mundo y en la paz.

Conocí otros deseos, conocí la tardía tristeza; no hay placer para mí en lo primero; en cuanto a la vieja tristeza, me da lástima. ¡Sueños, sueños!

⁽⁴³⁾ Especie de alpargata, hecha de corteza de álamo tejida, que llevan los campesinos. Calzado típico.

¿En dónde está vuestra dulzura? ¿Es posible que al fin se marchitase su corona, que verdaderamente pasaran ya los días de mi primavera desprovista de fantásticas elegías? –hube de repetir con frecuencia hasta el día–. ¿Es posible que no vuelva? ¿Es posible que pronto tenga yo treinta años?

Así fue como llegó la hora de mi atardecer; es preciso que lo confiese. Pero ¡qué se le va a hacer! Separémonos amistosamente. ¡Oh juventud mía, llena de ligerezas! Te agradezco bien los placeres, las tristezas, los dulces sufrimientos, el barullo, las tempestades, los festines; por todos tus favores te doy las gracias. En la inquietud y en la tranquilidad te he gozado y estoy plenamente satisfecho. Con el alma pura emprendo hoy un nuevo camino para descansar de la vida pasada.

Voy analizarme. Perdonadme, paredes entre las que transcurrieron mis días en la soledad, llenos de pasiones y de sueños de mi alma pensativa. Y tú, joven inspiración, atormenta mi imaginación, aviva la somnolencia de mi corazón; visítame más a menudo, no permitas que mi alma de poeta se haga cruel, dura y, por fin, se vuelva de piedra en la mortal embriaguez del mundo en medio de los orgullosos sin alma, en medio de los brillantes estúpidos; entre los maliciosos inconscientes y sin voluntad, los niños mimados, los malhechores divertidos y aburridos, los jueces pegajosos y necios; entre los serviles, las diarias escenas mundanas, las tradiciones tiernas y corteses; entre las frías sentencias, la perversa frivolidad, la lamentable futilidad, los cálculos, los pensamientos y las conversaciones; en esta agua estancada, en donde me baño con vosotros, queridos amigos.

CAPÍTULO VII

*Moscú, hija predilecta de Rusia,
¿dónde hallar otra igual a ti?*
(Dimitriev).

*¿Cómo es posible no amar a la
querida Moscú?*
(Baratinski).

*¿Persiguen a Moscú? ¡He aquí
lo que significa haber visto el
mundo!
¿En dónde se está mejor? En
donde no estamos.*
(Griboiedov).

Ya las nieves, perseguidas por los eternos rayos, se derriten formando turbios arroyos en los prados inundados. Con límpida sonrisa, la Naturaleza, a través de su sueño, recibe a la maña del año; los cielos resplandecen de aun azul más intenso. Los bosques están todavía desnudos; sin embargo, parece que empiezan a cubrirse de pelusilla verde. La abeja sale de la celda de cera en busca del don de los campos. Las valles se secan y se cubren de un florido tapiz. Los rebaños se agitan, y el ruiseñor ya ha cantado en las noches silenciosas.

¡Qué triste es para mí tu aparición, primavera, época del amor! ¡Qué inquietud inexplicable se apodera de mi alma y de mi sangre! ¡Con qué triste enternecimiento gozaba yo del soplo de la primavera en el seno de la rústica tranquilidad! ¿Me son extraños el goce y todo lo que anima, lo que alegra, lo que da júbilo? Lo que resplandece, ¿causa aburrimiento y fatiga en mi alma, muerta desde tiempo? ¿Todo le parece oscuro?

Al no escuchar el nuevo sonido de los bosques y al no alegrarnos del retorno de las hojas percidas en otoño, ¿nos acordamos de la amarga despedida? ¿O tal vez asociamos el despertar de la Naturaleza a nuestros años marchitos, que no pueden renacer? A lo mejor nos viene a la memoria, en poético sueño, otra primavera pasada que hace palpar nuestro corazón con el recuerdo de un país lejano, de una noche hermosa, de una luna ...

¡He aquí esta época! ¡Vosotros, simpáticos viciosos, sabios epicúreos, dichosos indiferentes, discípulos de la escuela de Levschin⁽⁴⁴⁾, campestres Príamos y damas sensibles! La primavera os llama al campo; es la época del buen tiempo, de las flores, de los trabajos, de los paseos inspirados y de las noches tentadoras. ¡Amigos, marchaos al campo! Deprisa, deprisa, en calesas sobrecargadas, en *pochtavie*, en *dolgavie*, arrastrados desde las afueras de la ciudad. Y tú también, lector indulgente, en tu magnífica carretela, deja la ciudad bulliciosa en donde te divertiste en invierno. Con mi voluntariosa musa voy a escuchar el ruido de los árboles, sobre el río sin nombre, en el pueblo donde hace poco vivía mi Eugenio, ermitaño triste y ocioso, en la vecindad de la joven Tania, mi gentil soñadora, pero donde ya no se encuentra y donde dejó tristes huellas.

Atravesando las montañas que forman un semicírculo, vayamos allí donde el arroyo corre serpenteando a lo largo del verde prado, a través del bosquecillo de tilos, hacia el río; allí donde el ruiseñor, amante de la primavera, canta toda la noche; allí donde florecen las rocas silvestres y se oye el murmullo del riachuelo, allí donde está la lápida en la sombra de los viejos pinos y el epitafio que dice al visitante: *“Aquí yace Vladimir Lenski, que murió prematuramente, como valiente, en tal año, a tal edad. ¡Descansa en paz, joven poeta!”*.

Unas veces el viento de la mañana balanceaba una corona desconocida, inclinada sobre las ramas del pino; otras, al anochecer, venían aquí dos hermanas y, ante la luna, sobre la tumba, abrazadas, lloraban las dos. Pero hoy día ... el triste monumento funerario ha sido olvidado. Las huellas habituales que conducían a él se han borrado. Ya no hay corona en las ramas; sólo debajo de ellas el viejo y débil pastor canta como antes y trenza el mísero calzado.

Una vez, por la noche, una de las jóvenes vino aquí; parecía que estaba atormentada por secreta tristeza. Poseída de involuntario terror, se

⁽⁴⁴⁾ Autor de numerosas obras domésticas.

hallaba en pie, la cabeza inclinada, llorando y juntando las trémulas manos ante los gentiles restos. Mas he aquí que con pasos apresurados la alcanzó un joven lancero de uniforme, buen tipo y rebosante de salud, luciendo bigotes negros y entrechocando orgullosamente sus espuelas. Ella fijó la vista en el militar, cuya mirada expresaba la pena, y tristemente le tendió la mano, pero no dijo nada. En silencio, la novia de Lenski se alejó con él de los lúgubres parajes: desde aquel día no volvió a aparecer allende las montañas.

¡Mi pobre Lenski! Ella no se consumió durante largo tiempo llorando. ¡Ay! La joven novia no es fiel a su pena: otro distrajo su atención, otro consiguió adormecer su dolor con alabanzas amorosas. El lancero supo cautivarla. El lancero es el amor de su alma. Y ya se halla ante el altar, confusa bajo su corona con la cabeza inclinada, los ojos llenos de ardor y una ligera sonrisa en los labios.

¡Mi pobre Lenski!

Más allá de la tumba, el triste poeta ¿se turbaría por la noticia fatal de la traición? ¿O, adormecido bajo el Leteo dichoso de su insensibilidad, ya no se atormenta por nada, y el mundo está, para él, mudo y cerrado? Así, más allá de la tumba, nos espera el olvido indiferente. De repente la voz de los enemigos, de los amigos y de las amantes se calla. Tan sólo se oirá el coro de voces enfadadas de los herederos que discuten sobre la propiedad del castillo. Pronto se calló la voz sonora de Olga en la familia de los Larin.

El lancero, esclavo de su destino, tenía que marcharse con ella a su regimiento. La viejecita, anegada en llanto, al despedirse de su hija, apenas parecía viva; sin embargo, Tania no podía llorar; solamente su rostro se cubrió de mortal palidez. Cuando todos salieron a la escalinata y se precipitaron en torno de la calesa a despedir a los jóvenes, Tania los acompañaba; durante largo rato les siguió con la mirada. ¡Tatiana se quedaba sola, sola! ¡Ay!, su compañera de tantos años, su deliciosa palomita, su querida confidenta, le es arrebatada por el Destino; para siempre están separadas. Cual sombra, Tania deambula o mira al jardín abandonado. No hay alegría para ella en ningún sitio ni en nada; no encuentra alivio en las lágrimas contenidas, y su corazón se desgarrar,

En la soledad cruel su pasión arde con mayor vigor y su corazón le habla aún más vivamente de Onieguin. Ella no le verá más; tiene que odiar en él al asesino de su hermano. El poeta murió; pero ya nadie se acuerda de él; su novia se entregó a otro. El recuerdo del poeta pasó

como el humo por el cielo azul. Tal vez sólo dos corazones se afligen todavía por él. Mas ¿para qué entristecerse?

Anochece; el cielo se oscurece, las aguas corren lentamente, zumbaban los escarabajos y se separaban los *jorovods*. Por el otro lado del río ya ardían las hogueras de los pescadores. En el campo puro, bajo la luz plateada de la luna, Tatiana andaba sola durante mucho tiempo, sumida en sueños; andaba, andaba ..., y de repente, desde la colina, divisó ante sí la casa señorial, la aldea, el bosquecillo que se extiende a sus pies y el jardín al borde del límpido río. Mira, y su corazón se pone a latir más precipitadamente. La duda la atormenta; piensa: “¿Continuaré adelante o volveré hacia atrás? Él no está aquí, a mí no me conocen. ¡Iré a visitar esta casa y este jardín!”. Tatiana desciende de la colina, respirando apenas; echa una mirada llena de sorpresa alrededor y entra en el patio desierto. Los perros se echan encima de ella ladrando; a su grito asustado acuden ruidosamente unos chiquillos que, sin golpes, logran ahuyentar a los canes, tomando bajo protección a la señorita:

—¿No se podría visitar la casa? —pregunta Tatiana.

Deprisa, los niños corren hacia Anisia para pedirle las llaves de la entrada. Al instante aparece Anisia, y las puertas se abren ante Tatiana, que entra en la casa desierta, en donde hace poco vivía nuestro héroe. Contempla en la sala, sobre la mesa, el taco olvidado, la fusta, en el viejo diván; sigue adelante, mientras la viejecita le dice:

—Mire la chimenea; aquí solía sentarse el *barin*⁽⁴⁵⁾. Aquí cenaba con él, en invierno, nuestro vecino el difunto Lenski. Por favor, sígame; aquí tiene el gabinete del *barin*, en donde él dormía, tomaba el café, escuchaba el informe del intendente y leía por las mañanas. También el *barin* viejo, poniéndose las gafas, solía jugar conmigo los domingos a *durachki*⁽⁴⁶⁾. ¡Dios salve su alma y guarde en paz sus huesos en la tumba, en el seno de la tierra húmeda!

Tatiana, con los ojos conmovidos, mira todo a su alrededor, y todo le parece inapreciable, todo aviva su triste alma con martirizadora alegría: la mesa con la lamparilla apagada, el montón de libros y, debajo de la ventana, la cama cubierta de un tapiz; el paisaje que se extiende a través del crepúsculo de la luna, esta pálida media luz; el retrato de lord Byron, y la figurita de hierro, con su rostro sombrío bajo el sombrero, con

⁽⁴⁵⁾ Noble sin título.

⁽⁴⁶⁾ Significa *tonto*; es un juego de cartas ruso.

las manos apretadas sobre una cruz. Tania, durante mucho tiempo, se queda como fascinada en esta celda mundana. Pero ya es tarde; se ha levantado un viento frío; el valle, a lo lejos está oscuro; el bosquecillo duerme; la luna, sobre el río brumoso, se ha escondido detrás de las montañas, y ya es hora, desde hace tiempo, de que la joven peregrina regrese a su casa. Tania, disimulando su turbación, y no sin suspirar, emprende el camino de vuelta; pero antes pide permiso para visitar el castillo desierto y leer sola los libros. Se despide del ama de llaves en la puerta.

Al día siguiente, por la mañana temprano, se presentó de nuevo en la entrada abandonada desde hace poco, y, al cabo, sola en el gabinete silencioso, olvidándose por un momento de todo en el mundo, se puso a llorar durante mucho rato. Después se acogió a los libros; al principio no se sintió con fuerzas para ello; su elección le parecía rara. Con el alma llena de avidez, Tatiana se entregó, por fin, a la lectura, y un nuevo mundo se abrió ante ella.

Aunque sabemos que hace tiempo a Eugenio no le gustaba la lectura, había, no obstante, excluido del destierro algunas creaciones: los cantos del *Giaour* y *Don Juan*, y con ellos, también dos o tres novelas, en las que se reflejaban este siglo y el hombre de hoy en día, con su alma inmoral, fría y egoísta, entregada exageradamente a los ensueños; con su cerebro amargado, enfurecido por fútiles razones, era representado con bastante exactitud. Muchas páginas guardan las fuertes marcas de sus uñas; los ojos de la joven se fijan atentamente en ellas. Tatiana, estremeciéndose, ve con qué observación Onieguin había sido sorprendido, con qué pensamiento estaba de acuerdo. En el margen encuentra las señales de su lápiz: una breve palabra, una cruz o un punto de interrogación; en todos sitios aparece involuntariamente el alma de Onieguin.

Ahora, ¡gracias a Dios!, mi Tania empieza a comprender más claramente a aquel por quien está condenada a suspirar por orden del Destino todopoderoso. El joven triste y peligroso, creación del paraíso o del infierno, este ángel, este altivo demonio, ¿qué es? ¿Es posible que sea una imitación, un insignificante fantasma, un moscovita vestido con la capa de Childe Harold, interpretación de ajenas fantasías, diccionario completo de las palabras mundanas? ¿No será tal vez más que una parodia? ¿Es posible que haya encontrado una solución a la adivinanza? ¿Es posible que haya descubierto su nombre verdadero? Las horas corren: ha olvidado que desde hace tiempo la esperan en

casa, adonde vinieron dos vecinos y en donde se está hablando precisamente de ella.

–¿Qué hacer? Tatiana ya no es una niña –dijo la viejecita, suspirando.

–Olenka es más joven que ella.

–Desde luego, ya es hora de casarla; pero ¿qué voy a hacer con ella? A todos, sin más ni menos, les contesta: “No quiero casarme”. Todo el tiempo está triste y solitaria, errando por los bosques.

–¿No estará enamorada?

–¿Y de quién? Buyanov la pretendió, aunque fue rechazado; Iván Petuchkov, igualmente. El húsar Pijtin, que pasó algunos días en nuestra casa, quedó seducido por Tania, y se deshizo en galanterías. Yo pensaba que tal vez quisiera ella casarse; pero, ¡qué va!, de nuevo no resultó nada.

–Pero, madrecita, ¿por qué no te vas a Moscú? ¡No está tan lejos! Allí dicen que hay muchos sitios para divertirse.

–¡Ay, padrecito, las rentas producen tan poco!

–Lo suficiente para pasar un invierno; y si no, os prestaré lo que haga falta.

A la viejecita le gustó mucho este consejo sensato, y se puso de acuerdo, decidiendo en el acto ir a pasar el invierno en Moscú.

Tania oye esta noticia. tendrá que presentar a la sociedad sus facciones puras marcadas de la sencillez de la provincia, sus trajes pasados de moda, igual que su manera de hablar; atraer la mirada burlona de los petimetres y de las Circes. ¡Oh qué vergüenza! No; cien mil veces mejor y más seguro es quedarse en la profundidad de los bosques. Ahora, levantándose con los primeros rayos de la aurora, va corriendo por los campos, y, abrazándolos con la triste mirada, dice:

–¡Adiós, valles tranquilos, y vosotras, cimas de las montañas; y vosotros, bosques familiares! ¡Adiós, alegre Naturaleza; adiós, firmamento sereno! Cambio este mundo tranquilo por el brillante barullo de las inquietudes. ¡También te digo adiós, libertad mía! ¿Adónde, a qué aspiro? ¿Qué me predice mi Destino?

Los paseos duran más tiempo. El bosque y el arroyo paran involuntariamente a Tania, por su belleza. Ella se apresura a charlar con los prados y bosquecillos, como si fueran viejos amigos. Pero el verano pasa deprisa; llega el otoño dorado, y la Naturaleza se estremece, pálida

cual víctima pomposamente ataviada. He aquí el viento del Norte que trae las nubes –sopla y silba–, y llega de por sí el invierno encantador.

Llega y se desparrama; sus copos se cuelgan en las ramas de los árboles, se extienden en ondulantes tapices por los campos, alrededor de las colinas. Con blanda capa ha igualado el río y las orillas. Brota la helada. Todos estamos contentos de las travesuras de nuestra *matuchka*⁽⁴⁷⁾ el invierno. Pero el corazón de Tatiana no se alegra; ella no sale a esperarlo y respirar el aire glacial. Al ir a la *bania* con las primeras nevadas, Tania no coge la nieve del tejado para frotarse el rostro, los hombros y el pecho con ella. Le asusta la ruta del invierno.

Desde hace tiempo se ha ido aplazando la fecha de la marcha; ya transcurre el último plazo. El *vosok*, relegado al olvido, es examinado, arreglado y tapizado de nuevo. Es un convoy habitual: tres *kibitkas* llevan los utensilios caseros, los cacharros, las sillas, los baúles, jaulas con gallos, tarros, palanganas, etc. Bueno; muchos trastos.

En la *isba*, entre la servidumbre, se levanta un gran barullo, seguido de los lamentos de despedida.

Traen al patio dieciocho jamelgos. Los enganchan al *vosok*⁽⁴⁸⁾ señorial y preparan la comida; los cocineros sobrecargan las *kibitkas* con el equipaje; las mujeres y los cocheros se pelean; sobre el desgredado y flaco caballo está el barbudo cochero; la servidumbre se ha concentrado en la puerta para despedir a las señoras. Ya están instaladas, y el respetable *vosok*, resbalando, se arrastra fuera de la cochera.

–¡Adiós, asilos solitarios! ¿Volveré a veros?

Y un torrente de lágrimas cae de los ojos de Tania.

Cuando la civilización bienhechora se extienda más ampliamente, con el tiempo –yo calculo, por las tablas filosóficas, dentro de unos quinientos años–, los caminos cambiarán, sin duda, muchísimo. Aquí y allá las calzadas unirán y atravesarán Rusia; se tenderán puentes de hierro; cavaremos atrevidos arcos, y este mundo cristiano tendrá en cada estación una taberna. Ahora, en nuestro país, los caminos son malos; los puentes, abandonados, se pudren; en las estaciones, las chinches y las pulgas no dejan dormir ni un minuto; no hay tabernas. En la fría *isba*, el cartón, con los precios de las comidas, domina los aires; mas en vano excita el apetito, porque en realidad no hay nada de comer. Los rústicos

⁽⁴⁷⁾ Madrecita; *invierno* es femenino en ruso.

⁽⁴⁸⁾ Coche particular de caballos, montado sobre patines.

cíclopes, bendiciendo las zanjas y los baches de la madre tierra, preparan a fuego lento los progresos de la sociedad moderna.

Sin embargo, en la fría época del invierno, es agradable y fácil. El camino invernal es liso como el verso, sin pensamiento de la canción de moda. Nuestros automedontes son impetuosos, y veloces nuestras *troikas*. Las *verstas*⁽⁴⁹⁾, entreteniéndola la ociosa mirada, pasan relampagueando. Por desgracia, la anciana Larina se arrastra, no en caballos de correo, sino en los suyos, por temor a un gasto elevado. Nuestra joven pudo gozar plenamente del aburrimiento del viaje, que duró siete días.

Pero he aquí que ya están cerca del término de su ruta. Ya divisan las viejas cúpulas de Moscú la blanca, cuyas cruces de oro echan destellos de fuego. ¡Ay, amigos! ¡Qué contento me puse cuando de repente aparecieron a mi vista las iglesias, los campanarios, los jardines y la hilera de palacios! ¡Cuántas veces pensé en ti, Moscú, en la amarga separación de mi destino errante! Moscú, ¡cuánto encierra el sonido de estas sílabas para un corazón ruso, y cómo responde el ímpetu del alma!

He aquí el castillo de Pedro, rodeado de su bosque de robles; tenebrosamente se enorgullece por su reciente gloria. En vano pensaba Napoleón, ebrio de su última victoria, en la sumisión de Moscú con las llaves del viejo Kremlin. No, mi Moscú no se le entregó con la cabeza inclinada. No preparó fiestas ni acogió con donativos al héroe impaciente. Desde aquí, hundido el humo, contemplaba el terrible incendio. ¡Adiós, castillo de Pedro, testigo de nuestra gloria!

Pero no te pares; sigamos adelante. Ya blanquean los postes de la entrada; ya el *vosok* corre por la calle Tverskoia, sobre los baches. Desfilan ante sus ojos los puestos, las mujeres, los chiquillos, las tiendas, los faroles, los palacios, los jardines, los monasterios, los vendedores de Bujaria⁽⁵⁰⁾, los portales, los huertos, las chozas, los *mujics*, los bulevares, las torres, los cosacos, las farmacias, los almacenes de modas, los balcones, los leones en las puertas cocheras y toda una manada de chovas sobre las cruces. ¡Moscú, Moscú! Transcurren las horas en este paseo fatigoso y, por fin, se para el *vosok* en la callejuela de Jariton, ante un portal. Llegan a casa de la vieja tía, tísica desde hace cuatro años. Un viejo kalmuko, vestido de un

⁽⁴⁹⁾ Medida de longitud, equivalente a 1.067 metros.

⁽⁵⁰⁾ Provincia del Turquestán ruso.

destrozado *kaftán*, con gafas, y teniendo en las manos una media, abre las puertas de par en par. Pasan al salón, donde son recibidas por el grito de la princesa, tendida en el diván. Llorando, se abrazan las viejecitas y prorrumpen en exclamaciones:

–¡Princesa, *mon ange*!

–¡Pachette!

–¡Piolina!

–¿Quién hubiera podido pensar?

–¡Cuántos años sin veros!

–¿Estarás aquí por mucho tiempo?

–¡Querida prima!

–Siéntate. ¡Qué bien hiciste!

Era verdaderamente una escena de novela.

–Y ésta es mi hija Tatiana.

–¡Ay, Tania, acércate a mí!; parece como si estuviera delirando en sueños.

–Prima, ¿te acuerdas de Grandison?

–¿Cómo? ¿Grandison? ¡Ah, Grandison! Sí, me acuerdo, me acuerdo.

–¿En dónde está?

–En Moscú; vive en el barrio Simeón y me visitó. Hace poco que casó a su hijo.

–¿Y aquél ...?

–Bueno; después nos contaremos todo, ¿verdad? Mañana mismo presentaremos a Tania a toda la familia. ¡Qué lástima, no tengo fuerzas para hacer visitas! Apenas consigo arrastrar los pies. Pero debéis de estar muertas después del viaje; vamos juntas a descansar. ¡Ay!, no tengo fuerzas; mi pecho está fatigado; ahora, no sólo me es penosa la tristeza, sino también la alegría. ¡Alma mía, ya no sirvo para nada! Al llegar a la vejez, la vida no es más que una porquería.

Y en este punto, completamente agotada, llorando, empezó a toser.

La alegría y las caricias de la enferma conmueven a Tatiana. Pero no se encuentra bien en el nuevo lugar, acostumbrada como está a su cuarto. Bajo la cortina de seda no puede dormir en la cama nueva, y al son de las campanas, precursoras del lecho, Tania se sienta a la ventana

cuando se aclaran las sombras, pero no distingue sus campos; sólo ve ante sí un patio desconocido, una cuadra, una cocina y una verja.

Así llevan a Tania todos los días a comidas de parientes, para presentar a los abuelitos y abuelitas su indiferente indolencia. Todos sus familiares la reciben afectuosamente con el *jleb i sol*⁽⁵¹⁾ y con estas exclamaciones:

—¡Cómo ha crecido Tania!

—¿No hace poco que yo te bauticé?

—Yo le tomaba así en mis brazos.

—Yo te tiraba así de las orejas.

—Yo te regalaba *prianiki*⁽⁵²⁾.

Las abuelitas dicen a coro:

—¡Cómo vuelan los años!

Sien embargo, en ellos no se nota cambio alguno; todos siguen como antes. Su tía, la princesa Elena, lleva la misma cofia de tul; Lukeria Ivovna continúa pintándose la cara de blanco; Lubov Petrovna sigue contando mentiras; Iván Petrovich es igual de tonto; Simeón Petrovich, igual de avaro; Pelagia Nikolavna tiene todavía el mismo amante, monsieur Finemouche, el mismo *spizt*⁽⁵³⁾, el mismo marido, y este último, fiel frecuentador del club, sigue tan sumiso, tan sordo y, al igual que antes, come y bebe por dos.

Sus hijas abrazan a Tania. Las jóvenes gracias de Moscú primeramente la examinan en silencio de pies a cabeza. La encuentran algo extraña, provinciana y afectada, un poco pálida y delgada; por lo demás, muy guapa. Luego, resignándose a su naturaleza, se hacen amigas suyas, la llevan a sus casas, la besan cariñosamente, le aprietan las manos, la rizan según la moda y le confían a coro los secretos del corazón, secretos de doncella. Le confiesan sus conquistas y las ajenas, sus esperanzas, sus travesuras, sus sueños. Transcurren las inocentes conversaciones con ligero matiz de cotillería. Después, en recompensa de su charla, exigen afectuosamente la declaración de su corazón. Pero Tania, como en un sueño, oye los cotilleos sin tomar parte en ellos: no

(51) Pan y sal que se ofrecía, en señal de bienvenida, al forastero.

(52) Especie de pan dulce sazonado de especias.

(53) Raza de perro.

comprende nada; mientras tanto, guarda silenciosamente el secreto de su corazón, tesoro sagrado de lágrimas y alegrías que no confía a nadie.

Tatiana se esfuerza en seguir la conversación general; mas en el salón todos están ocupados con unas futilidades tan vulgares, tan sin sentido, tan apagadas; tan indiferentes. Hasta calumnian con aburrimiento en un lenguaje frío y estéril; durante todo el día, en las preguntas, los chismes, las noticias, no reluce ni un solo pensamiento, aunque sea inopinadamente; la inteligencia cansada no sonrío, y el corazón no se estremece ni aun por una broma. ¡Ni siquiera se encuentra en ti una ocurrencia salada, sociedad fútil!

Unos cuantos jóvenes, que ya deberían estar archivados, se ponen a mirar a Tania con insolencia y hablar con malevolencia de ella. Uno de ellos, un triste bufón, la encuentra ideal y, apoyado en la puerta, le prepara una elegía.

Un día Tatiana, en casa de su aburrida tía, se encontró a Viazemski, que, sentándose a su lado, logró cautivar su atención. Otro invitado, ya viejo, fijose en ella, y, mientras se arreglaba la peluca, averiguó quién era. Pero allí, donde resuena el prolongado aullido de la tempestuosa Melpómene, que meneas su manto de oropel ante la indiferente multitud de espectadores; donde Talía dormita tranquilamente, sin prestar atención a los aplausos amigos; donde el joven espectador sólo se maravilla con Terpsícore –igual sucedía en mis antiguos tiempos que en vuestra época–, no se fijan en Tania ni los impertinentes celosos de las damas, ni los anteojos de los concedores mundanos desde los palcos y las butacas.

La llevan a la Asamblea⁽⁵⁴⁾, en donde las apreturas, la agitación, el calor, el rugido de la música, el brillo y el centelleo de las velas, el atavío de las elegantes bellezas, las tribunas llenas de gente, el gran semicírculo que forman las novias, deslumbran de repente todos los sentidos. Aquí los presumidos célebres ostentan su atrevimiento, su chaleco y sus distraídos anteojos. Allí los húsares con licencia se apresuran a aparecer, fulminar, brillar, seducir y luego desaparecer.

La noche posee muchas estrellas encantadoras, y hay muchas bellezas en Moscú; pero más bella que todos sus amigos celestes es la luna en el azul vaporoso. Mas aquella a la cual no me atrevo atormentar con mi lira, y que, como la majestuosa luna, resplandece sola entre las esposas y las jóvenes, ¡con qué celeste altivez roza la tierra! ¡Qué lleno de

⁽⁵⁴⁾ Palacio destinado a las fiestas de los nobles.

indolencia está su pecho! ¡Qué triste es su mirada encantadora! ¡Basta, basta!; ya pagaste caras tus locuras.

Estruendo, risas, idas y venidas; los saludos, el galope, la mazurca, el vals. Entretanto, Tania, en medio de sus dos tías, apoyada en una columna, fija la mirada, no se da cuenta de nada; odia la agitación del mundo, siente que se ahoga aquí. En sueños, aspira a la vida de los campos, quiere volver a la aldea, a la soledad de su rinconcito, en donde corre el riachuelo; a sus pobres, a sus flores, a sus novelas, a la oscuridad de la avenida de tilos, en donde le vio a él. Y así sus pensamientos vagan aún más lejos, olvidándose del mundo y del baile ruidoso. Pero, mientras, no aparta la mirada de ella un prestigioso general. Las tías se guiñan el ojo mutuamente y, dando un codazo a Tania, cada una le murmura:

–Mira pronto hacia la izquierda.

–¿A la izquierda? ¿Adónde? ¿Qué hay allí?

–Fuere lo que fuese, mira. En aquel grupo, ¿ves?, allí delante, donde hay dos con uniforme, ese que se aparta, ese que se ha puesto de lado

...

–¿Quién? ¿Aquel general gordo?

Más aquí vamos a felicitar a mi querida Tatiana por su conquista, y vamos a dejarla seguir su camino, para no olvidarnos de quien celebro. Me refiero a mi joven amigo y sus numerosas fantasías. “¡Oh musa épica, bendice mi largo trabajo, y, entregándome el fiel cayado, no permitas que me extravíe!”. Pero ¡basta!, sacudo el peso de mis hombros, Reconozco las leyes del clasicismo, y, aunque tarde, esto es el final de mi introducción.

CAPÍTULO VIII

*Fare thee well, and if for ever,
Still for ever fare thee well.*
(Byron).

En aquellos días cuando crecía tranquilamente en los jardines del Liceo leyendo con placer a *Apuleyo* y sin interesarme por Cicerón, en aquellos días de primavera, empezó aparecerme la musa en los valles secretos, cerca de las aguas resplandecientes, en donde se oía el clamor de los cisnes. De repente, mi celda de estudiante se iluminó; la musa introdujo en ella el festín de las juveniles fantasías, cantó las alegrías infantiles con la gloria de nuestra antigüedad y los inquietos sueños del corazón. El mundo la recibió con una sonrisa: el éxito fue el primero que los amparó; el viejo Derjavin se fijó en nosotros y, al bajar a la tumba, nos bendijo. Dimitriev, protector de las costumbres rusas, no fue nuestro censor, nos distinguió y animó a la tímida musa. Y tú, cantante, profundamente inspirado por todo lo bello; tú, ídolo de los corazones vírgenes, ¿no eres tú quien, seducido por la parcialidad, me tendiste la mano y me condujiste a la gloria pura?

Yo me tomé por ley el obedecer tan sólo a las pasiones, y, compartiendo mis sentimientos con la multitud, conduje a mi musa en medio del barullo de los festines y de las discusiones. Ella, concediéndoles sus dones, jugueteaba cual joven servidora de Baco, cantando en los brindis y entre la alegre juventud que la seguía tumultuosamente, mientras yo me sentía orgulloso de mi frívola amiga.

La fatalidad me alejó de nuevo de aquellos lugares, pero mi musa me siguió. ¡Cuántas veces, durante mis pesados viajes, me distrajo con el misterio de sus cuentos fééricos! ¡Cuántas veces galopó junto a mí por las rocas del Cáucaso, cual Leonora⁽⁵⁵⁾, a la luz de la luna! ¡Cuántas veces, estando en Táuride, en las tinieblas de la noche, me llevó a

⁽⁵⁵⁾ Heroína de una leyenda de Bürger. **Edgar Allan Poe** (1809-1849) tiene un cuento intitulado *Eleonora*, pero ninguno de los dos insignes poetas y narradores llegó a conocer la obra del otro.

orillas del mar para escuchar el rumor de las olas, murmullo eterno de las nereidas, himno inmortal del Creador.

Olvidándose de la lejana ciudad, de su barullo y de sus espléndidos festines, visitó en el desierto de Moldavia las humildes tiendas de las tribus nómadas. Entre ellos olvidóse del lenguaje de los dioses y adoptó los dialectos extraños de las canciones de las estepas, tan queridas de su corazón. De pronto, todo cambió como por encanto y he aquí que se presenta en mi jardín disfrazada de señorita provinciana, con triste mirada en los ojos y un libro francés en la mano.

Hoy día introduzco por primera vez la musa en una reunión mundana, contemplando con recelo sus rústicos encantos. A través de la apretada fila de aristócratas, militares presumidos, diplomáticos y damas orgullosas se desliza ella, se sienta silenciosamente y mira esta multitud turbulenta, el esplendor de los trajes y de las conversaciones, la llegada pausada de los invitados ante la joven ama de casa, rodeada, cual cuadro, por un marco de caballeros. Le gusta la extraña parodia de las conversaciones alegóricas, la frialdad del sereno orgullo y esta mezcla de jerarquías y años.

Pero ¿quién es aquel que está silencioso y triste en medio de la distinguida multitud? Parece desconocido de todos. Las figuras pasan delante de él como una fila de fantasmas importunos. ¿Qué revela su rostro, el esplín o tal vez un sufrimiento oculto? ¿Por qué se encuentra aquí? ¿Quién es? ¿Es posible que sea Eugenio? ¿Es posible que sea él? Sí, justamente, él es. ¿Hace mucho que ha vuelto entre nosotros? ¿Sigue siendo el mismo o se ha apaciguado? ¿Continúa haciéndose el original? Decid, ¿bajo qué aspecto se nos presenta hoy día? ¿Cómo un Melmoth, un cosmopolita, un patriota, un Childe Harold, un cuáquero ..., quizá con alguna otra máscara? ¿Tal vez ahora será sencillo y bueno, como tú, lector, y como yo, como todo el mundo? En todo caso, esto último es lo que le aconsejo yo. Bastante engañó y se burló del mundo.

—¿Le conoces?

—Sí y no.

—¿Por qué entonces te refieres tan mal a él? ¿Acaso porque de costumbre juzgamos todo así, porque la inconsciencia y el orgullo de las almas fogosas nos ofenden o nos parecen ridículos, o por no comprender que tales seres necesitan horizontes más amplios, o tal vez porque a menudo nos gusta tomar las conversaciones como hechos consumados? ¿Quizá porque ignoráis que las futilidades son del agrado de la gente mediocre? ¿O porque no tenemos el suficiente valor para

reconocer que tan sólo lo vulgar no nos extraña ni nos asusta? ¡Afortunado quien fue joven desde su primera juventud! ¡Afortunado quien maduró a su debido tiempo, quien supo resistir el frío que viene con los años y no se entregó a extrañas ilusiones! ¡Afortunado quien no se alejó de la sociedad, quien a los veinte años era un presuntuoso galán y a los treinta supo casarse provechosamente! ¡Quien a los cincuenta supo liberarse de sus deudos y conseguir con paciencia la gloria y el dinero; aquel del que todo el siglo dice: “Fulano es un hombre honrado”!

Es triste pensar que la juventud nos fue dada inútilmente, que a todas horas la hemos traicionado, que ella nos engañó, que nuestros mejores deseos y nuestros sueños sagrados pasaron en rápido giro, cual hojas en el otoño desolado. Es insoportable ver sólo ante sí la larga hilera de comedas, mirar la vida como una ceremonia y seguir a la solemne multitud, sin compartir con ella ni las opiniones generales ni las pasiones.

Es insoportable –convendréis conmigo– pasar entre la gente razonable por un chiflado, por un degenerado, por un monstruo o hasta por mi propio *Demonio* ⁽⁵⁶⁾.

Onieguin –otra vez me ocuparé de él– después de haber matado a su amigo en duelo, al llegar a los veintiséis años de una vida sin ocupaciones ni finalidad, aburríase soberanamente, sin empleo, sin esposa y sin saber dedicarse a nada.

Se apoderaron de él una extraña agitación y ansias de cambiar constantemente de lugar –sentimiento martirizador cual cruz aceptada–. Onieguin abandonó su aldea, la soledad de los bosques y campos, en donde diariamente le aparecía la sombra ensangrentada, y se puso a vagar por la tierra sin objeto preciso. Muy pronto los viajes le cansaron, como todo en este mundo, y regresó al cabo a la ciudad. Como Chatzqui⁽⁵⁷⁾, encontróse transportado del barco a un espléndido baile.

Mas he aquí la multitud de invitados que se agita; un murmullo corre por la sala. Acercábase a la dueña, una dama acompañada de un importante general. Andaba pausadamente; su mirada no poseía esta insolencia característica de algunos, carecía de afectación y de presunción; su actitud no era ni demasiado fría, ni demasiado animada.

⁽⁵⁶⁾ Título de una poesía de Pushkin.

⁽⁵⁷⁾ Protagonista de una comedia de Griboyedov (*La desgracia de ser inteligente*), autor de la época de Pushkin.

En ella todo tenía una exquisita sencillez; se podía decir que era verdaderamente el símbolo *du comme il faut* (perdóname, Chichkof ⁽⁵⁸⁾, no sé cómo traducirlo).

Las damas se acercaban a ella; las ancianas la sonreían; los hombres la saludaban con mayor respeto, captando su mirada; las jóvenes pasaban silenciosamente delante de ella por la sala, y el que más alta llevaba la nariz y los hombros era el general que entró con ella. Nadie la hubiera podido llamar hermosa; pero desde los pies a la cabeza nadie hubiera podido hallar en ella eso que por la moda voluntariosa en las altas reuniones de Londres llaman “vulgar”. Me gusta mucho esta palabra, mas no logro traducirla; es muy reciente en nuestro país, y temo que no pueda introducirse; tal vez sólo sirva para epigramas. Pero volvamos a nuestra dama. Con graciosa elegancia está sentada a la mesa con la espléndida Nina Voronskaya, la Cleopatra del Neva. Convendréis seguramente, conmigo, que Nina, con su belleza escultural, no podía eclipsar a su vecina, por muy espléndida que apareciese.

“¿Es posible que sea ella? –piensa Eugenio—. Pero, verdaderamente, no; ¿cómo?, de la profundidad de las estepas, de la aldea ...”. De tiempo en tiempo dirige los impertinentes obsesionados sobre aquella cuya vista le recuerda vagamente los rasgos olvidados.

–Dime, príncipe: ¿no sabes tú quién es aquella dama, la del sombrero rojo, que está hablando con el embajador de España?

El príncipe mira sorprendido a Onieguin y dice:

–¡Ah!, hace tiempo que no has frecuentado la sociedad. Espera, te la voy a presentar.

–Pero ¿quién es?

–Mi esposa.

–¡Cómo! ¿Estás casado? No lo sabía. ¿Hace mucho?

–Pronto hará dos años.

–¿Con quién?

–Con la señorita Larina.

–¿Tatiana?

–¿La conoces?

⁽⁵⁸⁾ Transformador de palabras intraducibles en neologismos rusos.

–Soy su vecino.

–Pues vamos, entonces.

El príncipe se acerca a su esposa y le presenta su pariente y amigo. La princesa le mira. Por mucho que se turbase su alma, por mucho que se sorprendiese y se pasmase, nada cambió en ella: conservaba el mismo tono, y su saludo fue igual de sereno. No se puso repentinamente pálida o colorada, ni siquiera frunció el ceño, ni apretó los labios. Aunque Onieguin la observaba atentamente, no pudo hallar en ella ni un rasgo de la Tatiana de antaño. Quiso entablar conversación con ella y no pudo. Ella le preguntó si hacía tiempo que se hallaba en Moscú y de dónde venía, y si por casualidad no sería de su región. Después dirigió hacia su esposo una mirada cansada, y se evadió, mientras Onieguin se quedaba inmóvil.

¿Es posible que sea la misma Tatiana del principio de la novela, a la que a solas, en una desierta y lejana región, sintiéndose moralista, había soltado un sermón; aquella cuya carta, en donde su corazón hablaba tan sinceramente, guardaba él todavía, aquella chiquilla si no era todo un sueño? ¿Es posible que aquella muchacha que despreció entonces fuese ahora tan indiferente y atrevida?

Deja la reunión tumultuosa; pensativo va a su casa; su sueño desvelado se ve agitado

por visiones, ora tristes, ora encantadoras. Se despierta, y le entregan una carta: es una amable invitación del príncipe N. para esta noche.

“¡Dios mío, ir a verla!” ¡Oh, sí, claro que iré! Y apresuradamente emborriona una contestación cortés. ¿Qué le ocurre? ¿En qué extraño sueño se encuentra? ¿Qué es lo que se ha agitado, en el fondo de su alma fría e indolente? ¿La tristeza? ¿La vanidad? ¿De nuevo la preocupación de la juventud, es decir, el amor?

Otra vez Onieguin cuenta las horas, otra vez no sabe el fin del día; pero tocan las diez, y sale, va apresuradamente a casa de la princesa. Y está en la escalinata. Ahora, estremeciéndose, entra, y encuentra a Tatiana sola. Pasan algunos minutos. Las palabras surgen con dificultad de los labios de Eugenio, que, sombrío, y torpe, le contesta apenas. Su cerebro está poseído por una sola idea, y tercamente la mira. Ella está sentada, tranquila y natural.

Llega el marido, cortando este desagradable *tête-a-tête*, y se pone a recordar con Onieguin las travesuras y las bromas que juntos idearon hace años –y se ríen–. En esto, llegan los invitados. La conversación se

anima con esas habladurías mordaces tan del agrado de la sociedad. Pero delante de la dueña esta charla mundana no parece tan fútil; es como si una ola espiritual la reanimara, despojándola de las trivialidades y de todo pedantismo; su viveza y ligereza no ofenden los oídos.

Allí estaba reunida la flor de la sociedad, los personajes ilustres de aquel tiempo, los representantes de la moda, los graciosos indispensables, y en todos sitios caras conocidas. Acá había señoras entradas en años, con cofias y rosas de aspecto severo; allá, unos cuantos jóvenes de rostro sin sonrisa; cerca, embajadores que hablaban de los asuntos del Gobierno; más allá, un anciano de canas perfumadas que bromea con finura e inteligencia, lo que hoy día ya no hace gracia. Aquí estaba el señor enfadado con todos y por todo, por el áspero epigrama, por el té que le ha ofrecido la dueña y que está demasiado dulce, por la insipidez de las damas, por el tono de los hombres, por los comentarios sobre la tenebrosa novela, por los monogramas dados a las dos hermanas, por las mentiras que dice el periódico, con la guerra, con la nieve, con su esposa. Allí también estaba su hija, tan pequeña, tan jorobada y tan desagradable, que involuntariamente cada invitado suponía en ella la inteligencia y la maldad. Aquí estaba el príncipe M***, casado con una muñeca pesada y gibosa que poseía miles de almas. Allí estaba con todas sus condecoraciones Pravisin, censor inexorable que hace poco perdió su empleo por especulaciones y también se encontraba el senador soñoliento que pasa su vida jugando a las cartas, personaje indispensable para el Poder. Allá estaba Sabúroff, que adquirió la gloria para la villanía de su alma; St. Priets, que escribiendo en álbumes gastó tantos lápices. En la puerta, cual figurín se hallaba en pie otro dictador de baile, sonrosado como un querubín dentro de su ajustado traje, mudo e inmóvil. El viajante de paso almidonado, insolente, que despertaba la sonrisa en los labios de los invitados con su postura preocupada, y las silenciosas miradas cambiadas entre ellos equivalían a una condenación general.

Pero mi Onieguin durante toda la noche no se ocupó más que de Tatiana, no de la pobre chiquilla enamorada, tímida y sencilla, sino de la princesa indiferente, de la inaccesible diosa del Neva, lujosa y majestuosa. ¡Oh hombres! Todos os parecéis a nuestra madre Eva; lo que os es ofrecido no os seduce, siempre os atrae la tentación del fruto prohibido, porque sin ella el paraíso no sería paraíso.

¡Cómo ha cambiado Tatiana! ¡Qué bien ha penetrado en su papel! ¡Qué pronto se volvió mundana! ¿Quién podría reconocer a la dulce niña en esta altiva e indiferente legisladora de la sociedad? ¡Y él había

atormentado su corazón! A veces, antes que llegara Morfeo, la triste doncella, en las tinieblas de la noche, levantando sus ojos pensativos hacia la luna, soñaba que algún día irían juntos por el camino de la vida.

Todas las edades se someten al amor. Pero para los juveniles corazones vírgenes es bienhechor, igual que la eterna tempestad para los campos, que, con las lluvias de las pasiones, se refrescan, se conmueven, maduran, y la vida poderosa les entrega un espléndido florecer y dulces frutos. En la edad tardía, en el ocaso de nuestros años, son tristes las huellas mortales de la pasión, igual que las frías tempestades del otoño; que convierten los prados en pantanos y despojan los bosques a su paso.

¡Ay, las dudas ya no son posibles! Eugenio se ha enamorado de Tatiana como un niño, y pasa día y noche en las angustias de los sueños amorosos. Sin escuchar la voz sensata de la razón, todos los días se le ve llegar a su portal; la sigue como si fuera una sombra; es feliz si puede ayudarla o colocarse sobre los hombros el vaporoso boa, o si ardientemente roza su mano, o si aparta delante de ella el pomposo regimiento de lacayos, o si le recoge el pañuelo.

Ella no le hace caso alguno, por mucho que él haga. Le recibe tranquilamente en su casa, en las reuniones cambia tres palabras con él, a veces le saluda con sólo una inclinación, otras ni se fija en él; no hay en ella la mínima coquetería; la alta sociedad no la admitiría.

Onieguin empieza a perder los colores; Tatiana no lo ve o no tiene compasión alguna. Eugenio se marchita y casi se pone tísico. Todos le aconsejan que consulte médicos, y éstos a coro le envían a tomar las aguas. Pero él no se marcha; antes estaría dispuesto a escribir a sus antepasados anunciándoles su cercana llegada, y Tania no denota ni enterarse de ello –así es su sexo–. Él, tercamente, no quiere separarse; todavía espera y se atormenta. El enfermo, más atrevido que si estuviera sano, escribe con débil mano a la princesa una carta de amor, aunque no alimenta esperanza alguna.

He aquí su carta reproducida con exactitud:

CARTA DE ONIEGUIN A TATIANA

“Todo lo preveo al ofenderla con el secreto de una triste declaración. ¡Qué altivo desdén se reflejará en su mirada orgullosa! ¿Qué es lo que quiero? ¿Con qué fin descubro mi alma? ¡Mas puede que esta amarga confesión sólo dé lugar a una malvada alegría!

“Habiéndola conocido por casualidad, me pareció notar en usted un destello de ternura hacia mí; pero no me atreví a creerlo, y, temiendo perder mi libertad, que hoy en día no representa para mí nada, no quise ligarme a usted. También contribuyó a separarnos la desgraciada muerte de Lenski. Arranqué de mi corazón todo cuanto me era caro; extraño para todos, sin nada que me atara, pensaba que la libertad y la tranquilidad suplirían la dicha. ¡Dios mío, cómo me equivoqué! ¡Qué castigado estoy!

“Verla a cada instante, seguirla con los ojos en todos sitios, captar su mirada o la sonrisa de sus labios, escucharla atentamente, penetrar con el alma todas sus perfecciones, expirar antes usted en sufrimientos, palidecer y consumirme, ¡he aquí la felicidad! Y yo estoy privado de ella; para verla me arrastro por todos sitios al azar; el día y las horas me son caros, y malgasto el tiempo contado de mi vida, que ya sin eso será corta; pero para que ella se prolongara haría falta que por la mañana estuviese seguro de verla por la tarde.

“Temo que su severa mirada vea en esta súplica resignada un despreciable y astuto proyecto; me parece estar oyendo su terrible reproche. Mas si supiese qué atroz es languidecer y arder por la sed del amor, calmar a todo momento con razonamientos la inquietud del corazón, desear abrazar sus rodillas y llorando a sus pies desahogar mi alma con declaraciones, llantos y súplicas, con todo, todo lo que pudiera decirle, y, mientras tanto, tener que disimular mis palabras y no poseo fuerzas para contradecirme y contemplarla alegremente. Pero ¡qué se le va a hacer! No tengo fuerzas para contradecirme a mí mismo; todo se ha decidido: estoy en su poder y me entrego a mi destino”.

No recibe contestación; escribe de nuevo; mas ni la segunda ni la tercera carta tienen respuesta. Por fin, resuelve ir a verla.

En cuanto llega, ella le sale al encuentro, pero ¡qué severa! No le mira, ni le dirige la palabra. ¡Ay!, cómo parece rodeada de hielo invernal!

¡Cómo se ve que los tercos labios se esfuerzan en retener la indignación! Onieguin, fijando en ella una mirada penetrante, piensa: “¿En dónde, en dónde están la turbación, el sufrimiento? ¿En dónde están los rastros de las lágrimas? ¡No existen, no existen!”.

Sólo descubre huellas de ira. ¿Acaso el secreto temor de que su marido y la sociedad descubran los vestigios de una accidental debilidad, de la que sólo Eugenio sabe algo, la obligan a fingir? No. ¡Las esperanzas son vanas!

Onieguin se va maldiciendo su locura y sumiéndose profundamente en ella; otra vez renuncia al mundo. En su silencioso gabinete se acuerda de la época en que la cruel *jandrá*, persiguiéndole por el mundo turbulento, le agarró por el cuello y le encerró en un rincón oscuro. Se entrega de nuevo a los libros; lee a Gibbon, Rousseau, Manzoni, Chamfort, Herder, madame Staël, La Biche, Tisseau; lee al escéptico Bayle, lee las obras de Fontenelle, lee a algunos de nuestros escritores sin criticarlos, los almanaques y los periódicos en donde nos repiten los sermones –en los que tanto me critican hoy día y antes me escribían madrigales–: *E sempre bene*, amigos.

Mas ¿qué ocurrió? Sus ojos leían, pero sus pensamientos vagaban a lo lejos. Las tristezas, los sueños, los deseos, se acumulaban en el fondo de su alma. Entre las líneas impresas leía con mirada espiritual, profundamente, abstraído, otras líneas, que eran la secreta tradición de la antigüedad sombría y afectuosa, sueños sin relación, las amenazas, los rumores, las predicciones, el delirio del largo cuento, o las cartas de la doncella.

Poco a poco sus sentimientos y su cerebro se entumecen, y ante él la imaginación se pone a agitar su calidoscopio. Unas veces le parece ver en la blanda nieve a un joven tumbado e inmóvil, como si durmiera en un lecho, y oye esta voz que le dice “¡que está muerto!”; otras, a sus enemigos olvidados, los calumniadores, los cobardes perversos, el grupo de las jóvenes infieles y el círculo de amigos despreciables; y otras también ve una casa rústica y, sentada ante la ventana, ella ... y ¡siempre ella!

Se acostumbró de tal manera a perderse en estos sueños que por poco no se vuelve loco o poeta. ¡Vaya un bien que nos hubiera hecho! Y la verdad es que en aquella época mi absurdo discípulo apenas si alcanza el mecanismo de los versos rusos, impulsado por magnética fuerza. ¡Cómo se semejaba a un poeta cuando solo, sentado ante la chimenea

encendida, tarareaba la *Benedetta* o el *Ídolo mío*, dejando caer en el fuego su zapatilla o el periódico!

Los días vuelan; en el aire templado huye el invierno. Onieguin no se hizo poeta, no murió ni se volvió loco. Por primera vez se anima con la llegada de la primavera, abandona sus habitaciones cerradas, de dobles ventanas y chimeneas, en donde pasó el invierno como un lirón, para correr sobre un trineo, en la clara mañana, a lo largo del Neva. El sol juega con el hielo tallado y azul; la nieve amontonada en las calles se derrite suciamente.

¿Onieguin corre a toda prisa? De antemano sabéis adónde va. Sí, efectivamente, mi joven incorregible se ha ido a ver a su Tania. Entra con aire moribundo; en el recibimiento no encuentra ni un alma; prosigue su camino y llega a la sala: no hay nadie tampoco. Abre una puerta, y ¿qué es lo que le sorprende de tal forma? La princesa está ante él, sola, sentada, con una mano apoyada en la mejilla, sin arreglar, pálida; lee una carta, mientras gruesas lágrimas caen cual perlas de sus ojos.

¡Oh! ¿Quién no hubiera podido ver sus mudos sufrimientos en este momento? ¿Quién no hubiera reconocido en la princesa a la angustiada, a la pobre Tania? Con la angustia de una inmensa compasión, Eugenio cae a sus pies. Ella se estremece y calla; mira a Onieguin sin sorpresa ni enfado. Su mirada, enferma y decaída, su aspecto suplicante, su mudo reproche, todo lo ve ella. La joven sencilla soñadora, con el corazón de los días pasados, ha resucitado de súbito.

Ella no le levanta, no deja de contemplarle soñando y no quita de los labios ávidos su mano insensible. ¿En qué piensa ahora? Tras una larga pausa se pone, al fin, a hablar dulcemente:

—Basta ya; levántese. tengo que explicarme con usted sinceramente. Onieguin, ¿se acuerda usted de la hora en que en el jardín, en la avenida, el Destino nos reunió y en que tan resignadamente escuché su lección? Hoy ha llegado mi turno.

“Yo entonces era más joven y más guapa, creo; además, le amaba a usted y ¿qué respuesta encontré en su corazón? Tan sólo sequedad. ¿No es cierto? Para usted no fue una novedad el amor de la tímida chiquilla, y hoy en día, ¡Dios mío!, se me hiela la sangre en las venas al acordarme de la fría mirada y de aquel sermón. Pero no le acuso; en este terrible instante se portó con nobleza, tenía razón, y le estoy agradecida con toda mi alma.

“Entonces en el desierto, lejos del barullo de la sociedad, yo no le gustaba, ¿no es verdad? ¿Por qué me persigue usted ahora? ¿Por qué

se fija usted tanto en mí? ¿No será porque ahora tengo que frecuentar la alta sociedad, porque soy rica y célebre, porque mi marido guarda aún las marcas del combate y a causa de esto la corte nos tiene en favor? ¿O tal vez porque mi falta conocida de todos podría darle en la sociedad una fama tentadora?

“Lloro ... Si no ha olvidado a su Tania hasta hoy, sepa usted que, si estuviera en mi poder, yo preferiría su frialdad, su severa conversación a esta humillante pasión, a estas cartas y a estas lágrimas. Entonces, por lo menos, tuvo compasión de mis sueños juveniles, respetó mis años. Pero al presente, ¿qué le trajo a mis pies? ¡Qué bajeza! ¿Cómo con su corazón y su inteligencia pudo ser esclavo de un sentimiento tan ilícito?

“El lujo de mi vida vacía, mi éxito en la alta sociedad, mi casa y mis recepciones tan de moda por su esplendor, no significan nada para mí. Ahora mismo abandonaré todos estos atributos de mascarada, todo este lujo y barullo por un estante con libros, por un jardín salvaje, por nuestra pobre vivienda, por aquellos lugares en donde por vez primera le vi a usted, Onieguin, y también por el tranquilo cementerio en donde, bajo espeso ramaje, se levanta una cruz sobre la tumba de mi pobre *niania*.

“¡La felicidad era tan posible, estaba tan al alcance nuestro! Pero mi suerte ya está decidida. Tal vez obré sin prudencia. Mi madre me suplicaba con lágrimas ardientes, y para la pobre Tania todo era igual. Me casé; su deber es dejarme, y le ruego que lo haga. Sé que en su corazón hay orgullo y nobleza. Le sigo queriendo –para qué mentir–, pero pertenezco a otro y le seré fiel”.

Ella se aleja. Eugenio se queda en pie como fulminado por un rayo. ¡En qué tempestad tan terrible se halla sumido su corazón! Pero de repente se oye el ruido de espuelas y comparece el marido de Tatiana.

Aquí lector, en el momento más doloroso de la vida de mi héroe, le abandonamos para mucho tiempo, para siempre. bastante hemos vagado por el mundo detrás de él. Felicitémonos mutuamente por llegar al fin a tierra firme. Ya es hora de terminar, ¿no es cierto? Un ¡hurra!, pues.

¡Oh lector mío! Quienquiera que seas, amigo o enemigo, deseo despedirme amistosamente de ti y te ruego que me perdones. Yo no quisiera que buscaras en estas estrofas descuidadas ni recuerdos voluptuosos, ni un calmante después del trabajo, ni cuadros animados, ni destellos de ingenio, ni faltas gramaticales. ¡Dios quiera que este libro

te haya proporcionado algo para fortificar tu corazón, para soñar o para escribir un artículo en tu revista! Ahora separémonos. ¡Adiós!

También me despido de ti, ¡oh ideal mío!, extraño y fiel compañero. Tú me proporcionaste todo cuanto puede envidiar un poeta: el olvido en las borrascas de la vida y el dulce consuelo de la amistad. Muchos días han transcurrido desde aquel instante en que por primera vez me aparecieron en sueño difuso Onieguin y la joven Tatiana, y desde aquel momento empecé a entrever esta novela, libre tras mágico cristal. Pero aquellos a quienes leí sus primeras estrofas en una reunión amiga, ya no existen. Como dijo Saadí, unos han muerto, los otros se hallan muy lejos, y así, sin ellos, acabé el carácter de Onieguin.

En cuanto a ti, que engendraste a mi querida Tatiana, símbolo de mi ideal. ¡Oh, cómo siento la mano fatal del Destino! ¡Bendito el que supo alejarse a tiempo del festín de la vida sin haber vaciado la copa de vino! ¡Y el que no leyó hasta el final la historia de Tatiana, abandonándola de repente como hice yo con mi Onieguin!

VIAJE DE ONIEGUIN

Convendréis conmigo en que es desagradable el objeto de ruidosos juicios entre la gente razonable, pasar por un extravagante afectado, por una especie de cuáquero o masón, o por un Byron provinciano, o hasta por mi propio *Demonio*.

Onieguin –voy a ocuparme de nuevo de él–, al llegar a los veintiséis años de una vida sin finalidad, habiendo matado en duelo a su amigo, atormentándole su ociosidad, soltero, sin trabajar ni tener ocupaciones, hacía tiempo que deseaba ser alguien. Hastiado de llevar máscara y de pasar por un Melmoth, al despertarse una mañana lluviosa de la época aburrida, se sintió patriota. Amigos, Rusia le sedujo en un momento y se enamoró de ella. ¡Ya sólo delira por ella! Odia a Europa con su fría política, con su bullicio libertino. Eugenio de va de viaje, quiere ver la Santa Rusia, sus campos, sus estepas, sus ciudades y sus mares.

¡Gracias a Dios, se marcha! El 3 de junio, la ligera calesa de correo se le lleva por el camino. Entre llanuras medio salvajes aparece a su vista Novgorod el grande, cuyas plazas se han vuelto silenciosas, igual que su campana después de someterse. Pero aún parece que vagan por allí las sombras de sus héroes: el vencedor de los escandinavos, el legislador Yaroslav con la pareja de los terribles Ivanes, y alrededor de las olvidadas iglesias, el pueblo tumultuoso de antaño. ¡Pero Eugenio se aburre! Se apresura a continuar su camino. Ahora surgen, como sombras Valday, Torjok, y Tver; aquí compra a las pegajosas campesinas tres ristras de buñuelos, allí unos zapatos. Recorre soñoliento las orillas del Volga.

Los caballos trotan, ora por las montañas, ora por las riberas del río; las *verstas* pasan cual relámpagos; los cocheros cantan, silban y blasfeman; el polvo se levanta formando torbellinos, y he aquí a mi Onieguin que se despierta en la calle Tverskaia de Moscú.

La ciudad recibe a Eugenio con su vida tumultuosa, le seduce con sus atrayentes mujeres y le ofrece la *ujá*⁽⁵⁹⁾ de esturión. En el Círculo inglés –ensayo de la Asamblea popular– en silencio, sumido en sus pensamientos, escucha una conversación sobre las *aschas*⁽⁶⁰⁾. Todo

⁽⁵⁹⁾ Sopa típicamente rusa, a base de pescado; la mejor es la de esturión.

⁽⁶⁰⁾ Manjar típico ruso, compuesto de toda clase de cereales.

Moscú le observa, y diferentes rumores corren acerca de él; le toman por un espía, componen versos en su honor, le ascienden al rango de novio; pero Onieguin sigue aburriéndose. Deja Moscú y va a Nijni, la ciudad natal de Minin; ahora se encuentra en Makarico, que se ajetea tumultuosamente y hierve con su profusión de mercancías: aquí un indio ha traído perlas, allí un europeo vende vinos falsificados, un nómada ofrece caballos defectuosos, un jugador expone su baraja y un puñado de dados; igual hace un terrateniente con sus hijas, ya maduras, que lucen sus vestidos del año pasado. Cada cual se agita y miente por dos; en todos sitios reina el espíritu mercantil.

¡Qué aburrimiento! Eugenio aguarda el buen tiempo para hacer un viaje fantástico en velero. Mas ya el Volga, perla de los ríos y de los lagos, se le ofrece sobre sus majestuosas olas. No duda mucho en realizarlo: alquila una embarcación a un mercader, y boga río abajo. El Volga aumenta; los sirgadores, apoyados en los arpones de acero, cantan con voz monótona las hazañas de los bandidos de antaño, las de Stenka Rasin, que en la antigüedad tenía las olas del Volga de sangre, y las aventuras de los invasores, que quemaban y acuchillaban a los habitantes.

Mas he aquí que entre las míseras estepas, al borde de las aguas saladas, surge Astrakán, el gran centro comercial. Apenas Onieguin se había sumido en el recuerdo de los días pasados, cuando le salen al encuentro el ardor de los rayos del mediodía y las nubes de mosquitos que zumban y chirrían por todos sitios. Sumamente irritado, decide al instante abandonar las orillas arenosas de las aguas del Caspio.

Sigue aburriéndose y se dirige al Cáucaso. Ahora contempla el altivo Terek, que socava sus orillas. Sobre él planea majestuosamente un águila. Observa un ciervo de enormes cuernos, y un camello reposa a la sombra de una roca. En los prados galopa el caballo de cherqués, y las ovejas pacen alrededor de las tiendas de los calmucos. A lo lejos se divisan las altas montañas del Cáucaso, y los desfiladeros de Kura y Aragva, angostos y peligrosos, que dan acceso a ellas, y a lo largo de los cuales se ven blancos montículos: son las tiendas de campaña de los soldados rusos. Aquí está el eterno guardián de los desiertos parajes, el grandioso Bechtou, rodeado de colinas, y también el frondoso Machuk, que da nacimiento a mágicas fuentes curativas, alrededor de las cuales se aglomeran los pálidos enfermos. Los unos son víctimas de la gloria militar; los otros, de la gota o de la diosa Cipris. Todos esperan recuperar sus fuerzas en las olas milagrosas: la coqueta piensa dejar en

el fondo de las aguas las malvadas huellas de los años, y el anciano, rejuvenecer, aunque sólo sea por un instante.

Sumido en amargos pensamientos, en medio de su triste compañía, Onieguin contempla con mirada compasiva los surtidores humeantes y piensa, lleno de melancolía: “¿Por qué no me hirió la bala en el pecho? ¿Por qué no soy un viejo achacoso como este pobre granjero? ¿Por qué no estaré paralítico como este concejal de Tula? ¿Por qué no puedo quejarme de reuma en la espalda? ¡Ay Creador!, entonces yo podría, como estos señores, alentar la esperanza. ¡Dichoso el que es viejo! ¡Dichoso el que está enfermo! La mano del Destino vela por ellos. Mas yo estoy sano, soy joven y libre. ¿Qué más puedo esperar? Aburrimiento y más aburrimiento. ¡Adiós, cimas nevadas de las montañas y vosotros, valles del Kubán!”.

Onieguin se dirige hacia otras riberas, y, pasando por Tamán, entra en Crimea, tierra sagrada para la imaginación, en donde Pilades riñó al Atrida. Allí se suicidó Mitrídates, allí cantaba el inspirado Mickievich, acordándose, entre las rocas, de su querida Lituania. ¡Ah tierra de Táuride, qué bella pareces cuando se te divisa desde una nave a la luz matutina de la aurora! Así es como te contemplé yo por vez primera. Me apareciste con el esplendor del himeneo; en el límpido cielo azul resplandecían tus montañas. Tus valles, tus bosques y aldeas, con las tiendas de los tártaros, se extendían ante mí. ¡Ah, qué ardor se despertó en mi alma, qué mágica angustia oprimió mi pecho! Pero, musa mía, ya es hora de que olvides el pasado.

Cualesquiera que fuesen los sentimientos que me subyugaban entonces, ahora ya no existen, han desaparecido o de han transformado. Las estepas, el borde perlado de las olas, el ruido del mar, las cumbres de las rocas y una doncella orgullosa como ideal, me parecían indispensables, y también unos terribles sentimientos. Mas hoy todo ha cambiado, porque en mi copa poética he vertido demasiada agua. Necesito cuadros nuevos; me gusta una ladera arenosa, dos serbales ante la cabañita, una puertecilla en la verja rota, en el cielo nubes grises, montones de paja frente al henar y un estanque bajo la sombra de viejos sauces llorones, lugar predilecto de los patos. Me agrada la *balalaika* y el loco zapatero del *trepak*⁽⁶¹⁾ a la entrada de una

⁽⁶¹⁾ Baile popular ruso.

taberna. Mi ideal es un ama de casa, mi deseo es la tranquilidad con un buen cuenco de *schí*⁽⁶²⁾.

En la época lluviosa de otoño, una vez se me ocurrió pasar por el corral. Mas ya estoy harto de los prosaicos delirios de la escuela flamenca. ¿Es posible que yo fuese así en plena juventud? Dímelo, *fuate de Bakchisaray*: ¿eran tales los pensamientos que invadían mi mente al escuchar tu eterno murmullo, cuando, inmóvil ante ti, me imaginaba a la bella Zarema?

Tres años más tarde que yo, Onieguin errando por esta misma región, se acordó de mí en medio de las majestuosas y solitarias salas. Por aquel entonces vivía yo en la polvorienta Odesa, ciudad de cielo claro y chillones colores, de ambiente activo, brillante, en donde todo respira Europa, por la diversidad de su vida y el ajetreo comercial. La voz de la dorada Italia resuena en la alegre calle por donde se pasean el orgullo eslavo, el francés, el español, el armenio, el griego, el grueso moldavo, y también el hijo de la tierra de Egipto, el corsario retirado y el moralí.

Nuestro amigo Tumanski ya había descrito Odesa en versos sonoros, pero sus ojos no la contemplaron con mirada imparcial. Llegó y, como poeta de alma noble, se puso a bogar solo por el mar con sus anteojos; después, con su pluma encantadora, celebró sus jardines. Todo eso está bien; pero el caso es que alrededor de Odesa tan sólo se extienden unas estepas desiertas y de vez en vez se divisa una tenue sombra, proyectada por jóvenes árboles, fruto de esfuerzos humanos.

Mas ¿dónde está mi narración? Según parece, dije que en la polvorienta Odesa, y también podría añadir sucia, sin mentir. Cada año, durante cinco o seis semanas, por la voluntad del tempestuoso Júpiter, está sumergida en espeso barro y sus casas quedan inundadas hasta la altura de un archín⁽⁶³⁾; por consiguiente, los transeúntes tienen que usar zancos. En la calle húndense hombres y coches, cuyos caballos han sido reemplazados por bueyes. Pero ya empieza el martillo a machacar las piedras, y muy pronto la ciudad se revestirá de sonoros pavimentos, constituyendo una coraza protectora.

En la húmeda Odesa hay todavía otro grave inconveniente: la falta de agua potable. ¿Creéis que no tiene remedio si no es por grandes trabajos? Os equivocáis; no es un gran mal, sobre todo cuando el vino

⁽⁶²⁾ Sopa típicamente rusa, hecha de carne y repollo.

⁽⁶³⁾ Medida de longitus; equivale a un tercio de metro.

se vende sin tasa alguna. Además, tenéis el sol del mediodía, el mar ...
¿Qué más podéis desear, amigos? ¡Ah, benditos lugares!

A veces, al escuchar la salve matinal del cañón del barco, me alejo enseguida de las orillas, corriendo hacia él. Luego, refrescado por las olas saladas, cual musulmán en su paraíso, me siento con la pipa encendida y tomo café a la turca. Después me voy de paseo; ya está abierto el casino, donde resuena el ruido de los platos; el mozo del billar sale al balcón medio dormido, con una escoba en la mano; en la escalinata ya se oye a dos mercaderes que charlan. Mientras tanto la plaza se anima con el vaivén de la gente; unos corren por sus negocios, otros sin objeto, pero más a menudo lo primero. He aquí al comerciante, hombre de cálculos, que se dirige hacia el puerto para mirar los pabellones e inspeccionar los cielos en la espera de que éstos le anuncien la llegada de los veleros deseados, y enterarse de qué nuevas mercancías han pasado hoy por la cuarentena, de si han llegado los toneles de vino, de qué hay de la peste y de dónde tuvieron lugar los incendios, así como de si no hay hambre ni guerra, o de alguna noticia por el estilo.

Nosotros, jóvenes inconscientes, entre los preocupados comerciantes, tan sólo esperamos las ostras de las orillas de Constantinopla.

—Qué, ¿han llegado?

—Sí.

—¡Qué alegría!

La juventud glotona se precipita para tragarse estos sabrosos animales, salpicados de limón. El servicial Otto nos trae copas de buen vino; las discusiones y el barullo se hacen más grandes, las horas vuelan, y, mientras tanto, la amenazadora cuenta aumenta.

Pero ya viene la noche azulada, ya es hora de que nos dirijamos a la Ópera para escuchar a Rossini, ese insuperable Orfeo de Europa; a despecho de las severas críticas, es siempre nuevo, sus notas vuelan y corren como los besos juveniles, como el chorro espumoso y dorado del *aix* —amigos, está permitido comparar el vino al *do, re, mi, fa, sol*—. ¡Ah, cuántos encantos encierra! Los impertinentes inquisidores descubren insuperables maravillas. Las citas entre bastidores, la *prima-donna*, el *ballet* ... Mas ¿qué me decís del palco en donde la joven negociante, resplandeciendo de belleza, soberbia y lánguida, está rodeada de una corte de admiradores? Ella escucha, sin prestar atención, las cavatinas, las súplicas y las bromas lisonjeras. En cuanto al marido, la vigila desde un rincón, soñoliento. Despiértase de pronto, lanza un breve bostezo y

se pone otra vez a roncar. Termina el espectáculo, la sala se vacía con gran alboroto, la multitud se precipita en la plaza bajo la luz de los faroles y de las estrellas. Los hijos de la dichosa Ausonia tararean motivos fácilmente captados; mas ya es tarde. Odesa duerme y la noche es cálida: ni un soplo de aire agita el ambiente. La luna se eleva en el cielo, cubriéndolo de un tenue velo; todo está silencioso; sólo ruge el negro mar.

Así vivía yo por aquel entonces en Odesa, entre amistades de paso, olvidado del tenebroso joven, héroe de mi novela. Onieguin no sostuvo jamás una amistad por correspondencia, y yo, por ser hombre feliz, no escribía nunca cartas. Figuraos mi sorpresa cuando le vi llegar a mi casa, como una aparición –¡sorpresa de mis amigos y alegría de mi parte! –. Mirándonos mutuamente, nos echamos a reír como los augures de Cicerón.

Pero no bogamos mucho tiempo juntos por las orillas de las aguas euxinas; de nuevo nos separó el Destino. Onieguin, muy amargado y cansado de lo que había visto, volvió a las orillas del Neva, y yo me despedí de las jóvenes y lindas damas, de las sabrosas ostras del mar Negro, de la Ópera, de los oscuros palcos, para guarecerme a la sombra de los bosques del Trigoriski. Mi llegada a esta lejana comarca del Norte fue triste. Cualquiera que sea el lugar desconocido que me designe el Destino, aunque muy cerca me esperase la muerte, siempre, en todos sitios, desde el fondo de mi alma, bendeciré a mis amigos. No, no, nunca olvidaré sus tiernas y queridas conversaciones; siempre seguiré soñando en medio de aquellos dulces prados y bosques, lugares solitarios y queridos en los que se conserva mi huella y en los que el viento guarda el sonido de mis cantos.

**FIN DE
EUGENIO ONIEGUIN**